

**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE PSICOLOGÍA**

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE
LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA**

**Significado psicosocial de las semillas y las prácticas asociadas a ellas
para personas campesinas agroecológicas**

Proponentes:

Eva Carazo Vargas, carné 930833

Erika Valverde Valverde, carné 923932

Comité Asesor:

Directora: Mirta González Suárez

Lector: Ignacio Dobles Oropeza

Lectora: Mauren Lizano Jiménez

13 de febrero de 2009

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
2. MARCO DE REFERENCIA	8
a) Antecedentes investigativos.....	8
b) Marco conceptual	12
c) Problema de investigación	19
d) Objetivos.....	20
3. METODOLOGÍA	21
a) Estrategia metodológica	21
b) Procedimiento para seleccionar a los y las participantes	22
c) Procedimientos de recolección de información	23
d) Procedimientos y técnicas para la sistematización.....	25
e) Procedimientos y técnicas para el análisis.....	26
f) Criterios para garantizar la calidad de la información.....	27
g) Precauciones	27
4. PRESENTACIÓN DE RESULTADOS	29
a) Descripción de la población.....	29
b) Hallazgos	30
i. La agricultura orgánica agroecológica como herencia familiar	30
● Más allá de la agricultura con agrotóxicos	32
● Nuevas formas de entender las relaciones de género.....	34
● Una comunidad más allá de lo geográfico	40
ii. La organización como comunidad de intercambio	42
● Los intercambios de semillas	43
● Espacio de encuentro de saberes diversos	45
● La relación colectiva como construcción en proceso	48
iii. La agroecología como cosmovisión y marco significativo	50
● La tierra como ser vivo.....	51
● Reproduciendo el equilibrio de la biodiversidad.....	55
● Los animales como parte de la diversidad de la finca.....	60
● Alimentos sanos desde la agroecología.....	62
● Una agricultura con lugar para el disfrute y el placer.....	64

iv.El significado psicosocial de las semillas.....	66
● La semilla es vida.....	66
● La semilla es reproducción	69
● La semilla es diversidad.....	70
● La semilla es soberanía alimentaria.....	72
● La semilla es agri-cultura	73
● La semilla nativa es resistencia colectiva	75
v.Prácticas asociadas a las semillas.....	78
● Selección y mejoramiento de semillas	79
● Conservación de semillas.....	80
● Multiplicación de semillas y saberes.....	83
vi.Un contexto de amenaza para las semillas agroecológicas.....	87
● El desequilibrio ambiental que altera los efectos del clima sobre la agricultura.....	87
● El mercado como lugar de dominación y no de encuentro e intercambio.....	89
● La institucionalidad pública tomada por intereses ajenos.....	91
● La agricultura de los agrovenenos como negación de la cultura campesina.....	93
● Homogeneización de la cultura alimentaria.....	96
● El control corporativo de la agricultura desde la tecnología y la legalidad	99
vii.Alternativas de resistencia para la protección de las semillas y la agroecología.....	105
● La resistencia debe ser colectiva	106
● La soberanía alimentaria como resistencia.....	110
● Retando el control corporativo	113
5. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN.....	116
a) La comunidad agroecológica	116
i. Construcción histórica: la familia y la historia personal como fuente.....	117
ii. El colectivo organizado como comunidad de intercambios	118
iii.La agroecología como cosmovisión	121
iv.Géneros en transformación.....	129
b) El significado psicosocial de las semillas	134
i. La semilla es vida y las campesinas y campesinos agroecológicos sus guardianes..	134
ii. La semilla cosmogónica de la diversidad.....	135
iii.La semilla nativa es resistencia colectiva.....	138

c) Poder y resistencia	140
i. La agroindustria transnacional y corporativa	140
ii. Un nuevo paradigma para la vida	141
iii. A manera de Epílogo: Estampa para comprender la resistencia	146
6. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES.....	148
a) Conclusiones	148
i. Sobre los resultados del estudio.....	148
• Las semillas sintetizan saberes, significados y prácticas psicosociales.....	148
• La organización como espacio de referencia y síntesis psicosocial.....	151
• El conocimiento como bien común y como estrategia de control.....	154
• Transformación de los géneros.....	156
• La agricultura orgánica agroecológica expresa una identidad colectiva	158
• La oposición intrínseca entre la agroecología y el capitalismo patriarcal.....	159
ii. Sobre los alcances y limitaciones del estudio.....	164
b) Recomendaciones	166
i. De investigación.....	166
ii. De acciones y procesos políticos.....	169
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	171
8. ANEXOS	174
a) Fórmula de consentimiento informado utilizada	174
b) Definiciones básicas del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense.....	177



2009, Algunos Derechos Reservados

Se otorga permiso para copiar, distribuir y modificar este documento bajo los términos de la licencia “Creative Commons Attribution-Non Commercial-Share Alike 3.0.” Usted es libre de copiar, reproducir, distribuir, poner en práctica y compartir públicamente esta obra, también de adaptar y modificar el material. Para lo anterior, debe reconocer el origen y los créditos de la obra. Esta obra, sus reproducciones o modificaciones no pueden utilizarse para propósitos comerciales. Si usted transforma, modifica o aprovecha este material para crear otro derivado, debe compartir el nuevo material en condiciones iguales o equivalentes a las de esta licencia, y aclarar las condiciones de su uso. Puede encontrar los términos exactos de la licencia en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es>

1. INTRODUCCIÓN

*"Nuestro conocimiento debe servir como un espejo
donde el pueblo pueda ver reflejada su imagen"*

Ignacio Martín-Baró

La presente investigación aborda el significado psicosocial de las semillas para personas campesinas de orientación agroecológica. A lo largo de ella se profundiza en las características de la población objetivo, contemplando el contexto histórico y cultural así como las prácticas concretas que permiten identificarla a partir de características particulares y compartidas, en especial en lo que se refiere a sus concepciones y representaciones en relación con el medio ambiente, la biodiversidad y las semillas.

El análisis se enmarca también en el contexto nacional e internacional relacionado específicamente con las condiciones de uso de las semillas y la forma en que este es percibido desde la agroecología campesina.

En ese sentido, la pregunta general que da origen a esta investigación resulta: ¿Cuál es el significado psicosocial de las semillas para las personas campesinas agroecológicas?

Se parte de los significados y relación con las semillas como uno de los principales ejes estructurantes de la identidad campesina agroecológica, con implicaciones para la articulación de la actividad cotidiana, incluyendo la económica, y para la constitución de la subjetividad.

Para las personas campesinas las semillas son mucho más que un objeto, por el contrario, encierran un significado político en tanto son la base de reproducción de la vida: las plantas son un elemento fundamental de la diversidad biológica y el equilibrio ambiental, y al mismo tiempo aseguran la alimentación y el ingreso económico de las familias campesinas.

En el contexto de la agroecología, las prácticas relacionadas con la siembra, la atención de la planta, la recolección de los frutos, la selección y el almacenamiento de las semillas que nuevamente posibilitarán el ciclo vital se hacen respetando y protegiendo la tierra, sin introducir venenos, cuidando al mismo tiempo a las personas campesinas que no son afectadas por agroquímicos peligrosos, y cuidando también a las personas que van a consumir los frutos de la tierra con garantía de salud.

Desde la comprensión del significado cotidiano de las semillas y las prácticas que se asocian con ellas, desde la historia familiar y comunal y desde los significados construidos y

reconstruidos a lo largo de esa historia, se establece un elemento particular de identidad que viene de generaciones ancestrales, vinculado a la tierra y a prácticas culturales y productivas concretas.

Este ciclo no puede entenderse solamente desde la práctica individual de la persona campesina, sino también desde la expresión colectiva de una forma de vida que es estructurada, transformada y conservada a través de procesos históricos y colectivos.

Las familias campesinas interactúan, comparten prácticas y las mejoran en comunidad, al tiempo que conservan e intercambian semillas en una relación cercana con el medio y en un equilibrio con el entorno, lo cual asegura también una apropiación y relación cercana con los frutos del propio trabajo.

Las prácticas relacionadas con las semillas son entonces una expresión de identidad y visión del mundo particular, en la cual las personas resultan parte de una totalidad que debe ser cuidada y mantenida en equilibrio.

Lo anterior porque, según la psicología social de la liberación y los planteamientos defendidos por Ignacio Martín-Baró (1999), las prácticas y significados individuales cobran sentido desde el asidero del colectivo inmediato (la familia, la comunidad) y del colectivo más amplio (lo campesino agroecológico), que genera y significa las prácticas y recursos.

La defensa de la semilla es entonces una expresión de resistencia cultural, económica y política compartida en momentos cuando la pequeña producción agropecuaria está prácticamente destinada a desaparecer.

En un marco general de políticas neoliberales que han afectado, de por sí, la identidad y la vida cotidiana de las familias campesinas en todo el mundo, y que se potencia actualmente en el contexto de la discusión sobre sistemas de propiedad intelectual sobre la vida, tratados de libre comercio y la vigencia o no de enfoques de soberanía alimentaria, la defensa de las semillas —reivindicada por las organizaciones campesinas agroecológicas— se convierte en una lucha por la defensa de la vida, del conocimiento ancestral y de la identidad, así como por la posibilidad de controlar la cadena alimentaria y el derecho a producir comestibles sanos y culturalmente adecuados, desde un enfoque de soberanía alimentaria.

Este trabajo es un intento por explorar los significados de las semillas y de las prácticas relacionadas con éstas en cuanto acciones ideológicas, es decir, acciones que tienen una raíz histórica personal y social, pero que pueden ser modificadas en la práctica cotidiana de

las personas campesinas.

En ese sentido, se intenta explorar lo que socialmente representan las semillas y las prácticas asociadas a ellas, partiendo de que reflejarán las condiciones materiales de existencia, así como las cosmovisiones o filosofía colectiva que la sustentan.

Se espera que una mejor comprensión de los significados atribuidos a las semillas y a las prácticas cotidianas que se les asocian sea un aporte importante para las estrategias de resistencia del sector campesino agroecológico.

Con base en esta perspectiva, se prioriza una estrategia de investigación cualitativa desde el enfoque de la psicología social de la liberación, pues interesa abordar el tema de investigación a partir de la construcción colectiva de significados desde un contexto histórico y cultural particular.

El diseño metodológico se orienta también desde esa perspectiva, en un proceso basado en entrevistas semiestructuradas y el análisis documental, buscando reconstruir los significados atribuidos a las semillas a partir de la propia palabra de las personas campesinas agroecológicas.

Esta tesis presenta así una revisión de antecedentes y conceptos relevantes para el estudio, una justificación teórica y metodológica, y un análisis del significado psicosocial alrededor de las semillas y las prácticas asociadas a ellas, a partir de la información compartida por las y los sujetos sociales del estudio en el trabajo de campo.

2. MARCO DE REFERENCIA

a) Antecedentes investigativos

Si bien el enfoque psicosocial es retomado en una importante cantidad de trabajos investigativos (por ejemplo Aguilar, 1998; Harnecker y Lizana, 2001; Leandro, 2002; Masís y Mora, 2004; Montero, 1993), la revisión bibliográfica evidencia una ausencia de antecedentes de investigación relacionados directamente con el tema de interés de este trabajo, por lo menos en lo referente al ámbito costarricense.

Con respecto a las semillas, se encuentra una buena cantidad de investigaciones desde las ciencias agroalimentarias que evalúan rendimientos, control de enfermedades, pautas de reacción ante agroquímicos y características agronómicas de diversas variedades de semillas y sus componentes. Sin embargo, este tema no ha sido abordado directamente desde enfoques psicológicos ni sociológicos.

La psicología y otras ciencias sociales sí han estudiado el tema campesino desde diversos ángulos: carácter social, organización, formas de resistencia, historia agraria...

Es de importante relevancia el trabajo de Robert (2001) sobre el carácter social del campesino costarricense, que desde el sociopsicoanálisis explora representaciones y actitudes sobre temas de la cotidianidad familiar, comunitaria y laboral, identifica tendencias y rasgos de carácter dominantes para hombres y mujeres campesinas de cinco comunidades del Valle Central, el Pacífico Seco y la Región Huetar Atlántica, así como las formas en que las personas pequeñas campesinas enfrentan los procesos de modernización.

Este trabajo plantea que hay actitudes y representaciones dominantes propias de las condiciones particulares de existencia—en este caso de la forma de vida campesina—, y que en esas condiciones se conforma una estructura de carácter social común a la mayoría de quienes las comparten.

Se concluye asimismo que la estructura de carácter social funciona como mediadora en el proceso de enfrentar la modernización y su relación con las tradiciones y costumbres propias. Se exploran también elementos de conformación de la identidad campesina, en una profunda vinculación con la naturaleza, la cultura y la tradición.

Robert concluye su trabajo proponiendo la necesidad de que las sociedades campesinas se articulen con propuestas de desarrollo sostenible para garantizar su permanencia frente a la

racionalidad instrumental de la industrialización agrícola y las perspectivas que plantea la globalización.

Otro intento por comprender las características psicológicas propias de la persona campesina es el trabajo de Granados y Hernández (1986). En este caso con un enfoque más puntual ya que explora las concepciones campesinas existentes en un pueblo de Cartago acerca de la normalidad y anormalidad con el fin de contribuir a programas de salud mental dirigidos a estas poblaciones.

Esa investigación parte del papel de las personas campesinas en la estructuración de la base económica y político-ideológica de la sociedad costarricense y, al igual que otros trabajos en el tema (Martínez, 1983; Rodríguez, 1992), presenta un recuento de la historia agraria costarricense y la forma en que la articulación con el mercado capitalista mundial, a partir de la producción cafetalera y posteriormente con la revolución verde, ha sido determinante tanto para las condiciones de supervivencia del sector campesino como para su relación con la evolución de la sociedad costarricense.

En la historia agraria se evidencia la contradicción entre las prácticas campesinas de subsistencia y satisfacción de necesidades familiares, y los procesos de concentración de tierra, expulsión de fuerza de trabajo de zonas rurales y modificación de patrones tradicionales de crianza, alimentación y vida cotidiana en general, desencadenados por la forma de producción capitalista y las políticas neoliberales implementadas desde el aparato público.

Granados y Hernández coinciden también con otros autores en que los sectores rurales y campesinos expresan formas de vida y manifiestan concepciones del mundo específicas a partir de su historia y cotidianidad compartida.

El impacto de la globalización y apertura comercial es también abordado por Blanco (2004), en un estudio socioeconómico de 23 familias campesinas guanacastecas, que analiza los cambios de la reconversión productiva promovida desde el Ajuste Estructural en el entorno productivo y cultural de familias dedicadas a la producción de granos básicos.

En esta investigación resulta de relevancia la discusión sobre el impacto económico negativo que ha tenido sobre dichas familias la promoción del uso de agroquímicos y otros insumos externos a la unidad productiva, así como las estrategias de supervivencia implementadas: frente al cambio de la pequeña producción por el trabajo asalariado y la disminución de áreas

de cultivo, se propone fortalecer la producción para el autoconsumo familiar y la asociación agroecológica vinculada con el turismo rural como actividad complementaria.

Las alternativas de resistencia y lógica de reproducción del campesinado desde una conceptualización histórica y dinámica se exploran también en Araya, Largaespada, Morera y Rivas (1996), un interesante análisis desde la sociología sobre diversas expresiones del conflicto agrario y la resistencia, organización y movilización campesina.

Esta investigación plantea la heterogeneidad estructural del sector agrícola costarricense, relacionada con sus distintas formas de articulación con el capital, y a partir de ellas una diversidad de mecanismos y prácticas organizativas que oscilan entre la adaptación a las condiciones políticas y la ruptura con respecto al bloque de poder.

Con respecto a la agricultura orgánica o la agroecología como enfoque de producción y de relación con la naturaleza, el tema ha sido abordado de forma preliminar en algunos trabajos del sector agroalimentario (Araya, 2000; Brenes, 2001; Castro, 2001; Obando, 2000; Rodríguez, 2002) desde la perspectiva tecnológica y productiva.

Desde las ciencias sociales, es necesario revisar el trabajo de Obando y Morales (2000), que aborda las representaciones sociales de una organización de agricultores en su transición de la agricultura convencional a la orgánica.

Un antecedente importante para el presente estudio, si bien desde un contexto bastante distinto, lo constituye la sistematización de percepciones campesinas sobre la agrobiodiversidad trabajada por la Asociación para el Desarrollo del Deccan en el sureste de la India (Satheesh, 2002).

Este trabajo defiende el ambiente y la biodiversidad como temas profundamente vinculados con la vida cotidiana de las personas campesinas, que se nutre y mejora a través de las acciones en el campo y a partir de la comprensión y relación con la tierra, el agua y las semillas, desde la especificidad de prácticas productivas, necesidades alimentarias y características particulares de la variedad de elementos de la biodiversidad.

Plantea, entonces, la necesidad de que estos contenidos no se restrinjan al ámbito científico y que su estudio se realice en relación directa con las personas que manejan diariamente la biodiversidad agroalimentaria.

Dicha sistematización profundiza también en la forma en que las personas pequeñas campesinas perciben la pérdida de biodiversidad potenciada por políticas gubernamentales y

ciertos tipos de extensión agrícola, la influencia de medios de comunicación, las demandas del mercado, los problemas climáticos y económicos, y la promoción de la agricultura química.

El análisis de las percepciones campesinas sobre estos temas se estructura según género, castas y edades, profundizando en la visión de jóvenes y mujeres y en las alternativas de resistencia implementadas desde las organizaciones comunitarias.

Desde una perspectiva más política y sectorial, la importancia de la biodiversidad, en general, y de las semillas criollas o nativas, en particular, es reiterada por diversas organizaciones campesinas y rurales en el ámbito mundial y latinoamericano, tales como la Vía Campesina —desde su Campaña de las Semillas—, la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC), la Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas de Guatemala (CNOC, 2004), el Movimiento Agroecológico Latinoamericano (MAELA), el Servicio de Información Mesoamericano sobre Agricultura Sostenible (SIMAS), la Plataforma de Agricultura Sostenible en El Salvador, la Coordinadora de Organizaciones Campesinas de Honduras (COCOCH) o la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) en Nicaragua.

En el ámbito nacional estos temas son trabajados también, entre otros grupos, por la Red de Organizaciones con Proyectos Alternativos de Desarrollo (COPROALDE), la Unión Nacional Agropecuaria y Ganadera (UNAG), la Coordinadora de Mujeres Campesinas (CMC), la Unión de Pequeños Productores Agropecuarios (UPAnacional), la Red de Mujeres Rurales, la Red de Coordinación en Biodiversidad, la Mesa Nacional Campesina (MNC) y el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense (MAOCO).

En el marco de la Vía Campesina, un movimiento mundial que reúne a organizaciones de personas pequeñas agricultoras, se reivindica de forma central la soberanía alimentaria entendida como “el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo” (Vía Campesina, 2007, p.1). Este concepto, para hacerse posible, comprende la necesidad de contar con semillas propias, adaptadas a las distintas condiciones culturales y geográficas.

Con diversos énfasis, todas las organizaciones indicadas han planteado la importancia de las semillas como elemento de identidad campesina, y de su libre uso como factor clave para la

soberanía alimentaria y el control de los procesos productivos alimentarios frente a los regímenes de propiedad intelectual y el libre comercio que, plantean, ponen en riesgo directo los recursos genéticos y los conocimientos tradicionales y culturales de los pueblos indígenas y campesinos que los han desarrollado.

Por lo tanto, para estas organizaciones de pequeños agricultores y agricultoras, la reivindicación del libre acceso y uso de las semillas, así como su manejo desde prácticas ancestrales y naturales independientes de insumos químicos, y los esfuerzos articulados de incidencia para procurar condiciones que permitan el desarrollo de la agricultura orgánica agroecológica, se convierten en mecanismos de resistencia y defensa de la identidad campesina.

Este planteamiento es compartido también por el MAOCO, en el marco del cual se desarrolla el presente estudio.

El MAOCO existe desde 1999. Es un movimiento social que promueve y desarrolla la producción agropecuaria orgánica e integra alrededor de 80 organizaciones de agricultores y agricultoras junto con organizaciones de mujeres y de personas consumidoras, organizaciones no gubernamentales, pueblos indígenas, redes nacionales, y representantes del sector público, privado y académico.

Las organizaciones que conforman este Movimiento comparten valores y objetivos comunes alrededor de la agricultura orgánica, y en función de eso articulan procesos de organización, formación, investigación, producción, procesamiento, comercialización e incidencia política

El MAOCO organiza su trabajo por medio de comités regionales y de comisiones temáticas. Una de éstas es la Comisión de Semillas, que reúne a las organizaciones y personas del Movimiento interesadas en el tema.

b) Marco conceptual

Se entiende el concepto de personas campesinas o pequeñas agricultoras considerando sus condiciones materiales de existencia, historia, cultura e identidad compartidas. Desde una perspectiva descriptiva de la relación económica, se ha definido como:

Aquellas personas cuya actividad económica se basa en el trabajo agropecuario que directamente realizan, llevando a cabo su actividad productiva en áreas respecto de las cuales tienen acceso legal o al menos una fundada expectativa de permanencia

legítima, que puede servirse del empleo de su mano de obra familiar, y que en caso de necesidad contratan mano de obra ocasional o permanente, y que consumen parte de la producción que generan. (MAOCO, 2005, p. 10)

Adicionalmente, se parte de que estas personas comparten condiciones históricas y prácticas culturales comunes, a partir de las cuales generan también una identidad, tal como establece Robert (2001):

La autopercepción del y la pequeña campesina se encuentra aún poco diferenciada en relación con sus condiciones inmediatas de vida (...). Más allá del sinsabor que las penalidades de la vida en el campo deparan, se impone la fuerza de una identidad construida a la sombra de una crónica de vida en la que naturaleza y cultura aún se encuentran inextricablemente ligadas y el interés analítico e instrumental aún no despega con respecto al interés práctico y holístico propio de la razón tradicional (p. v).

Desde un enfoque psicosocial se parte entonces de que las personas pequeñas agricultoras comparten condiciones históricas y prácticas culturales comunes que se expresan en la agricultura campesina, a partir de las cuales generan también una identidad, entendiendo la cultura como el tipo de producción material y de fenómenos simbólicos que da sentido a la estructura social y posibilita su comprensión, reproducción y transformación, y otorga significación a las relaciones con personas y objetos, y a las rutinas y conflictos entre los individuos y la estructura social.

Esta concepción parte de que es en la vida cotidiana donde se fabrican las realidades, el sentido común, las concepciones, las evaluaciones y las percepciones compartidas, y por lo tanto es allí donde se construye, organiza y transforma la identidad como conciencia colectiva, generada históricamente y reelaborada de manera constante desde las prácticas, rutinas, percepciones, códigos y creencias (Harnecker y Lizana, 2001).

Hay diversas formas de practicar la agricultura. La *agricultura natural* procura que los cultivos se desarrollen libremente con una mínima intervención humana. La *agricultura tradicional* refiere a las prácticas culturales históricas desarrolladas por comunidades agrícolas desde el inicio de la humanidad. La *agricultura convencional* o *agroindustrial* es la que “se basa en la

homogeneización de los sistemas de producción, el aislamiento del cultivo de los elementos del ambiente, la labranza mecánica, y la nutrición y protección artificial —utilizando agroquímicos sintéticos y energía fósil—.” (MAOCO, 2005, p.10).

La *agricultura convencional* se ha generalizado desde la segunda mitad del siglo XX a partir de la llamada “revolución verde”, un conjunto de técnicas promovidas para incrementar la productividad agrícola en el corto plazo de cara a las necesidades de la industria y los mercados alimentarios.

La base de la revolución verde es la explotación intensiva de los sistemas agrícolas, mediante la selección genética para el desarrollo de variedades híbridas especialmente productivas y asociadas al uso de riego y mecanización, así como de fertilizantes, pesticidas, fungicidas y herbicidas que se ubican bajo el concepto general de agroquímicos, agrotóxicos o agrovenenos.

La orientación de la revolución verde se profundiza a partir de la segunda mitad de los años 90 con la introducción comercial en la agricultura de los organismos genéticamente manipulados o transgénicos, a los cuales se les incluyen genes de especies distintas mediante técnicas de ingeniería genética, para buscar la incorporación de nuevas características como productividad o resistencia a agroquímicos en el organismo receptor de los genes externos.

La *agricultura orgánica* por su parte recupera la agricultura natural y la tradicional, e incorpora nuevos conocimientos científicos para optimizar el funcionamiento de los sistemas agrícolas, así comprende todos los sistemas agrícolas que promueven la producción ecológica, social y económicamente sana de alimentos y fibras, tomando la fertilidad del suelo como un elemento fundamental para la producción exitosa, respetando la capacidad natural de las plantas, los animales y los terrenos, para optimizar la calidad en todos los aspectos de la agricultura y el ambiente (MAG, 2000, pag 4).

En el marco de esta investigación, este concepto se amplía al de *agricultura orgánica agroecológica* o *agroecología*, entendida como:

Toda actividad agropecuaria y su agroindustria que se sustenta en sistemas naturales para mantener y recuperar la fertilidad de los suelos, la diversidad biológica y el manejo adecuado del recurso hídrico, propiciando los ciclos biológicos en el uso del suelo. Desecha el uso de agroquímicos sintéticos cuyo efecto tóxico afecte la salud

humana y el ambiente, así como el uso de organismos transgénicos. Esta actividad, además de contribuir al equilibrio ambiental, tiende a un equilibrio socio-cultural de las formas de organización comunitaria indígena y campesina, integra los conocimientos tradicionales a las prácticas actuales, y defiende el derecho de las personas a producir alimentos sanos priorizando el uso de recursos locales. (MAOCO, 2005, p.10)

La visión y las prácticas agroecológicas comprenden entonces una serie de códigos y principios comunes, que se expresan en la relación productiva con el medio y también en la forma en que se conciben y tratan los recursos de la naturaleza.

Para las personas campesinas de orientación agroecológica, la biodiversidad incluye la variedad de plantas, animales y microorganismos, y también el conocimiento cultural generado colectivamente para su manejo. Esta biodiversidad resulta un elemento fundamental de los sistemas productivos, contextualizados desde una relación de aprendizaje y equilibrio con la naturaleza y la sociedad.

Las semillas se entienden en esta perspectiva como la unidad de origen de la vida, en tanto posibilitan la producción y el consumo de alimentos y el sustento de las familias campesinas. Pero además las plantas a las que dan origen y de las que provienen se entienden como parte de un ecosistema que las requiere para seguir generando vida, desde condiciones materiales de existencia tanto ambientales como históricas y culturales de las personas que las seleccionan, conservan, reproducen y utilizan de diversas formas.

Todas las prácticas relacionadas con las semillas tienen una raíz histórica personal y social, que es modificada en la práctica cotidiana de los campesinos y campesinas y que refleja al mismo tiempo las condiciones materiales de existencia y la cosmovisión que al respecto se ha construido colectivamente.

Estas concepciones chocan con la agricultura convencional promovida desde la revolución verde y con la corriente de globalización neoliberal y de libre comercio, que tiende a una homogeneización económica, cultural y política a escala global, impulsada y controlada por bloques de poder transnacional.

En el marco de la globalización, los regímenes de propiedad intelectual han surgido como un mecanismo para asegurar el control monopólico de nuevos inventos por parte de las personas o empresas que los desarrollan.

Tal como indica Rodríguez (2006), a partir de 1980 con el otorgamiento de la primera patente sobre formas de vida en Estados Unidos, los sistemas de propiedad intelectual han acelerado su desarrollo también en la forma de patentes sobre plantas, animales y microorganismos, o como sistemas de protección de derechos de obtentor (por ejemplo el Convenio Internacional para la Protección de Obtenciones Vegetales, conocido como UPOV 91), lo cual posibilita así que las semillas y otros elementos de la biodiversidad, al igual que el conocimiento tradicional asociado, dejen de manejarse de forma colectiva y pasen a ser una mercancía que se compra, se vende y se controla de forma privada.

Esta tendencia se expresa tanto en legislaciones nacionales sobre semillas y bioseguridad, como en acuerdos internacionales en el marco de la Organización Mundial del Comercio, la Organización Mundial de Propiedad Intelectual y tratados bilaterales de libre comercio.

Vale indicar que la suscripción del Convenio UPOV 91, ratificado por Costa Rica en abril de 2008, y la promoción del establecimiento de un sistema de patentes sobre plantas son compromisos asumidos por los negociadores costarricenses en el marco del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos (TLC), aprobado mediante un cuestionado referéndum en octubre de 2007 y en vigencia en el país a partir del 1º de enero de 2009. Ocho de las trece leyes de la agenda legislativa de implementación de este TLC tenían que ver directamente con el tema de propiedad intelectual en sus diversas facetas.

En diciembre de 2008 se publicaron dos Decretos Ejecutivos que interpretan la Ley de Biodiversidad para facilitar el patentamiento de seres vivos y conocimiento tradicional.

Finalmente, al igual que sucede en este momento en muchas regiones del mundo, la Asamblea Legislativa tiene en discusión un proyecto de Ley de Semillas que apunta en la misma dirección, al regular de forma restrictiva el uso de las diversas variedades de semillas y promover el uso de las que cumplen con los criterios técnicos para otorgar propiedad intelectual (semillas distintas, homogéneas y estables), de la misma forma que se hace ya en varios países, especialmente europeos.

Se configura así un escenario donde las condiciones históricas y políticas actuales resultan amenazantes para las prácticas y concepciones campesinas respecto de las semillas, a pesar de lo cual siguen siendo las personas pequeñas agricultoras quienes suplen la enorme mayoría de las semillas en el mundo.

En cuanto al enfoque de análisis, este trabajo se enmarca dentro de la psicología social de la

liberación, conceptualizada por Ignacio Martín-Baró como:

El estudio científico de la acción en cuanto ideológica. (...) Al decir ideológica estamos afirmando también que la acción es una síntesis de objetividad y subjetividad, de conocimiento y de valoración, no necesariamente consciente, es decir, que la acción está signada por unos contenidos valorados y referidos históricamente a una estructura social (1995, p.17).

Con base en esa perspectiva, esta investigación buscará establecer esos contenidos de los discursos y las prácticas de las personas campesinas agroecológicas, que expresan significados construidos desde lo personal y redimensionados en una estructura social que es el colectivo organizado y la sociedad en general. Así el análisis se enfocará en determinar esa “conexión entre dos estructuras: la personal (la personalidad humana y su consiguiente quehacer concreto) y la estructura social (cada sociedad o grupo social específico)” (Martín-Baró, 1995, p.16).

Esta investigación pretende reflejar el influjo interpersonal de campesinas y campesinos organizados colectivamente a partir de la agroecología. Se entiende el influjo interpersonal como

Aquello que constituye una acción como social y que estudia la psicología social, (que) no es un proceso de simple conexión externa entre un estímulo y una respuesta ya constituidos. Se trata más bien de un elemento interno a la misma acción, que adquiere una significación transindividual en esa referencia a los otros (Martín-Baró, 1995, p16).

En el influjo interpersonal intervienen cuatro elementos esenciales: el sujeto, las otras y los otros, las acciones concretas y un sistema o red de significaciones propios de una sociedad o un grupo social:

... el influjo interpersonal, la relación del quehacer de una persona a otra persona, no es algo genérico o abstracto en la conducta, ni mucho menos algo sobreañadido a la acción ya constituida. Se trata, por el contrario, de algo bien concreto y algo constituyente. (...) Por otro lado, se trata de algo intrínseco al acto —su significación—, que es como la imagen que el sujeto trata de actuar. (Martín-Baró, 1995, p16).

A partir de este marco, se trata de identificar y analizar el rol de los campesinos y las campesinas en tanto sujetos sociales que se vinculan con otras y otros significantes, con quienes establecen relaciones de alianza o contraposición, así como las prácticas (agrícolas y organizativas) que reflejen acciones inscritas en la tela de significaciones compartidas.

Las prácticas se analizarán en cuanto acciones hilvanadas en la tela de significaciones compartidas, partiendo de la premisa de que “una acción humana no es una simple concatenación de movimientos, sino la puesta en ejecución de un sentido...” (Martín-Baró, 1995, p16).

La psicología social se centra en estudiar y analizar el lugar donde se encuentran la estructura social y la estructura personal: “...pretende examinar la doble realidad de la persona en cuanto actuación y concreción de una sociedad, y de la sociedad en cuanto totalidad de personas y sus relaciones” (Martín-Baró, 1995, p. 16). Se parte de que los sistemas sociales son fruto de una historia construida y reconstruida por las personas en su cotidianidad, a partir de sistemas previos que son mantenidos o transformados en el quehacer diario individual y colectivo.

Por consiguiente, el significado psicosocial es aquel que se atribuye, desde un contexto particular, a prácticas y objetos significativos y concretos, que no se agota en la individualidad sino que se origina y se sostiene en un proceso colectivo en el cual ese significado es compartido y transformado cotidianamente, dando un sentido al trabajo personal y común.

En tanto las personas comparten un contexto específico y generan significados y prácticas también compartidas, llegan a conformar una comunidad de sentidos y pueden tener una identidad común en el marco del grupo de referencia.

... lo específico social es atender a la acción de individuos o grupos en cuanto referida o influida por otros individuos o grupos. En la medida en que una acción no es algo que se puede explicar adecuadamente a partir del sujeto mismo, sino que, explícita o implícitamente, en su forma o en su contenido, en su raíz o en su intención, está referida a otro y a otros, en esa misma medida la acción es social y cae bajo la consideración de la psicología social de la liberación.

Las personas no somos seres arrojados al vacío, sino que formamos parte de una historia, nos movemos en una situación y circunstancia, actuamos sobre las redes de

múltiples vinculaciones sociales. La psicología social de la liberación trata de desentrañar la elaboración de la actividad humana en cuanto es precisamente forjada en una historia, ligada a una situación y referida al ser y actuar de unos y otros. (Martín-Baró, 1995, p. 9-10)

Asimismo, es relevante el concepto de ideología entendido como “aquellos esquemas cognoscitivos y valorativos producidos por los intereses objetivos de la clase dominante en una sociedad determinada e impuestos a las personas que los asumen como propios” (Martín-Baró, 1995, p. 50).

En este contexto las tendencias hacia la conformación de sistemas de propiedad intelectual sobre las semillas y la amenaza que implican para el manejo colectivo y libre de este recurso resultan un elemento de la ideología dominante que determina el contexto de relación con las semillas para las personas campesinas y que puede ser entendido por ellas de diversas formas.

La psicología social de la liberación entiende a las personas como sujetos políticos, que viven en un sistema social con características particulares usualmente impuestas desde intereses externos a los suyos propios, que ellas están en capacidad de deconstruir y transformar.

Esta investigación aborda entonces el significado psicosocial que las personas campesinas agroecológicas, desde su historia y contexto específico, asignan a las semillas y a las prácticas relacionadas con ellas, lo cual da un sentido de identidad compartida al trabajo productivo que desarrollan.

c) Problema de investigación

Se pretende explorar el significado psicosocial que tienen las semillas y las prácticas asociadas a ellas para personas campesinas de orientación agroecológica, tanto en el ámbito personal como el colectivo, a partir de sus condiciones históricas y materiales de existencia y sus representaciones y conocimiento compartido. Se quiere asimismo contextualizar dicho significado en el marco de los sistemas de propiedad intelectual sobre formas de vida y la manera en que son percibidos por dicha población.

Este tema no ha sido abordado en investigaciones psicológicas previas en el país, sin

embargo se parte de su relevancia para las personas campesinas agroecológicas tanto por motivos históricos como por el contexto nacional e internacional actual.

El estudio pretende entonces responder a las siguientes preguntas, en relación con las personas campesinas agroecológicas:

1. ¿Quiénes son las personas vinculadas con las semillas desde la agroecología?
2. ¿Qué es la semilla, qué lugar ocupa y qué significa?
3. ¿Cuáles son las prácticas asociadas con las semillas, cómo se generan y transforman, qué significado tienen?

d) Objetivos

Objetivo General: Explorar el significado psicosocial que tienen las semillas y las prácticas asociadas a ellas desde personas campesinas de orientación agroecológica, para facilitar el reconocimiento, la valoración social y el trabajo organizativo del movimiento campesino agroecológico.

Objetivos Específicos:

1. Explorar el significado psicosocial que tienen las semillas para las personas campesinas agroecológicas.
2. Explorar el significado psicosocial que tienen las prácticas relacionadas con las semillas para personas campesinas agroecológicas.
3. Delimitar el contexto sociopolítico actual de las semillas y su significado para las personas campesinas agroecológicas.

3. METODOLOGÍA

a) Estrategia metodológica

- Desarrollo de la revisión documental
- Selección de participantes con base en criterios definidos
- Entrevistas
- Análisis
- Grupo de discusión
- Integración en el análisis
- Conclusiones finales
- Devolución a las personas participantes

El presente estudio es de tipo exploratorio, con una orientación cualitativa. El carácter exploratorio de la investigación se justifica en tanto no existen antecedentes previos que den cuenta del tema.

La investigación cualitativa desde un enfoque psicosocial permite construir un marco explicativo respecto a los procesos mediante los cuales las personas comprenden y construyen la realidad a partir de un contexto concreto. Este tipo de investigación reconoce como válidas las percepciones propias de las personas sobre su realidad, con lo cual se puede definir un punto de partida para la investigación.

La relación laboral de una de las investigadoras que sustentan este trabajo con el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense (MAOCO) permitió un nexo directo con personas campesinas agroecológicas y grupos organizados vinculados con el tema de estudio, en particular con quienes voluntariamente han decidido conformar la Comisión de Semillas de dicho Movimiento, como espacio de trabajo en este tema.

Resulta de relevancia también el reconocimiento social que existe respecto a la vinculación con el tema de investigación, de modo que la recomendación de la Comisión de Semillas del MAOCO en relación con las personas participantes en el estudio, se consideró un elemento cualitativo importante a ser tomado en cuenta.

Este trabajo no pretende generalizar sus resultados a una población total, sino mostrar elementos casuísticos que puedan resultar de utilidad para abordar el tema de investigación,

partiendo de condiciones materiales, políticas, económicas y sociales que atraviesan el contexto donde las personas se desarrollan o intentan sobrevivir, así como de la forma en que estas condiciones son percibidas por las personas participantes en el estudio.

La estrategia metodológica comprende la revisión y análisis de material documental, la realización de entrevistas semiestructuradas a 12 agricultoras y agricultores orgánicos que se dedican a trabajar con semillas y a dos personas expertas en el tema, una sesión de trabajo grupal con la Comisión de Semillas del MAOCO en la que se presentó una primera devolución del análisis documental y de las entrevistas para su enriquecimiento a partir de la discusión colectiva, y un proceso de devolución a las personas participantes.

b) Procedimiento para seleccionar a los y las participantes

Esta investigación se realizó en articulación con la Comisión de Semillas del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense, conformada por agricultoras y agricultores representantes de organizaciones campesinas agroecológicas especialmente interesadas en el tema de las semillas. Se seleccionaron doce personas pertenecientes a las organizaciones que desarrollan el tema y reconocidas socialmente por su trabajo con las semillas, procurando que la selección asegurara cuotas equitativas por género.

Las investigadoras realizaron una preselección de acuerdo con los criterios de inclusión y exclusión establecidos, e hicieron la selección final de acuerdo con la disposición de las personas para participar en la investigación. De esta forma, se cumple con los criterios muestrales reseñados por Valles (1997, p.213), que implican identificar a quienes tienen la información relevante para el estudio, que son accesibles física y socialmente, que están dispuestos y dispuestas a informar, y que son capaces de comunicar la información con precisión.

Criterios de inclusión utilizados:

1. Personas reconocidas dentro de las organizaciones agroecológicas por desarrollar actividades relacionadas con las semillas.
2. Personas pequeñas campesinas que desarrollan prácticas de producción agroecológica.
3. Personas pertenecientes a organizaciones vinculadas con el MAOCO.

Criterios de exclusión:

1. Personas grandes productoras o que desarrollan prácticas agrícolas convencionales.

2. Personas que no pertenecen a organizaciones vinculadas con el MAOCO o que no están organizadas.

3. Personas que desconocen la temática relacionada con las semillas.

Además, se identificaron dos personas no agricultoras que podían aportar información de relevancia para incluirlas en esta investigación. Los criterios de inclusión y exclusión para estas fueron:

Criterios de inclusión:

1. Personas reconocidas dentro del movimiento agroecológico y que se identifican con los principios y valores de la agroecología.

2. Personas que tienen un conocimiento particular sobre uno de los siguientes temas: semillas y/o prácticas asociadas con las mismas, agricultura orgánica agroecológica, sistemas de propiedad intelectual sobre las semillas.

Criterios de exclusión:

1. Personas ajenas a la agroecología.

2. Personas que desconocen la temática de la investigación.

De esta manera se integró un grupo base de informantes conformado por personas agricultoras y no agricultoras directamente relacionadas con el tema de investigación, quienes fueron entrevistadas como parte del estudio.

Adicionalmente, las personas que integran la Comisión de Semillas del MAOCO (que, de por sí, cumplen con los criterios de inclusión establecidos) participaron en el estudio retroalimentando las conclusiones iniciales.

c) Procedimientos de recolección de información

Se realizó una revisión de materiales escritos, grabaciones y vídeos producidos por organizaciones agroecológicas y por personas relacionadas con el sector, concernientes al tema de las semillas y las prácticas asociadas a ellas.

En este material, se identificaron elementos importantes relativos al significado psicosocial atribuido a las semillas y las prácticas, de acuerdo con las categorías iniciales de recolección de información, que se presentan al final de este apartado.

En cuanto a las entrevistas, se utilizaron entrevistas en profundidad bajo el enfoque de entrevista estandarizada no programada, que implica la identificación previa de elementos

por abordar, la formulación de las preguntas en términos familiares al entrevistado o entrevistada sin una secuencia predefinida necesariamente, y el ordenamiento de las preguntas a la medida del discurso de las personas interrogadas. (Valles, 1997, p.187).

Se entiende la entrevista como “proceso de comunicación interpersonal, inscrito en un contexto social y cultural más amplio (...) donde los procesos de comunicación, naturales en la vida cotidiana, se provocan (y precipitan) en las entrevistas con el propósito de obtener información relevante”. (Valles, 1997, p.190)

Cumpliendo con estas características, entre enero y abril de 2008 se realizaron 12 entrevistas a personas campesinas agroecológicas vinculadas con el tema de las semillas y dos más a personas no agricultoras que cuentan con información relevante en relación con el tema de las semillas, la agricultura orgánica agroecológica y la propiedad intelectual sobre las semillas, a partir de su trabajo o práctica cotidiana.

En el caso de las entrevistas a agricultores y agricultoras, vale la pena indicar que se realizaron en sus casas y en algunos casos como parte de un recorrido por sus fincas, adaptándose a las condiciones y preferencias de cada persona, al lugar donde eligieron recibir a las investigadoras y al tiempo que consideraron conveniente destinar a la entrevista y que la misma conversación determinó como necesario, lo cual osciló entre los 45 minutos y las dos horas.

Por último, se facilitó una sesión de trabajo grupal con la Comisión de Semillas del MAOCO, para presentar una primera devolución del análisis de la investigación documental y de las entrevistas, y para enriquecer los primeros hallazgos del estudio.

La guía de recolección de información para las entrevistas en profundidad comprendió los siguientes elementos:

I. Características de encuadre biográfico

- Edad
- Estado civil
- Lugar de residencia
- Composición familiar
- Significado de la agroecología
- Orígenes del vínculo con las semillas y las prácticas asociadas con las semillas

II. Significado psicosocial de las semillas

1. Significado de las semillas
2. Significado de la biodiversidad y de la pérdida de la biodiversidad
3. Relación con la tierra y la naturaleza
4. Relación con la alimentación y la soberanía alimentaria
5. Relación con la cultura
6. Hechos relevantes desde lo personal
7. Hechos relevantes de lo organizativo y lo comunitario

III. Significado psicosocial de las prácticas asociadas con las semillas

1. Prácticas relevantes
2. Cómo se generan, se transmiten y se transforman
3. Prácticas ancestrales y/o tradicionales
4. Relación con lo comunitario
5. Roles y responsables de las prácticas (diferenciados por género)
6. Relación con agroquímicos
7. Hechos relevantes desde lo personal
8. Hechos relevantes de lo organizativo y lo comunitario

IV. Significado del contexto sociopolítico

1. Modernidad y globalización
2. Libre acceso y uso de semillas versus propiedad intelectual
3. Políticas gubernamentales
4. Demandas del mercado
5. Mecanismos de resistencia

d) Procedimientos y técnicas para la sistematización

La sistematización de la información se basa en categorías comunes compartidas por las personas entrevistadas. En este sentido, se sigue la lógica de que el diseño de investigación mantiene una congruencia desde el esbozo de las entrevistas hasta el análisis final, a través de categorías presentes en las diversas etapas.

Las entrevistas se grabaron en formato de audio digital. Estas, al igual que la información relevante de análisis documental, fueron transcritas. A cada categoría definida para el

análisis le fue asignado un código que permitió identificar la referencia a la categoría en el discurso de las personas entrevistadas.

e) Procedimientos y técnicas para el análisis

Este estudio desarrolla un análisis cualitativo de tipo interpretacional, en tanto “pretende la identificación (y categorización) de elementos (temas, pautas, significados, contenidos) y la exploración de sus conexiones, de su regularidad o rareza, de su génesis” (Valles, 1997, p.387). En este sentido, se sigue la perspectiva de Miller y Crabtree, rescatada en Valle (1997, p.389), recuperando los pasos comunes para un análisis cualitativo: el desarrollo de un sistema organizador (guía de recolección de información), la segmentación de los datos (la identificación y asignación de las categorías) y el establecimiento de las conexiones (proceso de análisis).

El análisis de la información se concibe desde una perspectiva dialéctica, que parte de la historia de las personas y de los colectivos, enriquecida con la interacción y las prácticas cotidianas en torno a las semillas, dentro de un contexto específico que marca posibilidades y amenazas, pero también acciones concretas de resistencia desde las propias personas que conforman colectivos organizados.

Se procura reflejar esta perspectiva desde la recuperación de la propia voz de las personas campesinas, partiendo de que el procedimiento de análisis debe permitir identificarlo como proceso dialéctico de construcción de la realidad.

El tipo de análisis no es una mera técnica, sino un estilo fundamentado en una postura epistemológica y metodológica determinada (Valles, 1997, p.390) que, en este caso, es dada por la psicología social de la liberación.

El procedimiento de análisis en esta investigación comprende dos etapas básicas: un análisis inicial sobre el material documental y las entrevistas en profundidad, y un análisis final que incorpora la retroalimentación de un grupo de discusión establecido con la Comisión de Semillas del MAOCO.

La técnica de grupo de discusión se entiende en este contexto como “un marco para captar las representaciones ideológicas, valores, formaciones imaginarias y afectivas, etc., dominantes en un determinado estrato, clase o sociedad global” (Ortí, 1989, citado en Valles, 1997. p.286). En la presente investigación el grupo de discusión con la Comisión de Semillas

fue un procedimiento para enriquecer el análisis inicial, a partir de su confrontación con el colectivo de personas vinculadas al tema y su discusión y retroalimentación compartida.

El análisis final incorpora los aportes surgidos del grupo de discusión, que validó de forma consistente las conclusiones iniciales presentadas por las investigadoras.

f) Criterios para garantizar la calidad de la información

La calidad de la información se garantiza a partir de los criterios de selección de los y las participantes, así mismo, su relación con el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense permite considerar que la información es consistente con la visión agroecológica, y facilita igualmente la posibilidad de que los resultados de este estudio sean aprovechados por el MAOCO.

Otro criterio de calidad es la realización del grupo de discusión con la Comisión de Semillas, integrada por personas campesinas directamente relacionadas con el tema y que tuvieron la posibilidad de evaluar y retroalimentar las conclusiones preliminares.

Igualmente, la calidad de la información está respaldada por la supervisión de procedimientos e instrumentos por parte del equipo asesor de la investigación, que además tuvo acceso a las transcripciones literales de las entrevistas realizadas.

g) Precauciones

Todas las entrevistas realizadas como parte de esta investigación (al igual que la sesión del grupo de discusión) partieron del consentimiento previamente informado de las personas participantes.

La fórmula del consentimiento previamente informado (se adjunta en los anexos) fue revisada en detalle con cada persona participante antes de la realización de las entrevistas. Esta fórmula se redactó en un lenguaje sencillo y accesible a fin de garantizar que la persona entrevistada comprendiera las implicaciones de la investigación y aceptara participar en esta a partir de una decisión informada sobre las características del proceso y sus eventuales consecuencias. Con este fin, también se revisó la redacción con tres personas campesinas.

La fórmula de consentimiento previamente informado enfatiza también en la posibilidad de que las conclusiones del estudio sean presentadas de forma pública y anónima con el objetivo de aportar al trabajo organizativo y al posicionamiento político en el tema de

semillas, lo cual fue considerado como un valor adicional por las personas participantes.

De esta forma se asegura que la información fue compartida de forma voluntaria y consciente y se garantiza el anonimato de las fuentes.

Se protege la identidad de las personas campesinas participantes en el estudio a través del uso de seudónimos y al evitar citar detalles que no comprometen el sentido de lo expresado pero pudieran permitir su identificación.

En tanto las entrevistas contienen manifestaciones que permiten identificar a la personas entrevistadas, y que eventualmente podrían vulnerabilizarlas en un contexto político y legal particularmente adverso, se decidió no incluir las transcripciones literales como anexos en esta investigación.

4. PRESENTACIÓN DE RESULTADOS

a) Descripción de la población

La palabra sobre las semillas y las prácticas asociadas a ellas viene de 12 agricultoras y agricultores orgánicos que participan en organizaciones campesinas de base, las cuales a su vez son parte del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense y están vinculadas a la Comisión de Semillas del MAOCO.

Aquí podemos ver un cuadro con información básica de las personas participantes, así como los seudónimos que se han asignado a cada una de ellas:

Cuadro resumen de personas participantes en la investigación

Seudónimo	Género	Edad	Estado civil
Camilo	M	63	Casado
Ernesto	M	26	Soltero
Guadalupe	F	59	Casada
Jorge	M	69	Casado
Feliciano	M	66	Casado
Nidia	F	44	Casada
Dora	F	47	Casada
Francisco	M	39	Casado
Venancia	F	86	Divorciada
Mélida	F	67	Separada
Sofía	F	50	Casada
Mónica	F	44	Casada
Aportes puntuales de:			
Santiago	M	54	Casado, compañero de organización de Mélida y Sofía
Carlos	M	48	Casado con Mónica
Hugo	M	47	Casado con Dora
Marvin	M	46	Casado con Nidia

La población base del estudio está compuesta por siete mujeres y cinco hombres, con edades entre los 26 y los 69 años, que viven y desarrollan la agricultura orgánica en zonas rurales de Costa Rica: Puriscal, Paraíso, Sarapiquí, San Carlos, Guápiles, Pacayas y Santa Cruz.

Nueve de estas personas están casadas (se entrevistó conjuntamente al matrimonio formado por Guadalupe y Jorge, que comparten el trabajo agroecológico), uno es soltero y dos están separadas de su última pareja. En el caso de Camilo, aunque está casado, vive solo en la finca y su esposa lo visita allí.

Con excepción de Camilo y Ernesto, todas las personas entrevistadas tienen hijos e hijas entre los dos y los 36 años, quienes viven con ellas excepto en tres casos en que los hijos e hijas ya son mayores (Feliciano, Venancia, y la pareja compuesta por Guadalupe y Jorge).

Se cuenta también con aportes puntuales de cuatro agricultores que estuvieron presentes en las entrevistas realizadas a sus esposas (Nidia, Dora y Mónica) o compañeras de organización (Mélida y Sofía).

Los aportes de Silvia Rodríguez Cervantes y Fabián Pacheco Rodríguez, entrevistados en su carácter de expertos en el tema, se rescatan como complemento de las concepciones expresadas por las personas campesinas, pero el análisis se centra exclusivamente en el discurso de estas últimas.

Se identifican hitos de vida en las historias individuales que resultan comunes al analizarlas en conjunto, y desde los cuales se puede entonces identificar elementos compartidos en la historia de la población protagonista de este estudio.

b) Hallazgos

i. La agricultura orgánica agroecológica como herencia familiar

Los caminos para llegar a la agricultura y la agroecología son diversos, pero en todos los casos implican conocimientos ancestrales transmitidos a través de la familia.

Cuando se habla de las semillas, para las personas campesinas participantes en este estudio es natural remitirse al origen histórico y tradicional que tiene la relación con la agricultura natural y con las semillas, rescatando el hecho de que el conocimiento sobre prácticas de manejo agroecológico viene de generaciones anteriores y ha sido naturalizado e incorporado en la vivencia cotidiana:

“Cuando yo me criaba no había tantas cuestiones, uno chapeaba y tiraba las semillas de maíz o cualquier cosa y ahí estaba, y no se perdía, porque no se perdía nada.

Mis abuelos y mis bisabuelos tenían unas trojas, bueno, qué va a ser este corredor, con maíz, con frijoles, con ese que le decimos aquí millo, bueno, cantidades de eso, y no solo eso, yuca, tiquizque, malanga. Para ponerte un ejemplo era aquello tan lindo que se venía la cosecha y esta otra no se había terminado, entonces había que ir donde un vecino a ver si él ya había terminado” (Jorge, 69 años).

“Nosotros recogíamos semillas del patio, después yo veía trabajar al papá de mi mamá. El cultivaba orgánico, bueno, en ese tiempo no existían los químicos, él tenía una pala de las anchas, la agarraba y le daba vuelta al monte, (...) después mi abuela tenía su café y lo molía, tenía una maquinita para moler el café, tenía su matita de tabaco porque ella se hacía su cigarros amarillos, y todo el mundo iba recogiendo semillas” (Guadalupe, 59 años).

Al mismo tiempo, la agroecología es un valor que integra a toda la familia y que se quiere mantener vivo en las generaciones siguientes, entendiendo a las personas jóvenes, a los hijos e hijas, como la motivación para seguir adelante sin usar agrotóxicos y al mismo tiempo como la posibilidad de sostener los saberes, las semillas, la naturaleza y la agricultura:

“Yo siempre he dicho que la mejor manera de trabajar agricultura orgánica es a través de las escuelas, porque el chiquito es como una esponjita que todo lo jala” (Guadalupe, 59 años).

“Ahora tenemos diez (vacas), diez que ya han parido y allá sueltas hay ocho... seis, porque hay dos terneros, este es el proyecto que tiene mi hijo, de aquí vamos a manejar todo lo que es ganado, (...) ahora mi hijo compró unas máquinas, una sierra para aserrar la madera caída, yo tengo la dicha de que ese muchacho a veces, cuando había un almacén que estaban liquidando, entonces él se iba, a mitad de precio las compraba a veces” (Feliciano, 66 años).

“Nosotros vamos pasando, llega el momento, le pido a Dios que nuestros hijos hayan aprendido un poquito y que no lo dejen botado a uno, (...) yo creo que uno debe estar reproduciendo, sabiamente estar produciendo frutos, y eso es básicamente lo que quiero enseñarle a mis hijos” (Francisco, 39 años).

La familia es siempre un referente, de la que se recibieron conocimientos y cultura, y a través de la cual se siguen transmitiendo.

- **Más allá de la agricultura con agrotóxicos**

En varios de los casos analizados, el camino hacia la agricultura orgánica agroecológica ha implicado un espacio de tiempo de trabajo en agricultura convencional o algún contacto personal o de alguien cercano con los agrotóxicos, experiencias que se valoran como negativas y que son importantes en la decisión de trabajar de forma orgánica:

“Nunca, nunca (utilizó agrotóxicos), como yo era partera, yo dentro mío me ponía a pensar (...) se va mi hijo cuando empezaba en el colegio y se va a ver a Paquillo que estaba allá regando Gramoxón y (...) tuvo contacto el agua con el Gramoxón y toma agua de esa, casi se muere, (...) ahí juré no permitir nunca más nada de eso” (Venancia, 86 años).

“Mi abuelo, el abuelito mío de parte de mi papá nos decía, vean, ahorita el hombre trae cosas para echarle a la tierra, estoy hablando hace 60 años y de hecho así fue, él decía: no lo hagan” (Francisco, 39 años).

“Digamos establecer dos épocas diferentes, digamos la época del 60 hacia atrás y del 60 hacia delante, (...) después se quedó uno asombrado cuando empezaron a salir esos químicos, que ya le decía mi papá, nos decía mi papá, bueno mañana tenemos que ir a fumigar, algo así decía, y nosotros lo hacíamos inconscientemente sin ninguna protección. En la tarde cuando se terminaba de echar esos productos, algunos se desmayaban, viera qué reacciones más tremendas, no era que no le pasaba nada a uno, entonces uno recuerda esas épocas, de la gran diferencia que hubo... Por eso es que tal vez uno guarda cierto resentimiento con estas cuestiones de los agrotóxicos” (Camilo, 63 años).

El abandono del uso de agrotóxicos pasa por la comprensión de que el modelo de la revolución verde no solamente genera impactos negativos en la salud o la economía campesina, sino también en el equilibrio natural y la forma en que se entienden la agricultura y las semillas:

“En el momento que él (compañero de organización) hizo la conversión, se reconvirtió

más bien, porque antes sus papás lo habían enseñando a sembrar de forma orgánica, verdad. La había olvidado con los químicos y que ahora se daba cuenta, ahora que estaba en ese punto de reconversión, que se daba cuenta que estaba envenenando no solo la tierra, sino haciendo un uso casi equivocado de la semilla, porque les estaba imponiendo características, con el agroquímico, que la misma semilla no tiene. El agroquímico, decía él, no deja que la tierra descansa, como es la naturaleza (..) y decía, lo que estábamos haciendo sin darnos cuenta era envenenar la tierra y cambiarle la naturaleza a la semilla” (Rodríguez 2008).

El proceso para dejar de utilizar agrotóxicos no fue sencillo para quienes en algún momento practicaron la agricultura convencional, aunque siempre hubo un convencimiento personal de que la agricultura orgánica agroecológica era una mejor opción:

“Yo les he dicho (a agricultores que quieren dejar los químicos), no metan toda la finca, yo viví eso, lo que fue quedar... pero por practicar el monocultivo, sólo yuca orgánica, y fue un desastre, fue quiebra. Me llevó a un estado financiero terrible, eso no se puede practicar” (Francisco, 39 años).

“Hicimos un cambio pero de una vez, y hay gente que ha ido al suave y hay gente que todo lo hace al suave, pero este (su esposo) conforme yo le decía, le daba camino” (Nidia, 44 años).

“La gente es obsesiva por quitar todo, en los predios quitan todo, todo y después lo queman, ¿después por qué se caen? Digo, porque no hay nada que amarre la tierra. Es esa idea de quitar todo, y nosotros podemos decir que teníamos otra visión antes, también pensábamos que había que quitar todo, todo. (...) Lo que costaba decir mirá es que esta plantita necesita abono, y de cuál abono le vamos a aplicar, y yo insistirle (a mi esposo) que no, que esa planta no necesitaba abono, necesitaba abono pero orgánico, no químico. (...)

Mucha gente pasaba y lo veía (arando hacia arriba para conservar el suelo) y le gritaba desde los carros y todo, sí, sí, no es un cuento. (...) Fue algo tan, pero tan difícil, pero sin embargo se comenzó a hacer esa consciencia de decir ¿y si de verdad los agroquímicos están haciendo daño?

Y siempre comentamos que los agricultores tienen la idea de aplicarle un poquito más

por si le hace falta. Esa es una de las cosas que aquí se practica y es una realidad, es una realidad porque nosotros la vivimos, vamos a aplicarle un poquito más por si le hace falta... y a través del tiempo hemos ido aprendiendo con nuestros errores, porque a veces ha sido un poco difícil. Pero yo le decía (a mi esposo) ahora que cosechamos las zanahorias, ve sí se puede cosechar zanahorias sin agroquímicos. ¿Qué productos usamos? Abonos orgánicos y algunos microorganismos usamos, y dijimos sí funciona, sí funciona.

Hubo gente que vino y vio las zanahorias y nosotros nos poníamos a pensar: compiten perfectamente con las zanahorias convencionales, pero el sabor, el color, y lo más importante estamos cuidando el medio ambiente, estamos cuidando el suelo, estamos cuidando nuestra salud y estamos cuidando lo que comemos. (...) Ha sido una experiencia difícil, pero no tan difícil como para no superarla, y hasta el momento la hemos superado. Yo le decía a mi esposo, si tenemos que volver a lo convencional, busquémonos otro trabajo de lo que sea, pero no sembremos” (Dora, 47 años).

La práctica orgánica agroecológica de la agricultura consolida y enriquece prácticas y saberes que venían de atrás y que, incluso después de experiencias de uso de agrotóxicos, han llegado a entenderse como naturales e irrenunciables.

● **Nuevas formas de entender las relaciones de género**

En los discursos de las personas entrevistadas se perfilan concepciones de género que tienden a la equidad y al reconocimiento del aporte de las mujeres en la agricultura, particularmente en cuanto a la opción por la agroecología y la conservación de semillas, lo cual constituye otro elemento común.

En algunos casos, al inicio, este reconocimiento no es consciente, y más bien se tiende a expresar inicialmente que no existen diferencias de género en el trabajo que se realiza: “yo no veo que hayan diferencias, porque los dos aportamos” (Dora, 47 años). Sin embargo en la reflexión sobre la situación personal, y especialmente en casos más mediados por la reflexión organizativa o la propia historia, hay ya un significativo asumido sobre la diferenciación social establecida a partir del género:

“Las mujeres no estamos criadas para eso, en cierto modo, porque hay algunas que sí

nacen con la vocación de sembrar. Porque yo conozco señoras que desde pequeñas trabajan en el campo y siembran sus frijoles, arroz, maíz y todo. (...) Lo digo por nosotras mismas aquí, que cuando uno aprende a trabajar la tierra lo hace con más amor que el hombre, ellos son más bruscos para trabajar. (...) Ellos hacen las cosas porque piensan que son mejores que las mujeres” (Mélida, 67 años).

“Hay una gran diferencia, generalmente los hombres trabajan la tierra, las mujeres tenemos otros patrones que nos han inculcado. En nuestro caso, en nuestra comunidad, viera cómo cuesta que las mujeres trabajemos la tierra. (...) La mujer no va al campo, lo que acostumbraban antes las abuelas era sembrar algo a la orilla de la casa, pero ya ir al campo, ir a trabajar con una pala, ir a revolver la tierra, llenarse de mierdita, esa mierdita de caballo, y llenarse de hojitas, de basura como dicen aquí, para hacer composta, eso las mujeres no lo hacen, nosotros somos los que lo estamos haciendo, y pensamos y esperamos que otras mujeres lo vayan haciendo. Pero no es tan fácil, porque aquí está... hay una cultura, una tradición, hay todo, y nosotros somos los que vamos rompiendo un poco el esquema, pero lo que nos impulsa es que ahora que la gente nos vea se animen a hacerlo” (Sofía, 50 años).

En general se reconoce una conexión particular de las mujeres con las semillas, que persiste a pesar de haber sido invisibilizada en el contexto social:

“¿Qué hizo la industrialización? Enseñarnos una agricultura sin agricultores, una agricultura totalmente maquinizada, en la cual se dice que las mujeres no tienen por qué meterse. ¿Qué van a saber las mujeres de semillas? Para eso están los biotecnólogos, hoy en día, personas que sí saben de eso. (...) Uno de los impactos más fuertes que tuvo la industrialización de la agricultura fue sacar de esos procesos productivos a la mujer, en muchísimas culturas la mujer era la encargada de escoger la semilla, ella sabía cuál era la mejor semilla para la próxima cosecha, era la encargada de cuidarla y entregársela a los hombres que eran los que tenían en su responsabilidad todo el sistema de labranza de la tierra, y la cosecha era familiar, se involucraba toda la familia, los niños, la madre, el padre... y la mujer efectivamente, creo que por cuestiones muy lógicas, que es la que da vida, que es la que puede generar vida, verdad. Para los hombres era obvio que era la llamada a tener contacto

con la semilla ... que era lo mismo” (Ernesto, 26 años).

“Cuando tenemos oportunidad de hablar con niños de eso, de una semillita cuántas semillas nos da, hablamos de cómo las mujeres fueron las primeras que aprendieron a sembrar, fueron las que aprendieron a observar la creación, la semilla, una nueva plantita y aprendieron a ir las cuidando, junto con los chanchos y las gallinas, mientras que a los hombres nos tocaba ir a pelear, a jalar mujeres, a pelear con otros machos, a hacer la guerra, si conseguíamos comida la traíamos a la cueva, pero la mujer fue la que empezó a tener esa relación íntima de creación y de re-creación.(...) La mujer era la encargada de la comida, era la encargada de la salud y la encargada de la educación, pero ahora esto ha ido cambiando y ya no tienen las plantas medicinales que tenían. Entonces ahora lo que hacen es llevar a los nietos o a los hijos al doctor, pero ya el conocimiento se ha perdido, porque ella enseñaba, porque ella contaba, mientras hacía los oficios domésticos o mientras iba a lavar al río, pero ahora ya no lo cuenta” (Santiago, 54 años).

“Esa siempre va a ser la lucha, que siempre está más enfatizada en la mujer, porque yo cuido mucho las semillas. Este (su esposo) a veces se enoja conmigo porque yo estoy siempre cuidando las semillas. Le digo por qué no asolea esa semilla, se va a llenar de moho... y este a veces me dice que es que no ha tenido tiempo. Le digo saque el rato y vaya a ponerlas a asolear, y ese pleito de estar al cuidado de que no se dañen” (Nidia, 44 años).

“Pienso, es que no es tanta la diferencia, porque yo veo que a mi esposo le gustan mucho las semillas, pero él me dice, por ejemplo: es que yo no tengo esa dedicación de ir las a ver cuando se están cosechando, cuáles te vas a comer o cuáles vas a escoger para tenerlas como semilla. A los dos nos gusta (el trabajo con las semillas), pero él se dedica... bueno, yo como mujer siento que me dedico un poquito más y lo que hago me gusta” (Dora, 47 años).

Si bien esta conexión de las semillas con la vida es compartida tanto por mujeres como por hombres desde una identidad agroecológica, resulta especialmente fuerte en el caso de las mujeres, tal como apuntan las personas expertas entrevistadas:

“Para ellas (agricultoras en un encuentro) la semilla es el símbolo de la vida. Entonces

eso uno tiene que cuidarlo con un cariño y con una devoción que jamás tendría una persona que la ve como un bien económico y punto.

También para ellas es un medio de vida, entonces también es un bien económico, pero no solo eso, y ellas decían o contaban en ese momento que en vida campesina era muy claro ver cómo los hombres, en vida campesina, defendían la tierra. Ellos hablaban de la reforma agraria refiriéndose a la tierra nada más, y que para las mujeres de vida campesina, ellas defendían con mayor ardor las semillas, no tanto la tierra, sino también las semillas. Porque sentían que en el caso de ellas, que eran mujeres, el significado estaba más enfocado a la parte emotiva como mujeres, (la semilla) tiene otra perspectiva, otra dimensión, ligada a la vida y a la reproducción y que por lo tanto están más ligadas a nosotras las mujeres en ese sentido, entonces la defensa es diferente” (Rodríguez, 2008).

“Las semillas despiertan mucho esa diversidad de colores y eso despierta mucho el arte, despierta mucho la parte femenina de las personas, la parte femenina de la agricultura. (...) Hay una parte muy femenina, de selección, de separar que cuatro semillas salieron con unas pintas de otro color, ese trabajo más minucioso también con las semillas, que se ha dormido en el agricultor, que al ser dormido fue destruido, que incluso fue un trabajo que realizaban mucho las mujeres, que eran las que redescubrían la diversidad” (Pacheco, 2008).

Con diferentes niveles de elaboración y consciencia, el reconocimiento de las diferencias de género se hace explícito en el entretendido del discurso colectivo, también al apuntar la preponderancia de líneas masculinas o femeninas en el rescate de distintos tipos de prácticas y culturas productivas.

Usualmente el saber sobre técnicas de producción se aprendió de padres y abuelos, y tiende a compartirse con los hijos varones:

“Lo aprendí de los abuelos míos y los bisabuelos. Nos llevaban a la corta del maíz, desde chiquitillos nos llevaban, ¡vamos! Ahí le enseñaban a uno: mire esta mazorca, esta otra, le decían esa pelusa pica, aquella otra no pica” (Feliciano, 66 años).

“A pesar de que yo me crié a caballo y todo eso, mis hijos no saben andar a caballo. Entonces uno se jala el pelo, (pero) hay uno de mis hijos que tiene como tres años de

andar pidiendo el caballo al vecino para andar, y eso es porque él lo trae, porque quién sabe en qué parte de él por dentro lo trae, y ahí estamos hablando de semillas también” (Francisco, 39 años).

Por líneas femeninas vienen las prácticas productivas más vinculadas a la huerta y a la alimentación familiar, y en algunos casos también a la conservación de semillas, lo cual es reconocido tanto por mujeres como por hombres:

“Lo que ellas siembran lo tienen a todo alrededor de la casa” (Feliciano, 66 años).

“Hace mucho tiempo venía con eso y desde la experiencia que tuve con mi abuelita que me dio seis habas... He conocido gente mayor, gente adulta que trabajaba de hace muchos años. Por ejemplo yo digo que mi abuelita, a ella siempre le gustaba tener sus productos, entonces comencé con esa idea de conservar las semillas y ahora para mí significan mucho, porque siento que a través del tiempo y de nuestra generación, pues hasta el momento hay cinco generaciones y entonces es una forma también de transmitirles a ellos, a mis hijos y a mi nieta, que espero en Dios que ella también puede mantener sus semillas” (Dora, 47 años).

“Hay otras cosas que ya por naturaleza le quedan a uno. La manipulación de las semillas es de las cosas que más se me arraigó. Pienso que es natural eso, no hay ni que dudarlo, así es. Después mi mamá también, usted va a la casa de mi mamá y tiene rosas, chiles... Ahora que acaba de hacer una casita nueva le digo: mami no siembre nada alrededor de la casa, porque le mancha la pared, pero es inevitable, no se puede. Entonces eso ya lo trae uno, es genético, ya no se lo quita uno de encima” (Francisco, 39 años).

Por otra parte, resulta significativo el hecho de que cinco de las siete mujeres entrevistadas fueron las que impulsaron el abandono de los agrotóxicos y la perspectiva agroecológica en sus familias:

“Porque este (su esposo) agarraba la bomba, bueno a mí nunca me gustó el Gramoxón, me caía mal y tenía una lora que tampoco le gustaba, entonces cuando ese fumigaba y cuando llovía, ya la casa se iba a caer (...) Entonces yo llegaba aquí y le contaba a este todo lo que veíamos en el curso (de agricultura orgánica), yo estaba

yendo a la capacitación y este ya estaba haciendo. Conforme yo le iba contando, él iba haciéndolo de una vez” (Nidia, 44 años).

“Para (mi esposo) y para mí fue un poco difícil, pero principalmente para él. El hecho de decir no compro más agroquímicos no fue tan fácil, porque era empezar con algo que nosotros no sabíamos y ¿cómo empezamos con esto?” (Dora, 47 años).

Si bien en la mayoría de los casos esta iniciativa por la agroecología como opción familiar tuvo eco y ha sido ampliamente respaldada por toda la familia, se reconoce también que el mantener la consecuencia entre el discurso público y las prácticas privadas es una tarea cotidiana:

“A veces a este (su esposo) se le baja la moral y yo le digo: usted sabe que vale la pena, cuántos se desearan tener cuatro años (de trabajar de forma orgánica) y estar donde estamos nosotros. Hay mucha gente que se deseara tener descontaminada la tierra como ahorita está esta” (Nidia, 44 años).

Se establecen entonces relaciones de cooperación, que identifican el aporte diferenciado de hombres y mujeres. Al mismo tiempo, en un proceso de desdibujamiento de los roles tradicionales en el campo, las mujeres participan en tareas de la finca que antes estaban reservadas a los varones, y ellos asumen también el cuidado del hogar o la preocupación por la alimentación de la familia, las cuales ya no son responsabilidades únicamente femeninas:

“Mucha gente me dice: ¿usted le ayuda a su esposo? No, yo no le ayudo a mi esposo, comparto el trabajo y me gusta, y si me dijeran a mí que cambie el quehacer de la casa con el campo, yo me quedo en el campo.

Yo siempre comento, no sé, la gente siempre dice: ¿usted qué, es ama de casa? Yo me quedo así... pues sí, soy ama de casa, pero prefiero buscar otra palabra, porque yo siento que ama de casa es esa persona que está viendo su hogar, sus hijos, lavando... No, pero yo no, nosotros (mi esposo y yo) trabajamos solos, trabajamos juntos, a veces en la casa y a veces en el campo. (...) Muchas veces la gente dice que nosotras las mujeres en el campo estamos sólo para la casa, y yo le digo a (mi amiga) que no es cierto, hay cosas que podemos hacer, que nos gustan y que podemos compartir con otras mujeres” (Dora, 47 años).

“Aquí casi no trabajaban las mujeres, pero de la parte donde yo crecí casi trabaja más la mujer que el hombre, porque digamos, cuando nosotros nos criamos había la cuestión de la caña, el que se encargaba de la caña era con la caña, pero las mujeres se iban al maíz, al frijol, porque siempre les gustaba la huerta. (...) Por ejemplo yo con ella (esposa) siempre hemos trabajado igual. Yo no le busco reparación a ella, los dos hacemos lo mismo, a veces sí le digo a ella que no haga algo porque tiene algún dolor, y me dice que no, pero yo le digo que no lo haga. Para ponerle un ejemplo, en la casa yo soy el que limpio, yo limpio, yo barro...” (Jorge, 69 años).

Esta dinámica se evidencia no solamente en el discurso, sino en la misma expresión de las relaciones. Las mujeres entrevistadas son dirigentes nacionales en representación de sus organizaciones campesinas de base, y en los casos en que se les entrevistó con la presencia de sus esposos o compañeros de organización, quienes están igualmente integrados en el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense, ellas mantuvieron el protagonismo de la conversación como un reconocimiento implícito a su saber particular, con pequeñas intervenciones de ellos.

Sin embargo, en los casos en que se entrevistó a un hombre, cuya esposa comparte igualmente el trabajo agrícola y organizativo, ellas no estuvieron presentes ni intervinieron en la conversación.

No se puede hablar de una transformación radical en las relaciones de género, pero sí de un proceso de flexibilización de roles que continúan en transformación.

● **Una comunidad más allá de lo geográfico**

Si bien todas las personas participantes forman parte de alguna organización campesina de base, también expresan que las comunidades donde viven e incluso a veces sus mismas familias son más un espacio para incidir y promover la agricultura orgánica agroecológica, que un espacio de referencia en este tema.

Con frecuencia, en razón de su opción por la agricultura orgánica agroecológica, se han sentido extraños o extrañas en la comunidad con la cual comparten el espacio geográfico:

“La gente no cree en la agricultura orgánica, la gente cree en la agricultura convencional. Porque la mayoría de la gente, la mayoría de personas cultivan para

vender, aunque no les quede para comer, pero cultivan para vender. Entonces la agricultura orgánica no les da lo mismo que les da la agricultura convencional. Porque usted sabe que si aplica un químico acelera la naturaleza, entonces le da mayor cantidad y para ellos es mayor calidad, aunque tenga un montón de veneno. Esa es la realidad, por lo menos de lo que hemos vivido nosotros aquí” (Feliciano, 66 años).

“La comunidad en sí no está integrada con mi caso, porque a pesar de que esta fue una comunidad que fue, ahora no, que dependía totalmente de la agricultura, ahora ya no... ya no. Entonces las nuevas generaciones van y vienen, estudian, trabajan en San José en fábricas, en oficinas. (...) Yo le he dicho a algunas personas de aquí los problemas que traen los químicos, se les dice agrotóxicos la verdad, porque estos productos dejan las tierras totalmente... les matan los microorganismos, las envenenan totalmente” (Camilo, 63 años).

“El año pasado nos dimos a la tarea de ir a limpiar los patios (risas). Le barríamos el patio y nos regalaban las hojas. Pasó un señor y me dice: ¿por qué usted ahora trabaja barriendo patios? (...) Pero es que la gente ya sabe que nosotros recogemos esas cosas, entonces nos llaman a que barramos los patios, a recoger frutas, a recoger mierditas... (...) Yo soy una persona que trato de comer todo lo que sea natural. Pero por ejemplo en mi casa es una lucha, ya he logrado que mis hijas comiencen a comer la comida que yo hago natural, y ya dicen: ¿quién cocinó que quedó rica la comida?” (Sofía, 50 años).

“Por lo menos les queda el gusanito ahí (risas), (nos ven) como los locos, ecolocos, los barrepatios, las solares (por el trabajo con energía solar) (Mélida, 67 años).

“Yo tengo mis hermanas, pero no se dedican a esto que yo me dedico, y me gustaría transmitirles eso a ellas pero no tienen espacio, no tienen tiempo, entonces cómo hacer para transmitirles que hay un lugar, un espacio en donde se puede sembrar” (Dora, 47 años).

Por otro lado, el espacio del movimiento orgánico se vive como comunidad, lugar de encuentro con personas que comparten la misma visión de mundo:

“Una de las cosas que siento que (la participación en el MAOCO) me ha dado es abrir puertas, (...) porque a través del intercambio he conocido a mucha gente que tiene

otra forma de cultivar la semilla, de cuidarla, cosas que yo no sabía y que a través de estos intercambios he conocido, y siente uno que tienes una familia, que no estás solo. Yo ahora sé que no estoy sola, sé que hay gente en San Carlos, gente en San Ramón, hay gente en Guápiles, gente en Turrialba, y una de las cosas que a mí me hace sentir bien es que en cada intercambio, aunque tal vez llevemos las mismas semillas, cada vez es un nuevo encuentro, una emoción de volvernos a ver” (Dora, 47 años).

Desde diversas historias personales, la población que protagoniza este estudio comparte elementos comunes que empiezan a dibujar una identidad agroecológica común, una comunidad más allá del espacio geográfico en la que se comparten sentidos y prácticas.

La opción por la agricultura orgánica agroecológica viene desde conocimientos tradicionales transmitidos por línea familiar, que se oponen a la agricultura convencional de los agrovenenos, y en los cuales hay saberes que se reconocen como históricamente más propios de las mujeres o de los hombres, que sin embargo en la cotidianidad son reproducidos y practicados tanto por hombres como por mujeres.

ii. La organización como comunidad de intercambio

Las historias y discursos de las personas entrevistadas evidencian la importancia de lo organizativo como espacio colectivo de construcción y reconstrucción de los significados alrededor de las semillas y de las prácticas agroecológicas.

La organización se convierte en un espacio asumido como comunidad, que sintetiza la preocupación ambiental, la agricultura y el esfuerzo de crecimiento en colectivo, para aprender y para que el saber propio llegue más allá del círculo inmediato.

El colectivo de la organización se transforma en una “comunidad agroecológica” que nutre, sustenta y respalda, un espacio desde el cual se desarrollan e intercambian las semillas, los saberes y las prácticas productivas y sociales, y donde se enriquecen colectivamente para compartirse multiplicadas, lo cual se entiende en sí mismo como una práctica necesaria:

“Yo cuando empecé (en la organización), que primero empezamos como para proteger un bosque, y luego uno ve que el medio ambiente no es nada más cuidar un bosque, conlleva un montón de cosas, y lo que es semillas, (...) y si uno se queda nada más en la protección del bosque es como quedarse a medio camino. No, el

camino para concretarlo hay que saber que también hay que meterse en otras cosas, porque algo muy bueno de eso es que luego puede ser que haga que también otra gente vaya cambiando de mentalidad. Y luego, cuando uno se mete en esto, te corroe como un gusanito, y seguís y seguís, y sobre todo cuando uno comparte con otros agricultores. (...) Nos ha costado mucho ya cuando hemos llegado, la organización, el apoyo de los integrantes. (...) Para mí la organización vale mucho, (...) esta es mi organización, esta es mi base, y para mí vale y pesa mi organización” (Mónica, 44 años).

● **Los intercambios de semillas**

Los intercambios de semillas, eventos donde los agricultores y agricultoras se encuentran, discuten y aprenden, comparten semillas y experiencias de manejo, se convierten en un espacio determinante, que no es solamente temporal y geográfico (un día de encuentro en una finca o una organización determinada), sino también un espacio subjetivo, donde se siembran saberes y relaciones que se nutren colectivamente para ayudar al crecimiento común, y donde se expresa lo comunitario agroecológico:

“Y como les digo, tal vez son las mismas semillas las que vamos a llevar (al intercambio), porque son las únicas que tenemos, pero eso te hace sentirte contento de volver a ver, hace mucho tiempo de ver a tus amigos, a las personas que tal vez en un momento hubo una semilla que llevaste y no te funcionó, pero tenés la oportunidad de que la próxima vez volvió a llevar y qué dicha que trajiste otra vez semillita para llevar. Porque puede ser que no se te dio, que llovía mucho, que estaba muy de verano, no sé, tantas cosas que pueden pasar...” (Dora, 47 años).

“Guardar la semilla para uno solo yo creo que no sería conveniente, se siente uno más relajado que la gente se dé cuenta que hay semillas y compartirla uno con otro agricultor, y que le interese. Porque hay agricultores que sí están interesados, (...) eso es importantísimo porque uno comparte con los demás y que los demás compartan con uno. No digamos que uno se sienta halagado, pero sí es importante hacerlo y eso da pie para que el otro que tal vez está más alejado o que tal vez no sabe... Por medio de conversaciones se conoce de semillas buenas que tienen los demás, entonces hay una relación en eso que lo llevan a uno a conseguir semillas buenas” (Jorge, 69 años).

Los intercambios se entienden también como un espacio para conocer realidades diversas

que dialogan entre sí:

“Sí, la cultura sí es importante, la cultura tiene mucho que ver con lo orgánico. Yo lo he notado ahora que he tenido la oportunidad de andar por ahí, en intercambios de semillas. O sea, aunque este maíz lo produzcan también en (otras regiones), ya uno ve que utilizan otro método propio de aquella cultura para sembrarlo. Yo pienso que es una parte muy importante por lo menos del agricultor que ya está metido en agricultura orgánica, es la parte del intercambio de semillas. Es increíble lo que uno aprende” (Camilo, 63 años).

“Lo que he aprendido lo he aprendido con gente adulta de la zona que no trabajaba orgánico pero que sí sabía bastante de semillas, y luego con los intercambios de campesino a campesino. Yo pienso que es una relación muy linda y muy sabia y muy práctica, de ir incentivando a las personas a que adquieran más conocimientos. Porque a veces usted tiene una semilla y le dicen: ¡ay no! Esa semilla mirá cómo se hizo, mirá se le metieron los gorgojos. ¿Cómo guardarla para que no se le metan los gorgojos?” (Guadalupe, 59 años).

En las experiencias de agricultores y agricultoras que han recibido intercambios en sus fincas, éstos se convierten también en una forma de autoafirmación y autovaloración del propio trabajo, probablemente la mejor manera de multiplicar y enriquecer con el aporte colectivo el esfuerzo cotidiano de conservación de semillas:

“Es que para mí lo más importante, es la mejor cosa, conservar la semilla a través de los intercambios. Porque hay gente que quiere una semilla y no la encuentra. A través de los intercambios se puede conseguir. Lo mismo como hay gente que maneja semillas y no la tiene, pero sabe que por allá alguien la tiene. Aquí gracias a los intercambios mucha gente a logrado cosas buenas, inclusive un ejemplo que ahora les voy a enseñar, (una compañera del MAOCO) me trajo de Brasil un cubá, que nosotros les decimos moros, morados y blancos, y de ese cubá hay por todo el país, yo los produje aquí, yo empecé a distribuirlos y hay gente que ya come de ese cubá” (Feliciano, 66 años).

Incluso hay un caso donde el proyecto familiar apunta a convertir la finca en un santuario de semillas, dirigiendo el esfuerzo a la construcción de un espacio de intercambio permanente:

“Por eso nosotros hemos venido pensando, analizando, todos los días, a veces no hace nada ni él ni yo, porque a veces llega a tomar café y nos ponemos a arreglar el mundo y sólo ideas, y entonces como la idea que tenemos es de poder montarnos en un sistema que nos genere lo que nos vamos a comer para dedicarse uno aquí (en la finca) a hacer algo más bonito de lo que está, para traer turismo, que la gente venga a aprender y venga a ver lo que aquí se está haciendo y entren en el asunto” (Nidia, 44 años).

- ***Espacio de encuentro de saberes diversos***

La relación cercana de agricultores y agricultoras con personas técnicas, que apoyan y reconocen como valioso el trabajo campesino y participan también en el MAOCO como movimiento nacional, permite una interacción entre saberes tradicionales y técnicos.

El conocimiento académico refuerza y enriquece con nuevas técnicas e interpretaciones las prácticas que eran propias de la cultura campesina, y al mismo tiempo se nutre de esos conocimientos tradicionales, los cuales ahora se redimensionan en el encuentro de saberes.

La organización facilita así el camino de la agricultura natural y tradicional a la agricultura orgánica agroecológica:

“Todo, los árboles frutales y todo era orgánico, digo, natural, porque en aquella época se hablaba de natural, que no tenía ningún químico, pero sí se hacían unas mezclas de cosas naturales” (Sofía, 50 años).

“Ahora, cuando ingreso (a la organización), entonces uno ve que no es cuestión de sembrar al estilo tradicional, sino que uno tiene que empezar a prepararse y aprender para tratar a las semillas de otra manera, porque ya entonces piensa uno en trabajar de forma orgánica. (...) Uno ve que las semillas ya salen del plano tradicional, como se venía cultivando antes. Ahora con esta nueva etapa, no sé, nace como un cariño especial, algo nace para ver las semillas desde otro punto de vista, desde otra perspectiva, verdad. Porque ya le digo, ve uno que la semilla además de aquella tradición, que las semillas fueron por un lado, qué sé yo, por toda una vida la alimentación de los pueblos, ahora pueden seguir siendo la alimentación de los pueblos pero enfocado desde el punto de vista de la salud” (Camilo, 63 años).

“Si es que necesitamos un producto externo, entonces uno consulta. Y también se va

uno dando cuenta por ejemplo cuáles son las normas en otros países. Porque también, por ejemplo, en la agricultura orgánica uno utiliza estiércoles. Entonces por ejemplo, si son hortalizas, cuánto puedo o no puedo, todo eso con la capacitación. Y luego con la experiencia de uno, se va dando cuenta de muchas cosas” (Mónica, 44 años).

“Nosotros también podemos ayudarnos con tecnología, con separación, no transgénico ni nada de eso. Si pudiéramos ayudarnos en el campo, con investigaciones de donde podemos, cosas que algunos no sabemos, que no está mal lo que hemos estado haciendo, pero sí creo que algunas partes gubernamentales y otras deberían darse a la tarea de que las semillas no estén tan acaparadas, que haya mayor desenvolvimiento de buena semilla y semillas criollas” (Francisco, 39 años).

En el discurso de las personas que han estado vinculadas a procesos de capacitación es posible identificar este encuentro de saberes a través del desarrollo de nuevos argumentos y sentidos para justificar y entender la cosmovisión agroecológica y para incorporar los nuevos conocimientos en la práctica cotidiana, facilitando el manejo orgánico de la finca desde una resignificación propia:

“(No hay que usar agrotóxicos) y no sólo porque le matan los microorganismos al suelo, sino también porque los productos que crecen son productos que tienen residuos de toxicidad, verdad. Por ejemplo imagínese el ganado que anda comiendo pasto en suelos que han sido tratados con agrotóxicos para matar alguna maleza, como dice la gente. (...) (Las semillas las estoy conservando) con un producto que estamos haciendo en este curso que estoy haciendo de control de plagas, que se hace a base de plantas que son repelentes. Por ejemplo este es a base de higuera, eucalipto, tiene esa planta que cómo es que se llama... que huele a alcanfor... planta alcanforada, esa planta... gota amarga” (Camilo, 63 años).

“Todo se puede, todo se puede, lo que pasa es que uno tiene poco conocimiento, pero eso lo fortalece a uno para seguir en la lucha, que sí se puede, (...) ya estamos aprendiendo, ya sacamos buenas cosas, con mejores abonos, sabiendo cómo hay que aplicar el abono. Porque eso también hay que hacerlo, en qué momento se puede estar abonando” (Mélida, 67 años),

En este encuentro de saberes, se integra en la práctica diaria el mensaje y también el mensajero o mensajera, en tanto aquellas personas profesionales que se acercan a la agroecología desde un reconocimiento del saber campesino no se perciben como extrañas, sino como aliadas y compañeras en el mismo esfuerzo:

“El INA nos dio un curso de abonos orgánicos, después (el instructor) vino a hacernos un lavado, nos enseñó montones de agricultura orgánica. (...) Se llevó unos pedacitos de granada para sembrarlos, los sembró ahí donde está la bomba y la primer granada comimos y hicimos ceremonia con él” (Sofía, 50 años).

El papel de la organización y el intercambio como diálogo de saberes tradicionales y académicos es especialmente importante para el participante más joven en el estudio, quien combina un profundo respeto por el conocimiento tradicional campesino y las prácticas culturales con un proceso de estudio personal que le permite dimensionarlos política e históricamente, como válidos en sí mismos y además como elementos básicos para el desarrollo de nuevo conocimiento técnico:

“Yo veo muy importante que el movimiento ecologista o agroecológico empiecen a manejar otro tipo de conceptos, porque el concepto de sostenibilidad es obsoleto: llega un momento en que podemos ver que sostenible viene de sostener y efectivamente es lo que hemos hecho, sostener, pero no hemos sustentado para nada. (...) En son de broma voy introduciendo a las personas con las que trabajo en el tema de volver a devolver los nutrientes a la tierra y como me ha tocado trabajo ahora en un pueblo muy conservador y religioso pues yo les digo, que es Dios, Dios es vida, que es el compost, la vida. (...) (Estudí) un sistema de investigación para rescatar prácticas agroecológicas que venían siendo vedadas por la industrialización de la producción alimentaria, y (que enseña a) respetar muchos de esos vínculos de lo macro con lo micro, (por ejemplo) la influencia del silicio en las plantas y que en mayor concentración se encuentra en la luna, y por eso hay que volver a sembrar con los ciclos de la luna, hay que volver a respetar esos ciclos, y ahí entramos en un tema en donde la semilla no sólo es reivindicar a la semilla como semilla, (...) porque también nos va a obligar hasta cierto punto a cambiar nuestros hábitos alimenticios. (...) Por

ejemplo para citar algunas plantas de consumo básico hace quizá 60 ó 70 años que ahora muy poca gente conoce, como la chaya o el chicasquil, que a mucha gente no le gustaba porque sabía amargo, que mi abuela me lo prepara con papa y con huevo. Pero eso hacía efectivamente que los niños no tuvieran anemia, por ejemplo. (...) Teníamos bastos conocimientos de hojas comestibles provenientes del bosque y eso se perdió” (Ernesto, 26 años).

- **La relación colectiva como construcción en proceso**

La organización no se percibe solamente como posibilidad de crecimiento y encuentro, sino también como un espacio a veces desgastante, incluso de tensión y conflicto cuando cuesta lograr buenas relaciones humanas y de trabajo.

Al recordar una discusión grande en el marco de su organización de base, una agricultora recuerda:

“Para mí fue tan duro, y duré como ocho días que yo no quería ni siquiera hablar con nadie. Todavía por ahí yo seguí, (...) yo decía sí, yo soy la presidenta pero yo no soy de palo, no soy de piedra, yo soy una persona y a mí esas cosas me han dolido mucho” (Mónica, 44 años).

Lograr que las dinámicas organizativas se adapten a sus objetivos y necesidades sigue siendo un reto para las personas campesinas:

“Para mí es importante por la relación que se debe tener con la gente. Hay que aprovechar las organizaciones. El problema es que las organizaciones como que no funcionan. Hay organizaciones que esperan siempre que las estén empujando y no. Yo pienso que si estoy en una organización, a mí me gusta trabajar, pero a veces lo que hacen es agarrarlo de chanco a uno y no. Si me han dado capacitación para trabajar es para trabajar, pero las organizaciones son importantes. (...) Hay que aprovechar las capacidades que uno tiene, lo que uno sabe, los medios económicos, técnicos, el teléfono. Yo (a la organización) le propuse que en lugar de estar pagando una oficina, que pusieran aquí ciertas cosas, pero que por favor utilizaran los aparatos, el teléfono, una llamada a los miembros de la Junta Directiva. Pero no es que yo voy a hacer la llamada, porque hay que modernizarse. Así como toda esta gente se maneja

por Internet un montón de cosas, así también uno como campesino puede aprender a manejar ciertas cosas, abaratar costos y un montón de cosas... evitar un montón de incomodidades” (Feliciano, 66 años).

“(Hemos pensado) dejar de ir a la feria, porque eso nos presiona mucho, estamos muy presionados por eso porque somos muy poquitos. Un día de estos estábamos sacando la cuenta que nos vamos a los tres de la mañana y venimos a las dos. A veces se les ocurre que después de la feria, que está uno deseando venirse, y se les ocurre que hay que reunirse. ¡Viera usted!” (Nidia, 44 años).

A pesar de las dificultades, se reconoce la importancia de ser parte de un colectivo y de aportar en su construcción, partiendo de que para que el proceso agroecológico resulte completo y consecuente consigo mismo tiene que ser compartido, y de que el trabajo organizado facilita alcanzar los objetivos comunes:

“Ya como organización consolidada y organización ya legal y todo fuimos canalizando recursos, fuimos comprando equipo, sillas, materiales, haciendo mesas. Luego abrimos este lugar y nos vinimos para acá. Entonces esa es la gran ventaja de estar organizados, porque si yo lo hago sola, quién me va a dar plata a mí. (...) Yo siento que la solidaridad ha sido importante para nosotros, y el trabajo voluntario y el trabajo con amor, esas son las cosas más importantes para poder desarrollar, crecer y ver lo que tenemos ahora. Yo veo hacia atrás, todo lo que hemos pasado, lo que tenemos y digo qué lindo, (...) y la gente cree en nosotros, eso es un gran logro, que la gente crea en lo que hacemos, que hemos logrado ser honestas y honestos. (...) Yo creo que una persona sola podría mantener esto, quizá pueda mantenerlo con empleados, pero no con amor. Porque yo digo que a uno se le mete en la sangre, yo digo que a mí el sol se me metió en la sangre.

Es gracioso, porque yo entré por la cocina y uno se va apropiando, uno siente que es de uno, todo lo hace con mucho amor. En cambio si yo quiero tener una empresa, tengo que buscar personas que vengan a trabajar, pero ya esas personas van a estar por su salario y para cumplir con su horario de trabajo. Pero cuando estamos organizados y sentimos que aquello es nuestro, todo lo hacemos con amor, y cuando las cosas se hacen con amor, esas son las cosas que saben rico” (Sofía, 50 años).

El proyecto de vida se siembra, se multiplica y se fortalece en común, a través de la comunidad agroecológica que permite el encuentro de saberes y prácticas, en un proceso de construcción constante que no es fácil pero que se entiende como necesario.

iii. La agroecología como cosmovisión y marco significativo

La agricultura orgánica agroecológica va mucho más allá de un conjunto de técnicas productivas. Es una forma de vivir y de entender la realidad, que comprende una relación particular con la naturaleza y con las personas como parte de ese entorno:

“La agroecología es parte de uno mismo siempre y cuando uno vaya acorde con la misma bendita naturaleza que nos da el ser donde estamos” (Jorge, 69 años).

“Uno se siente tan feliz en la montaña. Yo cuando llego a la finca, cualquier mata que vea triste yo me pongo igual de triste. Comienzo a ver cuál fue el problema, porque lo más lindo que hay es sentirse uno a la par de lo que siente la naturaleza” (Feliciano, 66 años).

“A través del tiempo, sembrando, comencé a ver que aparte de que saben muy ricos los frijoles o el maíz, la mostaza... era también una forma de hacer vida, hacer relación con los demás” (Dora, 47 años).

En esta línea, las personas participantes en este estudio diferencian la agricultura orgánica de la producción orgánica, no sólo en su práctica cotidiana, sino también explícitamente en el discurso:

“Digamos que un productor orgánico es cualquiera que produzca sin químicos, supuestamente, pero un agricultor orgánico es el que está en su finca, y se rodea de todo lo que él necesita para poder subsistir, para poder no sólo comer, sino que hace sus productos con lo que hay en la finca. No es que va y deja la plata ahí en la agropecuaria. (...) (Un productor) no va a pensar en experimentar ni en ver si eso funcionó o no, es que es una diferencia grandísima, porque el agricultor está cerca de la naturaleza, mientras que el productor lo que quiere es ganar dinero. Tiene un producto orgánico porque vale más, no porque tenga esa conciencia, ni esa sensibilidad. (...) Uno sabe, uno sabe que esto no es fácil, y que para meterse en

agricultura orgánica no es solamente porque hay un proyecto, o porque hay dinero, no. Se debe tener una convicción, se debe tener ese cambio de pensamiento” (Mónica, 44 años).

“Nosotros somos muy ricos en follaje y todo esto, agua... Ellos (productores orgánicos) no. Ellos lo que hicieron fue cambiar un paquete por otro, así de sencillo” (Francisco, 39 años).

Este convencimiento de que la agricultura orgánica agroecológica es una forma de vida distinta a la que se tendría al dedicarse a otra actividad, diferente incluso de la agricultura convencional o de la orgánica cuando se vive como producción y no como agricultura, se manifiesta en formas específicas de entender y relacionarse con la tierra, la biodiversidad y el entorno natural y social.

● **La tierra como ser vivo**

Un elemento fundamental desde la cosmovisión orgánica agroecológica es la tierra como ser vivo, que se debilita o se fortalece según el cuidado que se le brinde.

La tierra no se percibe solamente como un recurso productivo o como un sustrato para la siembra, al contrario, se establece una relación de cooperación y de comunicación al aprender a escucharla y entenderla:

“Los suelos son agradecidos, y es nuestra Madre Tierra, (...si vendemos la tierra) tenemos plata, pero eso no dura nada, eso se va. Lo que sí se queda es la tierra... la tierra sí le queda” (Francisco, 39 años).

“Una cosa que me impresionó un montón fue que me dijeron que la tierra se gastaba. Ni por aquí me había pasado eso. (También) que el cerdo era de la tierra y que el cerdo pequeño recoge lo que necesita de la tierra, que ellos se tienen que bañar en la tierra, que no les da anemia. Esos cerditos están lindos y nunca los tocamos” (Nidia, 44 años).

“Por lo menos yo, yo digo que quiero que trabajar con la Madre Tierra, porque les digo, yo no voy a entregar la tierra” (Francisco, 39 años).

Hay un agricultor que mantiene todavía un área donde no aplica herbicidas ni plaguicidas pero sí fertilizantes químicos, como parte del proceso de transición ecológica y económica

hacia una finca totalmente orgánica, de manera que mientras recupera el suelo en este terreno produce tubérculos convencionales que le generan un ingreso adicional.

Él rescata prácticas de cuidado del suelo que recomienda incluso a agricultores que no se animan a entrar de lleno en la agricultura orgánica:

“Las áreas con hierbas natas de aquí, que no sólo que las alimenta, sino que les ayuda a recuperar suelo. También como la terciopelo, vega, choreja, que nadie la quiere, eso nosotros lo usamos dentro del área convencional. No tenemos ningún problema con el maíz y con nada de eso, porque como que trata de equilibrarse.

Yo a nadie le recomiendo que haga esto, a nadie yo le digo que lo haga, pero sí a la gente que no quiere el orgánico, pero que sí hace esos revoltijos de recuperar suelos con algunas hierbas natas y con barbecho... eso sí lo están haciendo. Lo que sí no se animan a hacer es inclinarse totalmente por lo orgánico” (Francisco, 39 años).

Al entender la tierra como un ser vivo, se adapta el propio trabajo para ayudarle a recuperarse y enriquecerse:

“Lo que se le ha dado a este terreno no ha sido nada fácil. Le hemos tomado fotos para que la gente pueda ver el proceso que se le ha hecho. Porque así a simple vista usted lo ve, pero hace unos años era más inclinado, no había esta forma en que está el terreno y siempre se trabajaba para abajo. La gente trabaja para abajo. (...) Se debe trabajar para arriba y ya se está recuperando el suelo. (...) Vas trabajando para arriba y también dependiendo del tipo de herramienta que uses la idea es cubrir el suelo, para que cuando llueva primero no se te vaya la tierra y, segundo, para que se mantenga la humedad. (...) La cobertura verde, este pasto morado, nos ha funcionado de mil maravillas y lo podemos cortar y ponerlo así, entonces protegés la tierra, tenés humedad y no se te va a ir la tierra” (Dora, 47 años).

“La materia no muere, cambia, y nosotros podemos controlar ese cambio para cerrar un círculo de nutrientes, para devolverle a la tierra lo que le vamos quitando.

(...) En una tierra en la que está casi acabada, casi terminada por nosotros, nuestra responsabilidad ya no es sólo sostener, como lo hemos venido haciendo, nuestra responsabilidad es sustentar, es hacer una nueva tierra o compostar” (Ernesto, 26 años).

“No podemos cosechar una buena semilla si no tenemos una buena tierra, si no la cuidamos. Si no cuidamos la tierra como cuidamos la semilla, no se puede, esa es la base del trabajo. (...) Ya recuperando el suelo y habiendo lombrices grandes, gorditas, es una lástima partirlas, porque ellas están en una función en el suelo, por algo están ahí. Esos huequitos que ellas hacen en el suelo hacen que la tierra esté granuladita y también que se pueda meter el agua. El agua se va filtrando, o sea que haya un drenaje en el suelo. Las lombrices, parece mentira, pero ellas hacen esa función” (Dora, 47 años).

“Cuando ya nacieron ese montón de químicos, agrotóxicos para el suelo, entonces fueron matando la tierra, matando los microorganismos, dejando la tierra totalmente estéril. Se utilizaron técnicas de trabajo no recomendadas. El agricultor sembraba a su manera, a su intuición. Siento que lo hacían a veces sabiamente, pero les faltaba. Entonces las tierras se fueron perdiendo toda su fortaleza, todo lo que llamábamos el humus. (...) La tierra es vida, el suelo tiene vida y con estos productos lo que se hace es dejar el suelo sin vida. (...) Entonces desintoxiqué estas tierras, están totalmente limpias” (Camilo, 63 años).

En esta tierra viva con la que se dialoga y se aprende a entender, cada cultivo y cada semilla deben cuidarse de una forma particular, definida por sus propias características, que las personas campesinas agroecológicas aprenden a escuchar y atender:

“El mismo cultivo le va enseñando a uno cómo tiene que ir haciendo” (Camilo, 63 años).

“Yo, por estos tiempos, recojo también la semilla de la montaña, la semillas que hay. Hay mucho palo que echa: el espavel... el cedro no, esas semillas no las recojo porque son muy delicadas, pero sí hago los trasplantes de los palitos. Los palitos pequeñitos yo los trasplanto, hago bosquecitos” (Venancia, 86 años).

“Donde se da el bleado es porque es muy buena tierra para cultivar. El bleado de espina y el otro. Es una tierra fértil” (Jorge, 69 años).

“Esas cosas, verdad, como le digo yo a muchos agricultores, no es de la noche a la mañana, se requiere mucha paciencia y conocimiento de ir haciendo las cosas” (Carlos, 48 años).

“Hay que observar, principalmente con el maíz y con el frijol. En otras plantas tal vez no, porque uno siembra eso, pero principalmente el maíz, eso es, observarlo” (Jorge, 69 años).

La experimentación campesina se convierte así en un pilar de la agricultura orgánica agroecológica, a partir de la observación, el ensayo creativo y una cuidadosa lectura de las respuestas de la naturaleza, en una práctica donde hay un aprendizaje constante desde los ritmos de la tierra:

“No hay recetas pero hay mucha observación. O sea, lo que dice mi esposo, puede ser por ejemplo para hortalizas, les funcionaba muy bien el hombre grande, y eso servía para un tipo de insecto, y entonces digo yo, si este producto más o menos me sirve, ¿y si también le pongo a esto? Y luego bueno, cuando uno va a practicar con algún producto nuevo, no le echa a todo el cultivo, echale a dos calles, y si no se murieron, si siguieron viviendo por lo menos, ahí va probando.

(...) Teníamos digamos convencional, luego otro tanto parecido sin nada, y luego otra tanto con aplicación orgánica. Era para ir comparando. Y así habíamos cinco fincas, y estábamos distribuidas en diferentes sectores aquí mismo en la comunidad, y era como para que se viera, hacer una investigación, y no sólo que la gente viera sino que también haya tierras diferentes, talvez una más llana, talvez otra... Que si un producto a mí me servía, podría ser que al otro también, aunque estaba en otro sector” (Mónica, 44 años).

“Otro desde el momento en que sembró le pone yerbicidas y abonos químicos, y atomizos y todo, lo que yo le echo es agua de miel, je je, (...) Ahora tengo la idea de hacer un producto para hacer florecer la piña, ni con etileno ni con nada, entonces agarro una raicita de esto y la otra, y ahí voy probando. Entonces digo yo: con esos compuestos voy a hacer una poción que le pueda echar a unas maticas, qué se yo, puede resultar. Ahora estoy experimentándolo” (Carlos, 48 años).

“Al pasar el tiempo se va adquiriendo experiencia, pero dicen que la cosa que está mal hecha no es que esté mal hecha, sino que es una experiencia, para no volverlo a hacer. Entonces lo que le sale bien, pues bien, y lo que le sale mal, pues lo corrige” (Nidia, 44 años).

Todo esto se aprende “poniéndole cuidado a las cosas, observando más que nada. (...) A veces las cosas no dan buen resultado porque se maltratan mucho. (...) Todo tiene su cuidado” (Feliciano, 66 años).

- **Reproduciendo el equilibrio de la biodiversidad**

Se busca que la finca campesina sea un sistema equilibrado en sí mismo, donde convivan y se expresen muchas especies de plantas, animales y microorganismos, a fin de reproducir el funcionamiento de los sistemas naturales que por naturaleza son diversos:

“Por qué uno con el espacio que tiene no hace nada y esta gente en cualquier espacio ponen una mata, cualquier pedacito para ellos es importante y uno... Yo le decía a las compañeras de la Chorotega: es increíble, ustedes saben que a veces yo agarro una mata y no encuentro dónde sembrarla, en siete hectáreas. Usted no me cree, adónde la siembro, y ellas en un espacio pequeñito, entra luz por aquí y ahí la ponen” (Nidia, 44 años).

“Yo era uno de los que más mataba bichos: pericos, gavilanes... Ahora ya no, ahora están hasta a la par de la casa, yo me llegué a convencer de que no, que es una daño” (Feliciano, 66 años).

“Es importante también para el cuidado del suelo, del ambiente, de la naturaleza... Por ejemplo la agroecología es la variedad, lo importante es no sembrar una sola cosa, porque una sola cosa es un monocultivo, y no queremos monocultivo, queremos poquito y variado, para tener de todo y poder ir rotando. Hoy sembramos una cosa, mañana sembramos otra cosa, y para tener diferentes tipo de cosas, para no tener una sola cosa, ve. Por ejemplo, si yo siembro sólo pipianes, sólo voy a cosechar pipianes. En cambio puedo sembrar yuca, chile dulce... para poder ir cubriendo todas las necesidades y que sea más agradable ” (Sofía, 50 años).

En esta lógica, las fincas agroecológicas presentan una enorme variedad de plantas y animales:

“Él nos hizo el estudio hace como diez años. Estábamos nosotros todavía muy tiernitos en lo que es la agricultura orgánica, y nos hizo un estudio y contó 250 especies con nombres científicos y populares conocidos, y creo que eran 110 o algo

que no tenía ni el nombre científico ni el nombre natural, sino los nombres que uno le va diciendo... Eso hace tiempo, y después de eso nosotros hemos ido trayendo cosas” (Guadalupe, 59 años).

“Por ejemplo usted llega a un lugar donde hay muchas cosas. Usted puede escoger. Pero si llega a un lugar donde no hay nada, ¿qué pasa?” (Feliciano, 66 años).

“Si llega alguien que no tiene ,yo le explico, mirá este es bonito por esto, este otro es por esto, por eso es importante, porque si yo tengo sólo maíz blanco y vienen y me dicen qué más tenés, ¿sólo maíz blanco? Mirá que es bonito decirle esto. Por eso cuando llegan aquí, yo les explico este árbol se llama tal y sirve para tal cosa. Porque en esta finca hay toda clase de árbol, pero todos son de diferentes tipos y de diferentes clases” (Jorge, 69 años).

“Una vez habíamos contado y habían como 125 especies diferentes, árboles grandes. (...) Hay de todo aquí, hay bastante, aunque ahorita como estamos de verano pues no tenemos sembrado ni maíz ni frijoles, esas cosas así. Pero a ver, se encuentran las matas de gavilana, los palos de hombre grande, que citronela, que zacate de limón, que la juanilama. Una va ahí para adentro y ahí va encontrando. (...) Ahí están los palos de mangos y están los mangos, y están los palos llenos de aguacates, pero en la temporada de las manzanas hay manzanas, que los palos de guabas se llenan de guabas, los mamones...” (Mónica, 44 años).

El procurar que exista una gran variedad de especies en el sistema de la finca tiene que ver con la interdependencia del equilibrio natural y con las condiciones de producción. Por ejemplo, al permitir que si una variedad tiene algún problema durante su ciclo haya otras que subsistan, también con el aprovechamiento de todos los componentes y funciones de un cultivo, con la generación de condiciones para los animales silvestres y de cría, el enriquecimiento del suelo, el manejo agroecológico de plagas, la atracción de polinizadores, la producción de alimentos o la generación de paisaje:

“Tenemos que rescatar el que en lugar de estar sembrando o nada más haciendo una cerca en nuestra finca, sembremos un árbol nativo, porque así van a volver los pajaritos. Porque de repente hay un árbol así que uno no le ve la importancia, pero hay que ver a la hora de que echa flores, talvez no dan frutos para las aves, pero

echan flores, y cuando están esos árboles llenos de flores, ¡cómo hay abejas y otra clase de insectos, que suena un ruidal!. (...) Ahí es donde se va enamorando, porque uno ve que, juepúchica, es tantas cosas juntas, es una maravilla. Uno puede ir observando como de verdad, mentira, no estamos solos, no somos independientes, dependemos, dependemos unos de otros.

(...) Ahí hay una naciente, que si hubiera estado en manos de otra gente, pues no habría, ya estaría cortado. Pero nosotros más bien hemos tratado de ir metiendo de los arbolitos que tenemos aquí.

(...) A uno le queda gustando, uno ve, uno comparte con otros, y va viendo que la agricultura orgánica es un montón de cosas, es aire limpio, agua limpia, es biodiversidad” (Mónica, 44 años).

“En (esta zona) se cosechaban mucho las habas, pero se dejó de hacer porque era tanto la plaga, Y se perdió la semilla, pero era porque sembraban sólo habas, no había ningún otro tipo de cultivo” (Dora, 47 años).

“Si uno cuida el agua, es un aliado para uno” (Feliciano, 66 años).

“Lo importante y bonito de trabajar en forma orgánica es eso, que todo sirve. (...) Eso no es maleza sino que es vegetación, maleza es lo que no sirve, la vegetación usted sabe que eso es lo que produce el abono orgánico o es uno de los elementos que utilizan” (Camilo, 63 años).

Todos los elementos tienen un sentido desde la interdependencia de la biodiversidad: lo que se cultiva para comer y para vender, el suelo, el agua, los animales y las plantas silvestres — incluyendo las “malezas”—, los ciclos lunares, la intervención humana, el paisaje...

El conocimiento de la naturaleza y la adaptación del trabajo humano de acuerdo a lo que ella necesita para alcanzar un equilibrio agroecológico se expresan en la preparación intencional de un espacio biodiverso donde conviven en armonía muchas especies distintas, cada una con sus características y necesidades propias, todas con una razón de ser:

“Hemos aprendido que podemos tener una matita de mora, una matita de... un árbol de tomate, un arbolito de higo, no necesariamente tienes que tener una plantación, sino una variedad, una planta de cada variedad, entonces tenés un montón de cosas. (...) Una de las cosas que tratamos es de que en menos espacio hayan más

productos. Hay muchas partecitas que nosotros queremos trabajarlas, pero tampoco queremos saturar el terreno con tantas cosas, sino saber qué cosas podemos tener y qué cosas podemos ir trabajando” (Dora, 47 años).

“Al tener yo de todo, la finca diversificada, tengo más opciones en un mercado y en el plato de la mesa de mi casa. Son obvias las razones, no se siente tan afectado con las plagas y con todos los otros seres vivos que pueden afectar a una plantación de monocultivo. Entonces optamos por eso, por tener un poquito de todo” (Francisco, 39 años).

“Allá tengo yo otro bosquecito, donde quiera tengo yo bosque, (...) dejo sólo los palos grandes, porque si dejo todo no pega lo que siembro” (Venancia, 86 años).

“Yo en el pasto tengo como cuatro variedades, aunque a veces cuesta distinguirlo. De caña, yo tenía aquí siete variedades diferentes de caña dulce, entonces ya esa caña, ahora vamos a dar la vuelta, a mí me gusta, tengo que conseguir más, por aquí cerca hay unas que puedo conseguir. (...) Esta clase de monte le llamamos paira, esto es un gran alimento para el ganado, este tipo de monte aquí una vez estaban unas matas de piña y las dejé que se pudrieran, cuando ya estaba bien cerrado de monte habían como seis piñas metidas, las corté, igual quedaron igual de grandes la piña, eso es buenísimo...

Esas matas yo las cuido, viera que nosotros le decimos la Viagra, es un gran nutriente. A mí me dijo un muchacho de (la comunidad vecina) que él la licuaba y se la estaba tomando. Es un gran alimento” (Feliciano, 66 años).

Uno de los agricultores participantes en el estudio rescata particularmente el conocimiento de los ciclos de la luna, como un saber ancestral que enriquece el trabajo en la agricultura desde la lectura cuidadosa de los ritmos de la naturaleza que se trata de reproducir:

“Tanto en las aserraderos como en las casas usted ve madera que tiene mala calidad y eso es porque fue madera que se cortó en creciente. (...) A ellos no les importa porque venden la tuca y no les importa que se pierda, pero eso es un pecado, porque yo he calculado que un 5% de la madera que se cortaba se quedaba. (...) Encontré unas casas que tienen 120 años y la madera está en buenas condiciones, eso es porque la madera se cortó cuando se debía. Después, también para capar un animal

hay que hacerlo en menguante. Para que una gallina todos los huevos salgan pollitos hay que calcular echar los huevos para que nazcan cuando está la llena.

(...) Allá afuera (en otra zona) el maíz para que eche mazorca hay que sembrarlo en creciente, y llegamos aquí y sembramos el maíz en creciente y esas matonas y no. Entonces un día le preguntamos a alguien y nos dijo que no, que había que sembrarlo al revés. (...) Al menos el plátano sí es bueno sembrarlo en menguante, porque se ocupa que la mata sea grande. Entre más mata sea, más grande es el racimo. La fruta está al final de la mata, siempre que el fruto esté al final de la mata, entre más grande sea la mata, más grande es el fruto.

(...) Esto de los abonos... el abono que usted hace por ejemplo cuando va a ser la llena, se calienta como diez grados más que el que hace cuando no es llena. (...) Lo mismo ocurre con el pasto. Si usted lo corta en menguante el pasto va a durar por lo menos ocho días más tiempo que el que se corte cuando no es menguante. Cuando es menguante se hace hacia abajo, entonces se aguarapa, por eso dura más en crecer, eso es la explicación que le he encontrado yo” (Feliciano, 66 años).

Hay también una gran claridad sobre el hecho de que la práctica social del abandono de la agricultura por parte de muchas familias en las zonas rurales empieza a provocar cambios en los equilibrios naturales y pérdida de biodiversidad, que afectan las fincas orgánicas:

“(Los vecinos) tenían en la finca un montón de palos de naranja, que ayudaban a que las loras se entretuvieran, pero ellos ya botaron eso, entonces en el otro potrero no tiene absolutamente nada, unos palos de laurel uno que otro y pare de contar y el otro vecino del lado allá igual. Entonces los animales se nos vienen para la casa de nosotros a hacernos los daños aquí. Bueno, daños dentro de lo que uno puede decir daños, peor también los animales tienen que sobrevivir.

(...) Cuando hay caimitos a las cinco de la mañana ya se oye ese escándalo y mi mamá grita: ¡ya las loras se están comiendo los caimitos! Y llega uno y son las loras y las ardillas. Pero es por eso, porque no hay dónde” (Guadalupe, 59 años).

“Esa es la carajada, que la mayoría de gente no siembra, entonces se le vienen a uno todos los animales

(...) Vea ahora como estamos viendo las cosas con el arroz, y antes mucha gente

sembraba arroz, entonces las plagas eran menos, porque resulta ser que los pajarillos se dividían, entre todos los alimentábamos, pero si ya ahora solo hay una persona sembrando arroz, eso es una plaga” (Mónica, 44 años).

De esta manera, solamente el hecho de seguir en la agricultura se considera ya una práctica importante. Pero además es un valor adicional el hacer un manejo orgánico de la finca. Cultivar biodiversidad es un elemento intrínseco de la visión agroecológica.

- **Los animales como parte de la diversidad de la finca**

Particularmente interesante también es el elemento animal en la finca. La integración no se da solamente entre diversos cultivos o al recuperar microorganismos que mantienen el suelo vivo, sino también por medio de la cría de animales y del manejo agroecológico de las plagas.

Algunos cultivos se destinan totalmente o en parte a la alimentación y salud de animales de cría, que se cuidan cotidianamente y de los que se obtienen productos como carne, leche o huevos, apoyo en el trabajo y estiércoles para enriquecer los abonos:

“Así usted ve que no hay monte, eso se cierra, solo se cierra. Ese monte es parte de lo que los terneros necesitan para nutrirse. (...) Aquí es donde hago el abono. Yo todos los días recojo del galerón la boñiga de los terneros, todos los días del mundo. Pasan encerrados ahí todo el día, los echo por ratitos, los otros están afuera... También recojo un poco del campo, ahora les enseñé el sistema” (Feliciano, 66 años).

“Los animales también son muy importantes, el ganado, los caballos, bueno ahora no tenemos caballos, pero siempre hemos tenido, nos hacen falta los animales” (Francisco, 39 años).

“(Si están sueltos) el cuidado es menos, porque un cerdo encerrado hay que ver lo que come, porque sólo eso sabe hacer. En cambio ahí, lo que se le tire. Este (su esposo) a veces le tira ayotes o lo que sea.

Este año estamos haciendo una prueba, porque de por sí estamos mal de dinero, entonces estamos haciendo una prueba, ahí donde está no come ni un kilo de concentrado. (...) Tenemos la fe en diciembre de que haya carne y que podamos decir que son saludables, porque no comen nada, solo comen ayote, poró, caña, lo que les

dé este, lo que agarren: zacate, guayabas, banano. Eso es lo que han comido” (Nidia, 44 años).

“(Para las garrapatas de las vacas) les hago un agua con gavilana bien tupidita y eso se les va abajo todo. Después darles, cuando veo que les puede dar algo, alisto mozote con sal y minerales que usen, y botan todo eso” (Venancia, 86 años).

“Si nos vemos aislados en este momento ahí hay cerdos, no nos vamos a morir de hambre. Un chanco ahí lo mata uno y dura pa' un montón de días... que ahí hay gallinas, que hay huevos...” (Mónica, 44 años).

Por otro lado, se entiende que los animales silvestres tienen una función, y no deberían ser plagas si se entienden también como parte del sistema natural y se aplican técnicas agroecológicas para manejarlos:

“Hablemos de las plagas, no conozco mucho de las plagas, pero sí sé que cuando hay una plantación ataca a toda la plantación. Pero cuando hay diversidad digamos que los animalitos esos dicen qué escojo, qué me gusta. Entonces hay variedad, entonces no se van a ir a sola una planta y lo segundo es que preguntabas que por qué dejamos ese nabo (planta silvestre con flor) y viste el color tan lindo. Generalmente la gente lo ve y dice: esa gente no hace nada, no ve como tienen eso de nabo. Pero se tiene por una razón, por los polinizadores. Se tiene comida para los pájaros y digamos por ejemplo ahí en esta mata de mostaza está grande y ahí hay un nido en el centro. ¿Entonces tienes o no tienes razón de dejar eso?” (Dora, 47 años).

“El problema no fue en sí que lo hubieran cortado (un árbol que cortó la Municipalidad) o los desastres que pasaron naturales o no naturales, sino era un lugar de referencia de las aves. Pasaban las loras en las bandadas y se subían en el árbol. Pasaban los gavilanes costeros, se paraban ahí, descansaban y comían y se volvían a ir. Pasaban de todo tipo de animales en manaditas y pasaban por ese árbol, descansaban, comían y se volvían a ir. Entonces el problema fue el desastre ecológico que hubo al ser el árbol referencia para las aves migratorias que pasaban por aquí. (...) Nosotros nos fuimos, yo no quería ver cuando lo mataran” (Guadalupe, 59 años).

“Me dicen ¿si usted no lo usa (el plaguicida) entonces que está haciendo? Estoy cooperando con la naturaleza. Usted ve la piña y no tiene nada de eso, las hormigas

también, ahí están, viviendo abajo, están comiendo abajo, y usar repelentes, ahí hay una materia que hay que cortarla con el cuchillito, no con herbicidas, es materia orgánica” (Carlos, 48 años).

“Porque yo viví experiencias cuando era niño, tuve una experiencia que quisiera compartir con ustedes, cuando sembrábamos bastante tabaco aquí en la zona. Cuando eso todavía no había salido, como no había revolución verde todavía, no habían salido los insecticidas, todos estos tóxicos. Recuerdo que nosotros algunos productos los sacábamos en forma manual.

Por ejemplo vean ustedes el tabaco. Tenía una plaga tremenda, un gusano que se la comía. Era tremendo, ese gusano nosotros los combatíamos en forma manual, cogiéndolo y reventándolo en la tierra” (Camilo, 63 años).

“Vieras que una de las experiencias que he tenido digamos con las habas es que las habas se las come una plaga, y entre más apliques productos como el chile y el ajo, más ataca y más ataca, les fascina. Entonces comencé a dejarlas así, simplemente que ellas fueran desarrollándose sin necesidad de aplicarles ningún repelente ni nada y las coseché perfectamente” (Dora, 47 años).

En esta lógica, con un manejo adecuado, todos los elementos de la naturaleza tienen un sentido en la finca como sistema integral y sustentable.

- ***Alimentos sanos desde la agroecología***

Desde la integralidad que se busca en la finca y la diversidad que esta implica, la capacidad de que la familia produzca y cuente con alimentos variados y saludables es sin duda otro elemento central de la agricultura orgánica agroecológica como visión de mundo:

“Otra cosa a la que también casi nadie le hace caso es a lo que yo me estoy comiendo y eso que también tenemos enfermedades, eso es lógico, pero comparados con los demás jamás. Yo se lo achaco a la alimentación, eso es el principal motivo que tengo para seguir en esto, que eso para mí es lo más importante. Yo sí lo he notado en mi familia.

(...) No hay que salir de finca, y es cierto, ahí usted tiene de todo. Si hablamos de carne tenemos carne de res y de cerdo. Si nos hablan de huevos, también. Pollos,

también podemos tener pollos. Todo lo que quiera usted lo puede tener, todo lo que encuentra usted en un estante de supermercado lo puede tener.

(...) somos tres generaciones y siempre se ha hecho así, nunca nos ha falta el pan en la mesa, a pesar de que económicamente no estamos bien, pero tenés” (Francisco, 39 años).

“Si tenemos la mentalidad de sembrar sólo papa o sólo zanahoria, sólo eso tenemos para comer. Pero si tenemos papa, zanahoria, rabanito, remolacha, tomates... tenemos un montón de cositas que podemos cosechar y podemos tener” (Dora, 47 años).

“Yo no sé si sólo piña en la mañana y piña al medio día y piña en la noche y sólo piña y piña, que fue lo que pensó ese presidente de ahora. Dolorosamente así fue. No pensó en que tenemos que tomar cafecito, arrocito, de todo. Él no pensó en eso, y todavía apela a que es un gran negocio la piña. Menos mal orgánica, pero natural. Pero con químicos nunca he estado de acuerdo” (Venancia, 86 años).

“Es algo bonito y es algo bueno, porque al final es la salud de uno. Es la salud de uno. Si uno come sanamente, vive sano” (Mélida, 67 años).

“Cuando leemos y oímos cosas... eso de lo que todo el mundo habla, de la necesidad de consumir, la necesidad de conocer y poder apreciar, bueno, eso estamos intentándolo aquí.

Cuando la lógica de todas las organizaciones es producir para vender y lo que se come es lo que sobra, lo del final, lo que ya queda... Lo que no pudimos vender es lo que comemos, lo que sobra totalmente... Eso es muy feo, eso es malo, porque el principal objetivo debe ser nuestra alimentación, nuestra salud” (Santiago, 54 años).

Esta perspectiva se expresa también en un diálogo entre varias personas campesinas entrevistadas conjuntamente en su organización:

Santiago, 54 años: De tomate, ¿cuánto vendimos?

Mélida, 67 años: Nada, nos lo comimos, lo importante no era eso, es el autoconsumo.

Santiago, 54 años: Pero pudimos haberlo vendido...

Sofía, 50 años: Sí, claro, porque era grandísimo, sabrosísimo.

Santiago, 54 años: Pudo haberse vendido muy bien, y si hubiéramos vendido un kilo

de tomate, con eso hubiéramos podido comprar nosotros tres o cuatro kilos de tomate convencional. Pero lo comimos, comimos ese tomate, y es que esta es la lógica.

- **Una agricultura con lugar para el disfrute y el placer**

A pesar de las dificultades en el desarrollo de la agricultura orgánica agroecológica, ésta se vive desde un lugar de disfrute y satisfacción. Representa una forma particular de calidad de vida desde la armonía con el entorno y la paz que esa armonía genera, lo cual es enormemente valorado y se celebra:

“Una de las sensaciones más grandes también es que cuando ya están floreando las matas de frijol, ir y quedarse ahí un ratito. Vieras que es una sensación tan bonita, o sea, ves cosas que no tienes tiempo de ver o nunca has visto. (...) La gente quiere sembrar y acelerar las cosas, (...) y no alcanza el tiempo, y no te alcanza el tiempo para ver esas cosas” (Dora, 47 años).

“Yo siento que es elevar un poco nuestra misma energía, esa parte que tienes ahí, que sientes que estás mal y te abrazas a un árbol y ya te sientes como más con ánimo, bueno, qué sé yo, paz...

Cuando vas y sembrás una semilla estás al tanto de que ahorita crece. Cuando crece, qué rico que ahorita como. Cuando cultivan, qué rico es comer lo que uno produce, y cuando podés llevarlo a tus nietos, ya a nuestra edad tenemos bastantes, que podés llevar a los nietos a la finca y soltarlos, que vayan donde quieran. O sea es tranquilidad, es seguridad, porque no vas a soltar tus hijos donde hay un montón de químicos. (...) Para mí es mucha paz, mucha tranquilidad, mucha energía, mucha seguridad, muchos... a veces, muchos desaciertos.

(...) Respirar el aire puro que yo ayudo a producir, eso es lo más lindo del mundo, poder decirle a alguien: se siente mal, venga a la finca, vamos, sienta esto, sienta esta sombra, sienta esta frescura, sienta esta energía positiva... eso es para mí” (Guadalupe, 59 años).

“Cuando vamos a cortar una sandía o cualquier cosa hacemos una ceremonia, le damos gracias a Dios y a la Madre Tierra, vamos a comerla y la disfrutamos. (...) Gracias a la Madre Tierra, gracias a la persona que nos dió la semillita, y las personas que colaboramos para que esto se diera, porque no se da solo. La ceremonia es dar

gracias, pero dar gracias en colectivo y comerla en conjunto y es una manera de motivarnos, de dar gracias a Dios, a la naturaleza, a la planta y a la vida, de que tenemos esa dicha, no solamente de sacarle a la tierra una piña hermosa, sino compartirla” (Sofía, 50 años).

“La otra cosa para mí grandísima es esto que uno siente. Si no fuera por esta carajada que para alguno son tonteras, no sé qué me hubiera pasado. (...) Ustedes me ven aquí y yo aquí paso todo el día para allá y para acá, pero llego a la casa contento. Aunque no pueda terminar con todo lo que quiero hacer, yo estoy tranquilo y contento. Pero no sé a veces qué quiere la gente. Si usted está contento, ¿que más quiere? Si usted se siente un poco mal, cruce esa montaña de lado a lado. Cuando va usted por la mitad ya se le olvidó todo lo que tenía. Así es, así es, es diferente”.” (Feliciano, 66 años).

El disfrute no viene solamente del equilibrio natural, sino también de la forma en que se entiende y practica el propio trabajo:

“Otra cosa linda de la agricultura orgánica es que uno trabaja en equipo, que siempre está conversando cuando se trabaja. Es muy creativo, se está riendo. (...) Es que vea, saber que yo participé metiéndola en la tierrita, que la sembré, que le eché agua, que la aboné, que la cuidé, la corté, la sequé, volví a sembrarla... la semilla nuestra” (Sofía, 50 años).

“Todavía hay abuelitos y abuelitas que recuerdan. Todavía hay sabios y sabias que nos cuentan, y tenemos la oportunidad, como ahora, de sentarnos al atardecer a conversar. ¿Cuánta plata hemos perdido hoy? Vea, siete personas aquí sentadas haciendo nada, hablando paja. Pero nos damos ese lujo de disfrutar, lo queremos hacer, lo podemos hacer. No es que no hay trabajo que hacer, pero es rico aprender y así es como adquirimos conocimiento” (Santiago, 54 años).

“Me entusiasma a dedicarme a sembrar semillas, más que todo maíz, frijoles y cuidar algunas otras semillas que uno ha visto que están casi en proceso de extinción” (Camilo, 63 años).

Se configuran así significantes y prácticas relevantes que articulan la cosmovisión e identidad orgánica agroecológica, como marco desde el cual se establecerá una relación particular con

las semillas: la relación con la tierra como ser vivo que a su vez permite la reproducción de la vida, la naturaleza que hay que aprender a leer y seguir con adaptación y paciencia en sus ritmos y condiciones cambiantes, la observación y la experimentación, el valor intrínseco de la diversidad de plantas y animales en el equilibrio natural, la importancia de la alimentación y la cultura alimentaria, y el gusto y el disfrute en todo el proceso.

iv. El significado psicosocial de las semillas

Al reconstruir las palabras de las personas agricultoras participantes en este estudio, las semillas saltan como uno de los principales ejes estructurantes de su identidad campesina agroecológica.

Desde un vínculo especial con las semillas, se puede identificar un significado psicosocial compartido alrededor de ellas y de las prácticas que traen relacionadas, que trasciende en estos casos diferencias de género o edad, donde la semilla es al mismo tiempo vida, reproducción, diversidad, soberanía alimentaria, cultura y resistencia colectiva, un elemento central de la agricultura orgánica agroecológica, indispensable para que ésta pueda existir: “si no hay semilla, no pudiéramos hablar de una integración en una finca o un sistema de agricultura orgánica. (...) Podemos tener tierra, pero si no tenemos la semilla...” (Nidia, 44 años).

● La semilla es vida

Es sustento de la vida en la naturaleza y base de la vida campesina, y al mismo tiempo se la entiende como un ser vivo en sí mismo, que se debilita o se fortalece, se intoxica con los químicos y agradece el manejo orgánico, un ser que se comunica con las personas campesinas cuando se trabaja en conexión con la tierra y que sustenta la vida en sus diversas formas.

Es común en el discurso la personificación de las semillas, en un proceso naturalizado donde no se problematiza esta comunicación y relación particular que se da por hecho:

“Me gusta que la semilla me ponga a correr, que me diga: bueno, ya estuve mucho tiempo en esta caja, ¿qué va a hacer conmigo? (...) A mí me gusta que la semilla me esté presionando, que sea ella que me diga cómo, cuándo” (Francisco, 39 años).

“Hoy no le eché agua y no ve que triste se puso, pero yo tengo la fe...” (Venancia, 86

años).

“Son seres vivos. Para que sean seres vivos se pueden dejar nacer, germinan, hay que cuidarlas, que no se contaminen con otras cosas porque pierden la vida” (Mélida, 67 años).

“Cómo se alegran cuando uno las contempla o les dice que no las está maltratando” (Jorge, 69 años).

“Han estado con nosotros desde siempre, domesticadas o sin domesticar. Lo veo también como la catapulta de todo el ciclo vegetal del cual nos hemos emancipado y por lo tanto las semillas han sido una de las grandes partes que han sufrido toda esa emancipación del ser humano de la naturaleza. Son vida, son alimento. (...) Y así las plantas fueron, no podemos decir un estado de conciencia, pero instintos vegetales” (Ernesto, 26 años).

Como seres vivientes, las semillas tienen una identidad y un ritmo propios que en la relación que se establece con ellas desde la agricultura orgánica agroecológica pueden concretarse:

“Con estos abonos orgánicos que tenemos aquí, se desarrolla con el tiempo, es más lerda, es tamaño poco más lerda con abono natural, pero ese el tiempo que necesita para criar todas las características que debe tener. Ese es el secreto, el tiempo... Una mata de plátano sembrada convencional usted la puede poner a producir al año. En cambio a nosotros nos dura año y medio, pero usted va a coger un plátano de esos y se lo come, y es totalmente diferente” (Feliciano, 66 años).

“Vas tomándole ese gusto, ese amor a lo que haces, a las semillas, y tratas cada vez como de cuidarlas más, de conservarlas más, y no es porque no sea un compromiso, sino que ya no es simplemente un hobby, sino que es algo que a vos te gusta, que te nace, te tiene que gustar. Porque si no te gusta, no lo haces con agrado, no sacas tu tiempo, y yo trato de sacar mi tiempo a las que están sembradas, a las que ya voy a cosechar y a las que tengo guardadas en los vasitos” (Dora, 47 años).

“(Las semillas campesinas) no vienen en paquetes o en tarros que se hacen por series en la agropecuaria, sino que necesitan de nuestro amor y devoción para existir y para ser mejores” (Mónica, 44 años).

Esa semilla viva es también la base de la vida en la naturaleza, la que permite la subsistencia y el equilibrio en los sistemas naturales:

“Hay algo que uno puede decir de una vez: la semilla es vida, pero a la vez, funciona tanto. (...) La semilla es algo así como que la necesitamos y nos necesita, y no sólo nosotros como personas, sino todo lo que hay en la creación... están los pajaritos, están los reptiles, están los mamíferos...

(...) Entonces las semillas, simplemente, indispensables para la vida, muy necesarias... y pensar no solo en nosotros, pensar también en otros seres que también necesitan de alimentarse, de subsistir y de mejorar su vida” (Mónica, 44 años).

“Uno va admitiendo en realidad lo que es la vida, lo que vale la vida y la importancia de las semillas. ¿Qué haríamos nosotros sin las semillas, si las semillas son la vida?” (Sofía, 50 años).

“(Sin semillas) no hay vida. Porque las semillas son las que producen la vegetación, los árboles, todo eso. Entonces tenemos vegetación y tenemos vida. (...) Son las que purifican el ambiente, el agua. Si no hubiera semillas, entonces no habría vida, porque no habrían árboles, ninguna vegetación” (Mélida, 67 años).

Y desde la relación cercana de las personas agricultoras con la naturaleza, la semilla viva representa también la base de la vida campesina:

“Es la base, es la esencia del productor. Si hay semillas hay vida. Si no hay, no, por más tierra que tenga, por más capacidad que tenga, si no hay semilla, no” (Feliciano, 66 años).

“No quisiera intentar vivir de otra forma, de no estar echándome el semillero a la bolsa” (Francisco, 39 años).

“Sin ellas no podríamos vivir, son fuentes de vida, son indispensables para la vida. Si no tenemos semillas no tenemos vida, así de sencillo. Yo creo que es así, porque las semillas nos dan su fruto, nos dan su sombra, nos dan oxígeno y nos nutren. Definitivamente, yo creo que sin semillas no hay vida. (...) Nos dan aire, nos dan agua. (...) Las semillas nos dan la vida, nos dan la música, si no hay semillas no hay marimbas, no hay guitarras, no hay madera para las casas, no hay nada. Es que las

semillas son la vida” (Sofía, 50 años).

“Lo que es la semilla es algo, diría yo, fascinante, impresionante. Para mí las semillas significan la vida, principalmente la vida, y que es una forma de vida, de compartir con otras personas las semillas. Para mí es un gusto y un placer cuando la gente viene y ve las semillas. Yo no me siento orgullosa de decir que yo las tengo para mí. Yo sé que me siento orgullosa porque las he podido tener, las he podido mantener y las puedo compartir. (...) Las semillas hacen enlaces, hacen... siento que estas experiencias de las semillas me llenan de mucha... qué te digo, de mucha ilusión para seguir haciendo mi trabajo y haciéndolo mejor, el ver la emoción de otras personas que ven esas semillas y dicen: no sabía que existían esas semillas aquí” (Dora, 47 años).

- ***La semilla es reproducción***

Desde la conexión con lo femenino, desde la capacidad de multiplicación, desde su doble condición inseparable como alimento y como semilla, y desde su carácter de memoria cultural y genética, un atributo esencial de las semillas es su capacidad de reproducir la vida de múltiples formas:

“Ellas paren como nosotras. Son reproductoras. Ellas reproducen. Entonces esa es la importancia de las semillas.

(...) No pensamos que una semillita puede dar montones de arbolitos. Digamos que se reproduce, por ejemplo de un frijol o de un maíz, salen montones de frijolitos o un montón de maíz, entonces ya se va reproduciendo más y más” (Mélida, 67 años).

“La agroecología es algo tan especial, algo tan puro, tan de todo, tan único, como es el hecho de poder sentir que tienes en manos algo que puede reproducir, aparte de que tu cuerpo puede reproducir como mujer. (...) Es algo así como qué lástima, no pude reproducir esta semilla... ¿Cómo se llama eso? Desaliento, cuando agarras una semilla y no la puedes reproducir, un poco de frustración, pero cuando hay una y otra, ahí va uno” (Guadalupe, 59 años).

“Inicialmente para mí la semillas eran el inicio de toda una cadena gigantesca de nueva vida. (...) Esas semillas vinieron acumulando informaciones de en qué momento era preciso por su supervivencia crecer, germinar. ¿Por qué? Porque si germinaron en

algún momento en donde coincidían con algún insecto que podía atacarlas, la siguiente generación empezaba a germinar antes o después de que se encontrara con este insecto, para proteger su descendencia” (Ernesto, 26 años).

“Por eso es que yo digo que hay que reproducir, porque ya casi no quedan (semillas)” (Venancia, 86 años).

“¡Todo nace de una semilla! Todo lo que hay, plantas, y nosotros, los seres, los animales, ¿quién no depende de una semilla?” (Mónica, 44 años).

“Las semillas son femeninas, son las que reproducen, ellas generan vida” (Sofía, 50 años).

Esta capacidad de reproducción también es reconocida en prácticas organizativas que reconocen y ritualizan la importancia de las semillas, especialmente en el caso de movimientos de mujeres campesinas, tal como rescata la experta consultada:

“(Hacían) la mística, en donde el centro era la semilla. Entonces de ahí derivaban toda la concepción esta de que cada una de ellas (agricultoras) llevaba una semilla, y hablaba cada una de ellas de lo que significaba en su cultura y al final de la reunión se repartía entre toda la gente que estábamos ahí, campesinos y no campesinos, y la consigna era recógelas, mejóralas, multiplícalas y compártelas. (...) Entonces para ellas ese significado es el significado de la reproducción, verdad, una connotación muy fuerte” (Rodríguez, 2008).

● **La semilla es diversidad**

Como se ha explicado antes, desde la agroecología hay múltiples razones para trabajar de forma diversificada, y la semilla sintetiza el sentido y valor de la diversidad como parte de su propia esencia:

“Cada semilla tiene su utilidad. Hay todo. La semilla que usted ve ahí tiene una utilidad, una no, doble. Bueno, los frijoles sirven para comer uno y para la cobertura de tierra. Si hablamos del arroz, esa es la faja para la cobertura de la tierra. En verano para comer arroz y la granza para el suelo.

Ahí vemos unas semillas pequeñitas que ahorita se me olvida el nombre. Esa semillita es para cobertura, para bajar nitrógeno y para hacer abono foliar y coberturas de

tierra. La piña, bueno esa sí creo que sólo tiene la utilidad de comerse uno la piña y la cáscara para el suelo.

La semilla de calabaza, cuál es... que se llega el día en que no hay envases para tener agua, se hace como en el tiempo de antes que se tenía el agua en calabazas.

La palma, eso tiene un montón de utilidades: para los cerdos, uno no lo puede procesar pero sirve para eso. El maíz, imagínese usted el montón de utilidades que tiene.

(...) Si analizamos bien todo el tipo de semillas que hay es porque todas tienen un doble propósito. No es que usted lo agarró, lo sembró y ya terminó. Entonces ahí hay una doble, doble propósito o intención” (Marvin, 46 años).

“La integración que hay aquí con la diversificación es el porqué... Porque yo no le veo el sentido de tener una sola semilla. Necesitamos ser productivos, pero eso no es una razón para tener solo una semilla. Es también como algo personal y al mismo tiempo creemos que hay que tener variedad, porque cuando una semilla se pierde...” (Nidia, 44 años).

La semilla como diversidad se sustenta también en sentidos que se acercan al principio de placer y disfrute propio de la cosmovisión agroecológica, al cuidado de la salud y calidad de vida para plantas, animales y personas, y a la generación de belleza y equilibrio:

“Uno no puede jugar con solo un tipo de semillas, y ahí la mayor parte es que a uno le gusta” (Nidia, 44 años).

“Bueno yo tengo este (maíz) diamante amarillo, está el yema dorada, tengo el pujagua. Ustedes saben que el pujagua no sólo es el famoso pujagua morado, sino que hay amarillo y blanco. Ya los estoy sacando. Después hace dos años introduje el maíz congo. Hay negro y marrón, y también amarillo.

(...) Eso es cuestión, no sé, como un orgullo de uno, o una ilusión, o un amor a las semillas. Si no me gustara a mí me dejaría sólo el amarillo, pero como usted sabe, las otras especies de maíz van apareciendo” (Camilo, 63 años).

“Tiene que gustarte, tienes que sacar el tiempo, para revisar. Bueno, yo soy una, que no sé si es fanatismo mío, pero yo soy una que me gusta ir y sacar las cajas (donde guardo las semillas) y revisarlas para ver si hay algún bichillo, las vuelvo a tapar y

todo, y si tengo la oportunidad con (mi nieta) me gusta llevarla y ella quiere tocar todas las semillas. Entonces yo le explico cuál es de frijol, cuál de mostaza, cuál de maíz” (Dora, 47 años).

La semilla diversa es también base para la diversidad alimentaria, para la posibilidad de contar con alimentos nutritivos y variados durante todo el año:

“Este año pasado yo quise revolver todas las semillas... todas las revolví. Entonces tenía un saco que lo extendí y ahí tenía las semillas, pero era un montón, un montón de colores.

Había una estudiante de Estados Unidos que vino por un mes y dos semanas, y nos dedicamos a sacar semilla por semilla, ese es el trabajo que hicimos. A mí me hacía gracia porque ella decía que nunca había comido frijoles, o sea, sí le gustaban, pero ella comer variedad, no. Entonces yo le decía: esta semana vamos a comer cubaces, esta semana vamos a comer guarias...” (Dora, 47 años).

“Nosotros hemos ido como recopilando un montón de semillas. Por ejemplo el zapote... tenemos uno colombiano, tenemos uno amarillo, tenemos unos pequeños rojos, tenemos otros más grandes anaranjados, tenemos caimitos. Pero ese caimito nunca lo he visto en ninguna otra parte, pero en mi casa mi papá me regaló ese caimito. Es un caimito como de este tamaño. (...) Viera qué ricos, son pura miel. En casa hay uno de esos árboles que ya casi dan” (Guadalupe, 59 años).

● **La semilla es soberanía alimentaria**

Esa semilla viva, que reproduce la vida en diversidad, es la base indispensable para la soberanía alimentaria incluso más allá de los ingresos económicos que pueda generar la actividad productiva.

La semilla es importante porque “todos los días comemos y si no hay semilla no va a haber qué comer” (Venancia, 86 años).

Es protagonista en el proceso mediante el cual las personas campesinas agroecológicas se aseguran independencia y control sobre su propia alimentación, nutrición y salud, así como la posibilidad de seguir cultivando alimentos para compartir con otras personas:

“Son la parte más primordial de la producción de nuestro alimento” (Ernesto, 26 años).

“Primero nos gusta y, segundo, creemos que es una alternativa volver a tener las semillas para reproducir por lo menos lo que cada persona se come” (Nidia, 44 años).

“Lo otro son las semillas importantes que sirven para subsistir. Todas son importantes, pero hay unas que sirven para subsistir dependiendo de la tarea que queremos emprender, como el frijol, el maíz, el banano, el plátano, que esas son para alimentarnos, seguridad alimentaria y para comercialización, para poder obtener otro recurso más para la familia. Entonces eso así, de poquito, es la cuestión de la semilla” (Francisco, 39 años).

- **La semilla es agri-cultura**

En la semilla se manifiesta la íntima relación de la agricultura con la actividad humana, con el proceso de generación de saberes y prácticas diversas de acuerdo a la historia y las características de los colectivos humanos, que expresan sus valores y creencias en sus formas de cultivar la tierra.

El referente para entender las semillas es la propia historia y cultura, y al mismo tiempo ellas sintentizan la historia y la cultura que las han mantenido vivas a través del tiempo:

“Para empezar a hablar de las semillas me gustaría remontarme a cuando era niño, que empecé a trabajar con mi padre. Como aquí esto era una zona netamente agrícola, la gente se dedicaba a sembrar sobre todo maíz y frijol. Entonces pienso que tener ese aprendizaje que uno va adquiriendo desde niño, entonces uno ve, uno va tomando ese valor, más que todo un valor cultural en las semillas. (...) Porque las semillas son cultura de los pueblos. (...) Tal vez tenga mucho que ver con cada región, y desde luego en cada región, en este país en cada región hay culturas diferentes, y sí la semilla tiene mucho que ver con la cultura de la región en donde se desarrolla” (Camilo, 63 años).

Desde la experiencia técnica también se reconoce y rescata la vinculación de las semillas con la generación y la expresión de una cultura enormemente compleja, así como su rol articulador de la actividad humana:

“Estaríamos hablando de todas las labores culturales que se realizan en el proceso de desarrollo, de cultivo, de una vez que la pones en tierra y empieza la alquimia de

germinar.

Hay labores culturales tan grandes como que los aztecas por cada semillita que sembraban enterraban un pescadito, para aportarle nitrógeno y oxígeno, eso es una labor cultural.

(...) La semilla desde nuestro punto de vista no es solamente un acervo genético, una colección de genes que se expresan de equis o ye manera, sino que más allá de eso, las semillas son precisamente ese interactuar con la gente, donde se mantiene vivo el conocimiento de cómo sembrarlas, cómo comerlas, cómo fertilizarlas, entonces crean mucha cultura.

(...) Las semillas han sido como una forma de acercarse a un montón de conocimientos, agrícolas, campesinos, culinarios, de la cultura tica, de la cultura indígena, entre otros. (...) Ha sido como empezar a redescubrir, empezar a caminar lo que por 12.000 años han hecho los agricultores, tomar cosas antiguas, ir descubriendo y mejorando otras, y de esa forma hemos estado creando, como te dije, cultura agrícola desde el Centro (Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica), con tecnologías muy precisas para esos cultivos, para esos suelos, para esas condiciones, (...) entonces eso nos ha permitido generar nuestra propia cultura, investigando, travesando, ir la mejorando y al final compartirla” (Pacheco, 2008).

El acervo cultural sobre las semillas no siempre está presente. Esta condición no es asumida como estancamiento, sino como un reto para recuperar o construir el conocimiento que debe acompañar a las semillas para que puedan seguir reproduciéndose. Implica que, a partir de la observación, la experimentación y el intercambio con otras personas, resulta necesario aproximarse a los componentes culturales que hacen posible cultivar y reproducir las semillas:

Mélida, 67 años: Sembramos maíz, ¡nosotros estábamos felices, era un maíz sanito el que se formó! Las mazorcas eran chiquititas pero el granito se formó bien formadito, entonces nosotras estábamos felices con eso. Pero ¡no sé qué nos pasó!

Sofía, 50 años: ¡Es que no teníamos experiencia!: lo cortamos, lo sacamos, lo echamos en bolsas, después en un balde y se nos picó una gran parte del maíz.

Mélida, 67 años: Pero en eso estamos: aprendiendo.

Una de las personas expertas entrevistadas para este estudio explica el proceso para generar el conocimiento cultural que debe acompañar a las semillas:

“He recibido semillas que vienen sin esa parte tan esencial que deben traer: cómo deben sembrarse, en qué momento se cosechan, cómo se separa el grano de su cáscara.

(...) Cuando no tenés idea de nada, hay que comenzar a estudiar la planta, comunicarse con ella. Entonces es muy interesante porque tenés que estudiar desde el tamaño físico de la planta para poder diseñar un sistema agrícola de siembra: si la vas a sembrar en surcos, en lomas... tantas formas en las que se pueden sembrar...”
(Pacheco, 2008).

Como elementos fundamentales de la agricultura, a través de las semillas se genera, manifiesta y transmite la cultura como producción humana material y simbólica, de la cual al mismo tiempo las semillas dependen para existir, en una relación de interdependencia con los saberes y prácticas.

● **La semilla nativa es resistencia colectiva**

En este marco de significantes, la semilla se convierte en la síntesis de la resistencia compartida frente a la homogeneización de la agricultura industrial y frente a cualquier amenaza a su libre uso y control por parte de agricultoras y agricultores orgánicos.

La semilla es el bastión donde se expresan, comparten y reproducen los saberes tradicionales y colectivos, de manera que se convierte por sí misma en un símbolo de la visión y la práctica agroecológicas:

“La semilla se convierte en semilla resistencia, semilla viva, semilla reivindicación”
(Ernesto, 26 años).

“Es lo que realmente significan las semillas para los agricultores, que realmente podamos intercambiar, que las semillas son libres, son de todos, son mías, son tuyas y son de todos.

(...) Ha sido una experiencia muy linda y sigue siendo una experiencia muy linda seguir cosechando, conservando y cuidando. Porque les vuelvo a decir: son sus

semillas, nuestras semillas, las semillas de todos, para las futuras generaciones, y que en la medida en que nosotros podamos seguir cosechándolas, ustedes van a seguir viendo esas semillas” (Dora, 47 años).

Ante una propuesta reciente de Fundación Gates, Fundación Rockefeller, Monsanto Corporation y Syngenta Foundation, para recoger semillas de todo el mundo y guardarlas en una cámara blindada en el Ártico, un agricultor que había escuchado la noticia indica:

“Creo que es la única forma de tener la seguridad alimentaria, teniendo las semillas. Yo no creo en tumbas cerradas. ¡Antinuclear la bóveda! Yo creo que los agricultores debemos tener la parte de la semilla, bueno todo, lo vegetal y lo animal. Debemos estar sembrando, cuidando, porque me parece que es algo... no sé, puede ser que esté equivocado, pero hacer una bóveda y guardar mis semillas, no, no, no”. (Francisco, 39 años).

Frente a las semillas corporativas que han perdido su naturaleza, se reivindica la semilla nativa o criolla, más fuerte y diversa, adaptada a las propias condiciones y cultura, como forma de resistencia histórica:

“La otra cosa de las semillas (nativas) es que es la base de todas las semillas que hay en el mundo. De la criolla salió la semilla. Esas semillas no las inventaron, la semilla criolla que es la que uno maneja. La manejamos más tranquilos porque la conocemos, sabemos cuáles son las virtudes y las debilidades que tiene. En cambio la semilla de afuera no sabemos qué es, no la conocemos” (Feliciano, 66 años).

“Yo me acuerdo de la semilla criolla de hace 25 años o tal vez un poquito más y, como te decía, mi abuelo iba escogiendo la mazorca y dos cosechas por año y seguía sirviendo, y más bien cada vez mejor, hasta que surgió lo que... la situación que estamos ahora” (Francisco, 39 años).

“Yo había comprado una bolsita así de semilla de ayote, salieron tres matas, las sembré, contadito le conté siete ayotes a las tres matas... Compré en la feria un ayote porque yo quería la semilla, como esto se cruza, la abeja lo poliniza, entonces se cruza. Compré un ayote que me costó 1.000 pesos, sembré como unas 15 matas más, todo ese ayote que usted ve ahí más lo que se ha comido la chancha. Bueno, ¡saqué

como unos 3.000 kilos! Vea usted la diferencia de sembrar una semilla criolla a sembrar una semilla mejorada” (Marvin, 46 años).

“Aquí yo tenía tres variedades de plátano y de las tres sólo hay una que crece bien: un plátano muy alto que la gente no lo quería porque era muy alto para cortarlo, pero aquí yo he cortado racimos de 52 plátanos” (Feliciano, 66 años).

“Dicen que Round Up vende la semilla y vende el agroquímico de una vez. En cambio la semilla, cuando está adaptada, uno nada más la saca, la seca y la vuelve a sembrar” (Nidia, 44 años).

“(Queremos) sobre todo rescatar esas semillas nuestras, la criolla, la que realmente... ¡eh!, si es difícil tener un cultivo muchas veces es porque lo llevamos a un hábitat que no es el de él. Por eso lo de la semilla criolla, porque es de un lugar, porque está aclimatada. Si vamos a traer semillas de alguna zona fría, pues vamos a tener problemas, pero si consigo semillas que son de un clima como el nuestro, eso va a hacer que talvez si tengo de la misma clase de frijoles, y sé que va a haber un cruce, y las voy a mejorar... Eso es lo que al menos para mí es lo de las semillas, de mejorarlas, de cuidarlas, de conservarlas” (Mónica, 44 años).

Las personas expertas entrevistadas resaltan también la fragilidad de las semillas nativas frente a la homogeneización de la agricultura, así como su importancia en términos de diversidad y de adaptación a climas y culturas alimentarias, en una íntima relación con la agri-cultura campesina a través de la historia:

“Lógicamente es claro como la diversidad biológica se va restringiendo y se va terminando con las variedades criollas que eran las que estaban adaptadas para responder a las plagas y al clima, a los ecosistemas diferentes. Entonces antes, en cada ecosistema, cada campesino había adaptado su semilla, por eso es que habían 30.000 variedades de arroz, 10.000 variedades de papa, y que ahora están totalmente reducidas.

El arroz son diez variedades las que hay ahora, de 30.000, verdad. ¿Qué consecuencia tiene eso? Que están acabando con las variedades tradicionales de los campesinos, adaptadas, ricas en respuesta a los distintos... a las distintas plagas o condiciones de cada ecosistema” (Rodríguez, 2008).

“Las semillas campesinas, las criollas, son las que hemos heredado de las culturas ancestrales del planeta, que algunas tendrán 20.000 años y que las que menos 7.000 de estar sembrando en la tierra.

Muchas de esas semillas ya no existen y, como ocurre en el caso de los animales, en el caso de las semillas es igual, la extinción es para siempre. (...) Lo que sí es cierto es que estas semillas campesinas son parte de un proceso milenario de agricultura y que siguen cambiando a través... con nosotros siguen expresándose de una u otra forma” (Pacheco, 2008).

La semilla nativa y diversa sintetiza así la valorización de los saberes y recursos colectivos, esa relación con la naturaleza en que las personas agricultoras aprenden de ella, la cuidan y se adaptan a sus condiciones, el proceso mediante el cual la alimentación, la reproducción y la vida se hacen posibles a través de la agricultura orgánica agroecológica.

v. Prácticas asociadas a las semillas

A lo largo del recuento de significados e historias personales y colectivas que se ha ido desarrollando, se han explicitado también prácticas directamente vinculadas con la agroecología y las semillas, que tienen una relación cercana con la configuración de significados alrededor de esos temas. Por ejemplo, la recuperación del conocimiento histórico, tradicional y familiar y su encuentro con el conocimiento técnico, científico y académico, el compartir en intercambios y la construcción de lo organizativo como espacio para desarrollar saberes y prácticas en colectivo, el rechazo al uso de agrotóxicos, la experimentación como base de la agroecología desde una relación de cuidado, aprendizaje y adaptación con la naturaleza, la integración de la familia en el trabajo y la construcción de nuevas relaciones de género, o la diversificación productiva y cultivo de biodiversidad.

En este apartado se recogen algunas prácticas directamente relacionadas con el ciclo productivo, tales como selección, conservación y multiplicación de semillas.

Vale recordar de todas formas que siempre que existe una relación con la agricultura orgánica agroecológica o con las semillas, esta implica al mismo tiempo un significado que se atribuye y una práctica que se desarrolla en consecuencia: toda práctica relacionada con las semillas expresa una identidad y visión del mundo particular, y al mismo tiempo la

realidad se entiende desde la práctica cotidiana.

- **Selección y mejoramiento de semillas**

Una práctica importante que refleja saberes tradicionales es sin duda la selección de semillas.

Si bien algunos campesinos y campesinas plantean inicialmente que no hay un proceso de selección, lo hacen desde la perspectiva de que todo tiene una función y una utilidad, pues a lo largo de su mismo discurso se pueden identificar prácticas orientadas a identificar cuáles semillas tienen mejores características para reproducirse y dar origen a una nueva cosecha:

“Lo importante y bonito de trabajar en forma orgánica es eso, que todo sirve. Es igual la (semilla) que usted va consumir, que si va a sembrar, nada más se le da una pequeña escogidita, porque siempre salen unos granitos que unos le llaman gelados. (...) Todos esos granillos los bota uno. Es como el maíz, a la mazorca generalmente se le quitan los granitos de ambas puntas, verdad, que son los que son más pequeñitos” (Camilo, 63 años).

“Es muy fácil, si uno deshoja, bueno aquí yo no veo que lo hagan así, pero en otras partes se quiebra y se deja en la tapilla que traen, pero cuando se deshoja, la mazorca que esté más o menos grande, usted comienza a desgranarle la puntilla de arriba y la de abajo y ve que el grano está parejo, es una semilla buena para sembrar. Si la cuestión de la mazorca va en un tono como este cuaderno, digamos (amarillo claro), es una semilla que no le va a resultar, porque ella ya viene con defectos cuando reventó. Eso es una de las partes muy interesantes en el maíz, eso sí se lo puedo garantizar porque yo he sembrado hasta diez o 20 hectáreas de puro maíz” (Jorge, 69 años).

“Todas sirven, todas, todas nacen, en el maíz más que nada se escoge las mazorcas que están bien cuajadas, digamos que esté bien parejitas de maíz casi toda la mazorca. Porque hay algunas mazorcas de maíz que de repente tienen espacios vacíos, granos redondos, y cosas así, entonces se escogen las mejores mazorcas” (Mónica, 44 años).

En el caso del frijol, hay también varias técnicas para seleccionar las mejores semillas, desarrolladas a partir de la observación y la experimentación:

“El frijol más pequeño muchas veces es por eso. Digamos que la mata de frijol cuaje parejo, que realmente no empieza con una florea al principio y dure unos días y luego tire vainicas. Ahí es donde va a ver la experiencia de las semillas. A la hora de recoger el frijol ya para aporrearlo van a haber algunas vainicas que no cuajaron bien, o que todavía están a media vida.

La vainica madura, que llama uno, tiende a ser más redondito. Si la mata no se secó bien, tiende a ser más lajudillo. El frijol redondillo es cuando se secó bien en la mata, uno lo sacó bien seca la mata, hay que dejar que madure la mata o el frijolar. Si uno no lo sacó bien queda delgadillo y no...

Lajudo quiere decir que es delgado, eso es lo que uno le dice que es como lajilla, y eso sucede si talvez uno se había enfrentado con el invierno, y tiene que meter el frijol porque talvez lo agarró la lluvia y se perdió. Entonces está a una mediana maduración ahí, no está seco, lo agarra y lo mete a la sombra por lo menos pa' comérselo, pero ya entonces no tiene... no va a estar como debe ser como para semilla, no va a estar así bien redondito, con toda la carnita” (Mónica, 44 años).

“Sigamos con los frijoles. Entonces los cuidamos, los dejamos que crezcan y una vez que están a punto de cosechar yo me voy y comienzo a ver cuál mata tiene mejor vaina y veo las vainas que están bien llenitas, que tengas bastantes frijoles, bueno, generalmente son de siete u ocho frijoles, entonces yo me fijo en cada mata cuántas vainas y cuántos frijoles tiene, y depende de los frijoles que tenga la dejo para semilla y las demás son para cosechar” (Dora, 47 años).

● **Conservación de semillas**

Hay una variedad de prácticas para la conservación y protección de semillas entre cosechas. De la misma forma en que se han desarrollado distintas técnicas de selección según las condiciones del entorno y de las mismas semillas, hay también prácticas de conservación diversas, que además, por ejemplo en el caso de granos como el frijol, varían de persona en persona, según las experiencias que han dado mejor resultado en cada caso:

“(Para evitar los gorgojos) tiene que pegarle una buena asoleada, hasta que suene como piedritas, lo deja que se serene y en la mañana lo mete en un tarro bien tapado, que no le entre, porque las semillas por sí solas cogen el gorgojo” (Guadalupe, 59

años).

“Se pone al sol, el sol que seque, que no esté suave, que esté duro, ojalá que quiebre si es posible, después se guarda” (Feliciano, 66 años).

“Las semillas para guardarlas no hay como asolearlas, pero siempre se deben guardar en frascos herméticos y preferiblemente que sean oscuros, por la cuestión de la luz, porque usted sabe que por medio de la claridad le entra...” (Jorge, 69 años).

“Si las ponés al sol, primero se secan demasiado, y el sol ahora como está te las deshidrata demasiado. Puede ser que sí te germinen, pero ya no va a ser de una buena calidad. Entonces la idea es que siempre sea a la sombra y extendida.

Yo en realidad, le soy sincera, yo he ido aprendiendo a través del tiempo, porque no es algo que sea fácil, sería mentirosa si les dijera a ustedes que todo lo conozco. Yo a través del tiempo, a través de los intercambios y a través de hablar con diferentes personas, que le cuentan a uno cómo conservan las semillas o cómo desgranar la mazorca...” (Dora, 47 años).

“Le enseñaría cómo guardar las semillas, porque unas se guardan con ceniza, otras por ejemplo con los ajos” (Guadalupe, 59 años).

“Nosotros nunca le echamos nada. Ahora escuchamos que se les puede echar ceniza y ajo, pero con eso, con envases ahí se mantiene, solamente la técnica es que no le entre aire. Si no le entra aire la semilla se conserva bien” (Nidia, 44 años).

En otros casos hay una coincidencia general sobre prácticas efectivas para la conservación de semillas:

“Los avienta, eso es ya como a la hora que quede el frijol limpio. Es conveniente guardarlo con la basurita, para protegerlo” (Mónica, 44 años).

“La manera de cuidar las semillas, como las tenían ellas ahí, tenían los manteados extendidos, y los frijoles con la burucha. No sacuden eso, porque eso es lo que hace que las semillas estén buenas, que al guardarlas con eso el siguiente año esa semilla está buena, no se pica ni nada.

(...) Mi papá lo hacía, las asoleaba tres días, en la tarde las dejaba enfriar un toque y después las metía ahí y las tapaba para que el otro año estuvieran buenísimas... Ellos mordían, yo me acuerdo, mi papá mordía los frijoles y si se partía tronadito decía que

estaba buenísimo” (Mélida, 67 años).

Muchas de las técnicas de conservación remiten a prácticas históricas, aprendidas de generaciones anteriores:

“Y las semillas se cogían, se guardaban, que era semilla verdaderamente especial, por lo menos el maíz se asoleaba, se desgranaba, se echaba en estañones. Porque anteriormente no era en estañones, era en canoas, en canoas de madera que se hacían, se les hacía una tapa y se guardaban ahí por cinco o seis meses. No se les echaba nada y duraban.

Lo mismo el frijol. Cuando se ocupaba para alguna cosa se cogía de ahí. Si se iba a procesar para guardarlo se aporreaba, se asoleaba, se dejaba que refrescara un poco y se cogía un poquillo medio tibio y lo mismo se echaba en ... bueno, más de uno no sabe lo que es una canoa, porque no se hacía de tabla como ahora, que se hace así, no. Era una canoa como así de gruesa, se cortaba, se vaciaba hasta cierto punto, se le dejaba un espacio así y ahí se guardaba eso, y costaba. El arroz se hacía lo mismo, todo, todo lo hacían los tíos míos. (...) Por eso le voy a hacer la explicación a usted. ¿Por qué en canoas? Porque la canoa es gruesa y no tiene luz ni aire, entonces se le hace una tapa hermética y se deja ahí” (Jorge, 69 años).

“Mi abuelita agarraba la mazorca con la tuza, le sacaban una tira a esta y una tira a esta y las amarraban y las colgaban en un alambre cerca del fogón, donde le pegara el humo... y hasta que se ponían negras. Pero entonces cuando las iban a sembrar la agarraban y seleccionaban la semilla de esa manera. Le quitaban la parte de arriba y la de abajo y luego la sembraban, y eran mazorcas, las mejores mazorcas en tamaño” (Guadalupe, 59 años).

Más allá de la diversidad de técnicas de conservación, se considera necesario proteger las semillas para que conserven sus características y sigan reproduciéndose en manos campesinas:

“Las semillas hay que juntarlas, ojalá que no les haya caído aguaceros, y guardarlas para sembrarlas. Porque muchos guardan las semillas y las botan así, las botan así y no las siembran, entonces las semillas se pierden. Porque yo a veces les doy semillas,

yo tengo allá muchos palos, pero me dicen: viera que la semilla del palo que usted me dio no me sirvió. Entonces les pregunto: ¿qué hicieron, las sembraron?. No, no las sembré, las hice tiradas... Tiradas no se puede. Primero yo les diría a ustedes que hay tantas cosas con eso de las semillas, pero hay que guardarlas, ahora es el tiempo de guardar las semillas” (Venancia, 86 años).

“Nada hacemos con la conciencia si no tenemos la semilla” (Mónica, 44 años).

● **Multiplicación de semillas y saberes**

Para la multiplicación de las semillas se parte inicialmente de un conocimiento detallado de cada cultivo con el que se trabaja, a fin de manejarlo desde su propio ritmo y requerimientos:

“Es que en la semilla, cuando uno va a trabajar con ellas, yo lo primero que le digo es esta semilla es de una clase, esta es de otra, esta semilla hay que ponerla a germinar así, esta semilla hay que observarlas, cómo va a germinar y todo, sobre todo en el maíz. Porque muchos llegan y nada más ¡plus!. Pero si usted quiere coger el maíz rápido y más o menos alimentado, usted lo echa, eso no es químico ni nada, hay una cáscara en el campo, bueno, también el hombre grande, se coge hombre grande, se machaca bien y lo echa así. En una hectárea de maíz que usted siembra se calcula un cuartillo, medio cuartillo y lo echa ahí, de un día para otro, como es buena semilla, al otro día ya usted lo ve medio esponjadito, y cuando se va a sembrar el maíz ya va casi listo para reventar” (Jorge, 69 años).

“Si quiero cruzar una especie de maíz, por ejemplo, no puede ser que consiga una semilla de cuarenteno y voy a cruzarla con otra clase de maíz que va a durar dos meses para florecer, porque el otro va a estar más antes. Entonces tiene que ser que van a florecer cuando uno quiere, y entonces el cruce se va a permitir, ¿no?

Lo mismo el frijol, diay hay frijoles que también, hay frijoles cuarentenos, que están rapidito, y puede ser que se parezcan. (...) Cómo va a cruzar uno frijol o un maíz que la floración va a estar con 15 ó 22 días de diferencia. No va a ser posible. Es una manera de cruzar, cuando uno quiere mejorar un frijol o un maíz.

(...) La piña, hay tres tipos de semilla, el de la fruta, el de la planta, y la corona. La corona de la piña, por ejemplo, la parte de encima de la piña, esa parte usted la arranca, la pone hacia arriba para que seque, porque también usted la va y la siembra

así fresca de una vez, echa hongos. (...) Muchas veces usted puede sembrar una hectárea de piña y tener como decir tres etapas, al mismo tiempo usted lo puede sembrar, los que van a estar primero son los hijos guía, el hijo guía que es el más grande, el más fuerte, casi siempre es muy grueso, ese va a estar primero, luego puede ser que la corona, y también el basal, pero esos pueden ir ahí parecidos” (Mónica, 44 años).

“El cacao se quiebra, se saca la semilla, se pone una noche o dos en el sereno y al otro día usted en la tierra. El cacao tiene una parte, si usted no sabe lo siembra acostado, porque el cacao tiene una parte como decir esta parte es la que va... la parte delgadita va para abajo, ese es el nabo que llamamos, y no se puede dejar muchos días porque se le pierde la fuerza, hay que dejarlo cuando mucho tres o cuatro días. Muchos lo siembran seco, mentiras, el cacao de un día para otro, y a los ocho días ya usted tiene las matitas que van para arriba. Ya cuando tiene 15 centímetros usted lo puede trasplantar” (Jorge, 69 años).

“(La albahaca) florece y luego se seca, entonces se saca, se recoge, después se hace así y la soplo y queda la pelotilla, ella florece, se ve como una flor, pero en realidad ahí está la semillita, entonces se seca y se saca la semilla, lo arranca con todo y lo sacude y sale la semillita. Ya la sembramos y ya nos nacieron. Tenemos semillas nuestras” (Sofía, 50 años).

De esta manera, la semilla se reproduce partiendo del conocimiento del entorno natural y aplicando la experimentación propia de la agroecología, en un proceso de creación de nuevas variedades y mejoramiento campesino de las existentes en el cual se aprovechan las características identificadas en las diferentes plantas en cada contexto, y se entiende el mejoramiento como cultivo de diversidad:

“Los campesinos por su experiencia veían que una planta era más resistente que otra, ya sea a las llamadas plagas, por darles un nombre que no es totalmente correcto, o al clima también. Entonces empezaron a identificar que efectivamente habían especies silvestres que eran mucho más resistentes a este tipo de cambios climáticos y de vida alrededor de la planta, y empezaron de una forma natural a domesticarlas o de hibridizarlas con otras plantas que eran más susceptibles a todo esto. Eso fue un

proceso que se dio hace cientos de años” (Ernesto, 26 años).

“Digamos, si uno siembra maíz amarillo y morado a la par, por ahí va saliendo a la par una mazorca de otro color. Entonces uno las va clasificando, lo tiene que ir clasificando y a través de los años uno va sacando. De dos especies saca una nueva” (Camilo, 63 años).

“Tenemos que mejorar los genes de esa especie. Entonces empezábamos a buscar semillas en otros lados, para venir y cultivarlo y reforestar, porque sabemos que eso va a permitir que a futuro esos árboles sean fuertes, van a mejorar sus genes, van a tener cruces con otras de su misma especie y que vienen de otros lados y que están mejorando sus genes. Lo mismo con las semillas, eso de que vamos y llevamos esas semillas, y las intercambiamos. Van a venir a estar en otro ambiente, van a mejorarse, van a fortalecerse” (Mónica, 44 años).

“Lo que hemos estado haciendo es que, digamos, ahí salieron otros colores de semillas. Fue porque sembramos cuatro variedades. Entonces en las cuatro variedades salieron algunas diferentes, entonces lo que hacemos desde que salen las matas es tratar de cuidar bien las matitas, ponerles abono, estarlas viendo si necesitan un tutor, les ayudamos” (Dora, 47 años).

“Siempre pensando en no hacer monocultivo, pero sí seleccionar la semilla, mejorándolas incluso, respetando siempre sus ciclos y toda esa cuestión. Porque sí existe el mejoramiento de las semillas, incluso natural, entonces de ahí es donde uno adopta otras, y pide ayuda también a la parte científica o técnica” (Francisco, 39 años).

Para que las semillas se mantengan vivas, el trabajo de selección y experimentación agroecológica tiene que multiplicarse, tanto en cultivos en el campo como en recursos, prácticas y saberes que se comparten para que sigan creciendo en otras personas, y para que esas personas aprendan a reconocer su valor:

“A mí me gusta regalar, pero también cuando yo regalo... cuando yo regalo voy y les pregunto qué hicieron. Tal vez me piden unas mazorcas de maíz o algo y voy y les pregunto qué pasó. Me dicen: hay fijate que se me olvidaron, ahí se quedaron, una vez, dos veces, entonces no les vuelvo a dar” (Venancia, 86 años).

“Yo traía diferentes tipos de hoja y la señoras decían: cómo se cocina esto, pero es

que sabe amargo, pero es que no, mejor otra cosa, hasta que en este momento las señoras saben cómo preparar esas hojas y saben hasta cómo identificarlas, y poco a poco me van diciendo: quiero llevarme unas hojas para la casa. Yo les digo: no, no se lleven unas hojas, llévense unas semillas” (Ernesto, 26 años).

“Antes yo decía que coleccionaba semillas, ahora ya no digo eso, sino que conservo, trato de intercambiar y de hacer a la gente el compromiso que no es sólo darle mantenimiento y nada más. Yo siempre cuento la experiencia de una señora a la que yo le di una semilla, y era la única semilla de esa que yo tenía. Entonces ya cuando al tiempo me llamó y me dijo que ya están crecida, resulta que viene su hijo, recoge la semilla y se come toda la semilla. ¡No dejó ni una vaina! (...) Entonces yo siempre recuerdo eso como una experiencia que no sé qué fue lo que pasó en ese momento, pero ya después yo digo: bueno yo les doy semillas, pero me dejó unas” (Dora, 47 años).

“El compromiso de la semilla: reproducirla” (Nidia, 44 años).

Hay una coincidencia en que la mejor forma de conservar las semillas es “estar sembrando, estar sembrando” (Feliciano, 66 años), compartiendo, manteniéndolas vivas en el campo y en el trabajo de la gente, en variedad y en cantidad suficiente para que sigan formando parte de la vida campesina:

“Si yo mantengo la semilla y quiero conservarlas, pero en un descuido la vendo toda, también eso hay que tener cierto cuidado, porque hay que conservarlas, no sólo para conservarlas que se mantengan sanas, sino para conservarlas ahí, entonces tener siempre un remanente ahí para poder volver a sembrar la semilla y que no se pierda” (Camilo, 63 años).

“Puede ser que haya semillas que las puedes conservar por tres o cuatro años, peor lo ideal es que si pudieras cada año estar sembrando las semillas, sería muy bueno” (Dora, 47 años).

Desde una diversidad de técnicas de selección y conservación de semillas, que recuperan conocimientos tradicionales y los adaptan a las condiciones del entorno, se reconoce la

necesidad de preservar y multiplicar las semillas vivas en la práctica diaria, individual y colectiva, de la agricultura orgánica agroecológica.

vi. Un contexto de amenaza para las semillas agroecológicas

Según expresan las personas agricultoras participantes en este estudio, sus prácticas cotidianas, su misma cosmovisión e identidad, enfrentan una serie de amenazas.

El contexto nacional e internacional configura un escenario en el cual resulta cada vez más difícil seguir trabajando de forma agroecológica con semillas, en razón de intereses contrapuestos que se expresan en desequilibrios naturales, en el mercado, la alimentación, la tecnología, la institucionalidad y la legislación.

● *El desequilibrio ambiental que altera los efectos del clima sobre la agricultura*

Hay una clara conciencia de los efectos del cambio climático en la agricultura y la naturaleza, que se contrapone con el esfuerzo de la agroecología para preservar los equilibrios naturales, y que va mucho más allá de la íntima relación que siempre ha existido entre la agricultura y su entorno.

Las familias campesinas conocen la fragilidad de su actividad frente a los cambios del clima, que ha sido siempre un factor de riesgo que determina y con frecuencia dificulta las prácticas productivas:

“Aquí estamos contra el clima, aquí no estamos con una estación, aquí el clima tiene mucho que ver, uno siembra nada más con la fé en Dios, y también los frijoles es sólo una vez al año. El arroz sí se siembra más seguido, pero siembra uno como aventurando. Los frijoles, este año hubo una buena cosecha y un buen tiempo, porque a veces los frijoles se pegan buenísimos, pero si a la hora que se tienen arrancados se viene una lluvia, como hoy que llovió, ahí se termina todo, se terminó todo el proceso, se perdieron todos los frijoles” (Nidia, 44 años).

“El reto era producir en verano, porque esas lechugotas que usted recuerda, eso es común allá arriba, es más fresco y llueve más, pero aquí no, en (esta zona baja y seca) usted no ve a nadie produciendo eso y menos en verano. Entonces este es el primer verano que tenemos ese gran logro chiquitito, pero aquí en (este clima)” (Santiago, 54 años).

“Aquí son esos temporales que parece que... ¡diay! A los tres días ya no había ni una mata de frijol, ¡diay! Son decepciones que uno se lleva como agricultor y que va aprendiendo a partir de esos golpes. Fue una semilla que se perdió y se perdió. Había que tirarla al suelo porque ya se había abierto y si uno la vuelve a tapar se echa a perder, había que comérsela. Es una de las muchas decepciones que usted se lleva con la agricultura” (Guadalupe, 59 años).

“Ahorita yo estaba cosechando un frijol habas que no sé si ustedes han comido, pero ahora este año con este invierno tan bravo me lo quemó todo, se perdió y ya no se consigue” (Camilo, 63 años).

“Lo otro es en ambiente protegido para sacar mejores semillas. No sé yo si habrá razón de eso, lo que sí sé es que algunas cosas como ambiente protegido yo sé que sí hace falta, porque los climas... ¡Ahí hablamos de clima!” (Francisco, 39 años).

A pesar del reconocimiento de la íntima relación de la agricultura con el clima y de haber incorporado esta vulnerabilidad como parte de la realidad de la vida campesina, existe la sensación de que la naturaleza ha sido alterada por tipos de intervención humana que no la respetan.

Esta presión sobre el ambiente, al mismo tiempo que profundiza los efectos de sus cambios, hace más necesario cuidarlo y buscar los equilibrios naturales:

“Porque lo que hablábamos antes de la biodiversidad, cómo va a ser la vida si cada vez atacamos más al ambiente. Porque eso de que el cambio climático, que la Niña y el Niño, y esas cosas, porque eso de que definitivamente ya no es verano, porque estamos supuestamente en pleno verano y se puede venir un frente frío y ya está, ¡está lloviendo! Hasta para cosechar es un problema.

Antes estaba establecido el verano para los frijoles, y ahora hay mucha gente que dice no, yo perdí la cosecha el año pasado, y el antepasado, y así le pasó al vecino, y eso desmotiva, ya no tiene uno como esa confianza. Siempre yo creo que era en diciembre, sí, porque para marzo se cosechaba, se preparaban los terrenos, se sembraba, y en marzo se cosechaba, ¡y ahora no! Entonces todo eso nos afecta, ¿y por qué viene todo eso del cambio de clima y todo eso? Por la deforestación, por el desorden que hemos causado, ¿Y por qué hay deforestación?

Todo depende de semillas, todo depende de semillas, un árbol, ¿de dónde viene un árbol? Cualquier plantita, hasta la más pequeña, todo viene de semillas, realmente es preocupante, y lo pone a uno pensativo, ¿qué va a pasar con nosotros, si esto sigue así?

(...) Cuando uno empieza a proteger un bosque, uno se pone a ver cómo hay especies ahí, que de repente de ese bosque viene el agua que pasa por la parcela, que si la estás contaminando, que si hacen estudios de biodiversidad y se sabe lo de los pajaritos, que de repente pasó uno por un piñal y encuentra un pajarito muerto, porque tiraron algún atomizo ahí y el pajarito vino y se comió un insecto y ahí quedó, cómo hay menos sapos, cómo hay menos cusucos, (...) y entonces uno empieza a hacer conciencia que todo eso lo estamos ocasionando nosotros” (Mónica, 44 años).

“Porque los empresarios están arrasando con todo. Ahora se metieron con unos mantos acuíferos, el agua está contaminada y todo, y quiénes son los responsables, los agricultores, porque venden sus áreas” (Venancia, 86 años).

- ***El mercado como lugar de dominación y no de encuentro e intercambio***

El mercado se entiende como el necesario cierre del ciclo productivo, el que permite la generación de ingresos económicos y compartir los frutos del propio trabajo con la comunidad, aunque al mismo tiempo se tiene conciencia de que cada vez más es un espacio ajeno que difícilmente reconoce los costos de producción o la inversión en cuidado del ambiente y la salud, un espacio sobre el que se tiene poco control y al que no se sabe cómo acercarse:

“Debemos terminar el ciclo, sencillamente debemos terminar el ciclo, y yo lo digo, el ciclo se termina con la comercialización.

(...) Yo no digo que falte mercado, no es falta de mercado. (...) Yo el principal problema que veo, lo veo en el mismo agricultor, que no se decide. Ahora, hay una gran contraparte que está en contra de eso, que quiere mantenerlo ahí, y hay un miedo terrible. Ahora cada vez más nos vamos acercando, pero para mí es problema del mismo agricultor, porque hay ejemplos, hay capacidades” (Feliciano, 66 años).

“Uno ignora esas cosas (manejo de precios por parte de empacadoras), las conoce pero las ignora, se da cuenta, pero las ignora ” (Carlos, 48 años).

“Claro que yo estoy en esto porque me gusta, porque yo no vivo de esto (tiene una pensión), si tuviera que vivir de esto a la larga no saldría adelante,.

(...) Vea, la agricultura orgánica, bueno, primero es una belleza, pero es muy cara producirla. Para mí producirla y después a la hora de vender productos orgánicos tienen que ser muy caros, que en la realidad no son caros” (Camilo, 63 años).

“Ahora hay más necesidad económica, la sociedad lo consume, entonces que no sólo plátano, que yuca, para comer y al mismo tiempo vender, entonces uno tiene que organizarse (...) en la finca y uno como persona”

(...) (Con la crisis alimentaria) ya comienzan los problemas con el maíz, que es uno de los granos básicos, el arroz, hortalizas que están acaparando y la comercializan. Entonces uno dice: ¿qué? La mejor forma es tenerlas uno, por lo menos para comer. Esa es nuestra idea con las semillas y vivir en un pedacito de tierra como este” (Francisco, 39 años).

“Se está poniendo todo tan caro que uno no puede vender barato, y (las personas consumidoras) tienen el concepto de que la feria es para vender barato.

(...) Nosotros vamos a la feria y tenemos que competir con los precios de los demás, y la gente todavía no tiene el conocimiento, esa conciencia de que nosotros con lo que tenemos, estamos todavía recuperando la tierra” (Nidia, 44 años).

Se tiene claro que las dificultades de mercado no son casuales, sino que se originan en relaciones de poder desiguales expresadas en las diferentes etapas del ciclo productivo. En este caso, en el intercambio comercial de productos:

“Sabe por qué casi no vendemos, porque por lo menos las naranjas se dan en una cantidad. Pero yo le voy a decir por qué casi no se vende. Porque aquí vienen los intermediarios y nos dicen que las compren, pero tal vez uno por echarse un cinco a la bolsa, pero el otro viene y la compra barata y luego va a venderla más cara a otro pobre que tiene que sacar, entonces nosotros preferimos regalarlas.

A veces las cosechas de caimito se pierden. Este año vino un carajo a querer comprarme los caimitos, yo le dije: ¿a cómo me los paga? ¡Ah no! Es que se te va a perder. Prefiero que se pierdan, además de que los animales se lo comen, preferimos mejor eso. No es que no quiera uno ayudar, sino que el intermediario es muy concho.

Aquí le compran a uno los plátanos a ¢20 y vaya usted a San José y vea cuánto le cobran, entonces no están haciendo nada, están explotando a la otra gente y lo están explotando a uno” (Jorge, 69 años).

“Wal-Mart está lanzando una propuesta de financiamiento a los agricultores, es increíble la forma en la que lo están haciendo, ¿y para qué?, para llenar sus supermercados” (Francisco, 39 años).

“Siempre a uno lo que lo ha incentivado a buscar algo así diferente es los malos precios con la piña, y ver que tantos productores que... que cuando hay mucha cosecha de piña a las empacadoras simplemente no les interesa, con lo más mínimo te devuelven la piña, porque no les interesa, y en realidad la piña viene buena, y a veces ve uno un camión que entra, ¡pobre agricultor! Todo eso de vuelta” (Mónica, 44 años).

“Ellos (de la empacadora) de la noche a la mañana se ganan lo que a uno le cuesta. Y sigue uno pobremente ahí trabajando. Es necesario que se le pague un precio justo al agricultor” (Carlos, 48 años).

● **La institucionalidad pública tomada por intereses ajenos**

En este difícil contexto, se manifiesta que los distintos gobiernos no han apoyado la agricultura campesina. Al contrario, se han prestado para ir introduciendo intereses externos en los sistemas productivos, por lo cual hay poca confianza en la institucionalidad pública.

Las personas campesinas perciben que desde lo público no se promueve la agricultura orgánica agroecológica y difícilmente se respalda a quienes la practican.

Hay enormes dificultades para acceso al crédito, pocas opciones de capacitación o asistencia técnica, y en general el aparato público se ha puesto al servicio de necesidades que no son las de familias agricultoras, con lo cual se propicia más bien un abandono del sector :

“No hay políticas de gobierno para ayudar a la agricultura. Ustedes saben más que yo, que ahora los gobiernos lo que le interesa son los complejos turísticos de las costas, el turismo, el narco-turismo. Eso es lo que les interesa. Tanto dinero da eso...” (Camilo, 63 años).

“A través de los años a los agricultores se les van cerrando los espacios, no hay ayuda

del gobierno para que los agricultores pueden ir saliendo o que... yo siempre he pensado que la cantidad de agricultores que hay en Costa Rica pudiéramos, si nos ayudara el gobierno, pudiéramos sacar adelante este país, pero así como vamos, cada vez estamos desapareciendo, poquito a poco vamos desapareciendo. Antes habían chiquitos, medianos y grandes, ahora hay más medianos y más grandes que los chiquitos. Chiquititos, ya prácticamente hay mucha gente que se ha dedicado a otra cosa que no es cultivar la tierra” (Dora, 47 años).

“A mí me duele mucho encontrar, cuando va a venir un diputado o esos, no todos, pero es escogido el que es en realidad... hay algunos que a mí no me la hacen. (...) Ya estos golpes los vengo llevando desde hace muchos años.

(...) Mi papá decía: ¡qué desgracia, este bendito gobierno! Lo peor del caso es que como los gringos fueron los que nos mandaron eso y nosotros les mandamos para allá el maíz y los frijoles...” (Venancia, 86 años).

“Le voy a decir una cosa, en este lugar hay una piñera, (...) y hay una explotación humana que no es jugando. Ahí trabajan hasta la una o dos de la mañana en la planta y no es que ganan más por trabajar de noche, y el que no acepta va para afuera. Hace poco hubo un asunto, no se sabe si es cierto, que tenían un montón de nicas ahí metidos y cuando iban a cumplir los tres meses ellos mismos llamaron a Migración para que se los llevaran sin liquidarlos. Entonces nos ponemos a ver, nos dijeron que tienen los días contados. Usted vio la noticia de que en (esta zona) ya los van a sacar, este (su esposo) dicen que no pueden, pues sí pueden, aquí vivimos como en el Oeste, todo el mundo hace cosas y nadie es culpable. Lo que a uno le queda es sembrar o tener para sobrevivir” (Nidia, 44 años).

“Aquí la única institución, por decir así, que me ha ayudado con algo es (la organización), que yo les agradezco, que nos ha ayudado de veras, pero otras instituciones... Hay una institución que hasta pagan cantidades de dinero en publicidad por la radio más que todo, y una vez quise ocuparla, hasta llamé y no, no se puede, esa gente yo no sé para que están mintiendo” (Camilo, 63 años).

- **La agricultura de los agrovenenos como negación de la cultura campesina**

Probablemente el principal hito y amenaza que se percibe para la agricultura campesina, impulsado incluso desde los sistemas públicos, es la imposición de la revolución verde y sus procesos de homogeneización de prácticas y cultivos, asociados al uso intensivo de agrovenenos.

A través de la revolución verde muchos agricultores y agricultoras empezaron a perder sus conocimientos y recursos, por lo tanto, el control sobre sus sistemas productivos:

“Yo tengo mucho miedo que si usted no riega veneno por bien, se lo rieguen por mal. Yo he creído eso, por eso es que he sembrado mucho árbol, porque el 100% de los árboles... algunos se van perdiendo, pero dele gracias a Dios que es ese árbol y que no es usted. Sí, ellos absorben todo, si ellos tienen vida. (...) Entonces yo me pongo a pensar que el químico le ha enseñado a la gente que sembremos hoy y mañana cojamos, aunque nos estemos matando” (Venancia, 86 años).

“Yo veo ahora como siembran pepino, por ejemplo, yo veo que lo siembran en línea recta, que le ponen unas cañas y lo amarran. Nosotros en la escuela no, yo me acuerdo que agarrábamos una semillita, la poníamos en la tierra, le poníamos unas ramas y ya, unas ramas y las matas de pepinos se subían en las ramas y eran montones de pepinos que echaban. Yo me quedé viendo y dije qué es esta barbaridad, qué es tanta cosa, yo pienso que como la gente está ahora acostumbrada a los químicos, entonces la gente llega y hace esas cosas así para poder echar el veneno, eso es lo que siento, eso es lo que me parece” (Guadalupe, 59 años).

La revolución verde representa también el inicio del control de la agricultura por medios tecnológicos, a través de la introducción de semillas híbridas supuestamente más resistentes y productivas y, por lo tanto, más adaptadas a la agricultura industrial orientada al mercado. Sin embargo, estas semillas deben comprarse en cada ciclo para que conserven sus características, y requieren la aplicación de paquetes químicos para funcionar, por lo cual no responden a las necesidades y condiciones de la agricultura campesina:

“Pareciera que la tecnología se queda corta a la idea de que es para ayudar, ahora recuerde que eso debe ser una gran intensión, entonces uno duda de eso” (Francisco, 39 años).

“Ahí tienen ustedes la muestra, pueden producir la piña perfectamente, ahora que hay que acomodarse, hay que acomodarse... Imagínese que la piña cada diez años cambian la semilla. ¿Cuál es el negocio de la piña? Es la semilla. ¿Pero cuál es el cuento? Que ahí está el negocio, (...) Pero para mí estas cosas no están bien hechas. (...) Ahora ponen una mata de frijol a producir una cantidad de frijoles, pero si usted lleva a un laboratorio ese frijol y coge un frijol criollo, la capacidad de nutrientes que tienen no es igual, y una de las explicaciones que yo tengo y todavía no me la han podido contradecir es, han hecho semillas, bueno, capaces de manejarlas de toda forma, para que crezcan rápido, para que se hagan grandes, para que produzcan cantidad, pero no han podido que esas semillas tengan la misma cantidad de nutrientes que tienen las tradicionales, y una de las cosas es que han alterado el sistema de cada semilla de esas, de la forma de desarrollarse, no le dan el tiempo necesario para que tengan la madurez necesaria esa semilla. Muchos caracteres de los que esa semilla podría tener no los tiene por la falta de tiempo, lo han alterado el sistema reproductivo, entonces para nosotros no funciona.

Puede ser una papa así grandísima, pero no se compara con la otra. La llevan a un laboratorio a ver cuál da más nutrientes, se puede sentir lleno, pero nada más lleno, nutrido no. (...) Eso es otro de los peligros que hay: están preocupados por ver volumen, pero no por la calidad” (Feliciano, 66 años).

“Papá dejaba las matas que echaran semillas. Por eso ahora a mí me llama muchísimo la atención cuando los agricultores decían que las plantas no echan semillas aquí, las hortalizas, porque un día de estos yo hablaba con mamá y le decía: verdad que las lechugas echaban semillas y el culantro echaba semillas, me dice mamá: sí, yo me acuerdo, y ahora los agricultores dicen que no echan semillas” (Guadalupe, 59 años).

“Resulta que tampoco el maíz mejorado es el mejor, porque usted tiene que invertir no sé cuánto, te venden todo el paquete, si no llevas esto mejor ni siquiera lleve las semillas, no las llevés porque vas a fracasar. (...) Las semillas (híbridas) es un tema que ahí está el abastecedor y compremos, no importa las consecuencias que tengamos, de qué origen vienen, si vienen contaminadas” (Francisco, 39 años).

“¿Cuál es el mejoramiento que ahí viene en donde hay que empujar el montón de

abono, el montón de agroquímicos? Entonces están haciendo doble negocio con el pequeño y mediano productor” (Marvin, 46 años).

Desde la agricultura orgánica agroecológica, la revolución verde se entiende como una transformación intencional de los sistemas de producción, que empieza a trasladar el control de la agricultura y las semillas de las manos campesinas a los espacios corporativos, y tiene graves efectos ambientales y culturales:

“Cuando nació la maldita, la famosa revolución verde, verdad, que no fue otra cosa que nada más que alguien descubrió que esto podía dar dinero, entonces lo único que interesaba era producir dinero, fuera como fuera, entonces cuando ya nacieron ese montón de químicos, agrotóxicos para el suelo, entonces fueron matando la tierra, matando los microorganismos, dejando la tierra totalmente estéril. Se utilizaron técnicas de trabajo no recomendadas” (Camilo, 63 años).

“Yo estoy rescatando maíz criollo, recuerde que ahí hubo todo un espionaje que se montó en los setentas, setentas sí, que nos quitaron, bueno dijeron que el ferrocarril no servía y que las semillas de maíz no servían y todo eso. (...) Es donde yo pienso que hubo espionaje y no sólo nos vendieron semillas contaminadas hace 30 ó 40 años, no sólo nos vendieron semillas, sino que había toda una intensión, ahí hubo espionaje y la intensión de contaminarnos los suelos. (...)

Yo siempre he pensando que con esto hay que tener cuidado, porque tal vez no se dice en el momento oportuno o en el lugar adecuado, pero yo pienso así, que eso pasó con los suelos, los contaminaron” (Francisco, 39 años).

“Tenemos un amigo que a él le encanta llevarse semillas, pero él le echa químicos y él dice que no deja de usar químicos hasta que los dejen de vender, entonces es una mentalidad muy propia de (la corporación transnacional), y la mayoría de la gente trabaja con (la transnacional) y usted ve los potreros pelados, todas las fincas peladas, siembran en lo pelado que tienen, pero no tienen un solo árbol en donde un animal se arrime” (Guadalupe, 59 años).

“Mire, si yo las llevo a ver la caña criolla, la caña que cuando yo me criaba, esa caña desapareció, porque llegaron otras variedades. (...) Hay una cepa de esa caña, dan gusto los cañales, entonces cuál es la cosa, pregunto cuál es el problema, son los

intereses de las grandes compañías de sacarlo a uno de donde está. Sin embargo ahí está esa caña, yo la vi y la conocí desde chiquitito. Por eso es que a mí me dicen que mejoran semillas y no es cierto, no las mejoran, no mejoran” (Feliciano, 66 años).

El impacto de esa agricultura con agrovenenos no se expresa solamente en las prácticas productivas, sino que ataca al corazón mismo de la agricultura orgánica agroecológica y las semillas como reproducción de vida y de alimentos, desconociendo y desvalorizando los saberes y ritmos ancestrales:

“En el momento en el que el hombre empezó a ignorar lo micro, empezó a ignorar muchísimas partes esenciales que necesita esa semilla para poder germinar y para poder ser nueva vida. (...) Dijo: hagamos una prueba, traigamos madera de un árbol que creció natural en un bosque y traigamos madera de un árbol replantado, y los llevaron a la chimenea de su casa y los pusieron a quemar al mismo tiempo, el árbol replantado, el tronco del árbol dio casi tres horas menos de fuego que el que fue cortado en su ambiente y su crecimiento fue natural, y así hizo él ver a esas personas que ahí se encontraba la energía. Entonces decía, lo mismo pasa con los alimentos. Nos podemos comer un tomate y se va a ver igual y se va a oler igual y la planta no vas a ver una diferencia en ella a una que nace artificialmente, pero sí lo vamos a sentir en la energía que nos va a dar ese planta, ese vegetal.

(...) Cómo cuesta hoy en día en Latinoamérica producir tomate, es una de las familias en las cuales se usan más agroquímicos y climas controlados, invernaderos, para poderlos producir, porque no están usando semillas criollas adaptadas al clima. Son semillas que fueron adaptadas a Europa y que después regresó esa especie de semilla a Latinoamérica, y se nos vendió la idea de que teníamos que sembrar ese tipo de tomate. Eso nos ocasionó un montón de problemas a nivel productivo y nos sigue ocasionando problemas” (Ernesto, 26 años).

- **Homogeneización de la cultura alimentaria**

La producción de alimentos es un fin esencial de la agricultura. Por lo tanto, los cambios en la cultura alimentaria tienen un impacto directo en las formas de producción, que ya no responden necesariamente a las necesidades alimenticias tradicionales de las comunidades, sino a los mercados internacionales controlados por las corporaciones.

Hay una relación de poder que se expresa en la alimentación:

“A veces nos ponemos a conversar y decimos qué frutas se comían antes, y empezamos a hacer un recuento y ya nuestros nietos, por lo menos los míos, ya no las conocen, yo las comí, ello no, todavía mis hijas comieron algo. (...) Vea por ejemplo el guapinol, por ahí tenemos uno, un guapinol y yo he preguntado por aquí en dónde hay guapinol y no hay, y antes había guapinol por todo lado, los chiquillos comían guapinol.

(...) El chigüilote es como una uva, es una fruta del monte, un árbol grande, pero es alaste, usted se lo come y la mamá se lo daba a uno para el estómago... Vea ahora el achiote en grano, casi nadie usa el achiote en grano y es otra cosa. Yo les cuento a ellos que mi mamá remojaba el achiote y todos los días en ayunas nos daba una cucharada de achiote. Todos los güilas, éramos seis güilas y hacíamos una fila y vengan todos por la cucharada de achiote. Si había paludismos, nos daban achiote, y ahora vea, la gente no usa el achiote, hay montones de semillas que se nos han perdido. La castaña, aquí antes había, ahora no hay, y eso es riquísimo y es un gran alimento... el ojoche que fue alimento de nuestras abuelas...” (Sofía, 50 años).

“Señoras que no te comen una hoja de chicasquil, que no te comen una hoja de chaya, que no te comen una hoja de mostaza, y son personas de zonas rurales, de bajos recursos, que son las que necesitan consumir ese tipo de hojas. Entonces es evidente el control dentro de los mercados para hacernos hasta cierto punto dependientes y hasta adictos a ciertos productos.

(...) Un caso similar fue el asunto de la chicha, de los fermentos, que no son otra cosa más que aminoácidos, y los aminoácidos van a producir proteínas en el cuerpo, entonces era mentira que los indígenas acá eran desnutridos o tenían problemas alimenticios, porque esa simple bebida cultural representaba también toda una fuente nutricional para los niños y para los viejos. Entonces después nos cambian eso por un licor destilado y, claro, no sólo nos volvemos desnutridos, sino que nos volvemos alcohólicos al mismo tiempo. Entonces esa es una forma de tener un pueblo dominado tanto por el alcohol como por la desnutrición. Entonces vemos que el tema de los alimentos es más que un asunto reproductivo. (...) Eso está vinculado también a la dependencia.

Una de las cosas más tristes que he podido ver en las zonas rurales es que se perdió la costumbre de la finca familiar, donde efectivamente se sembraba la mayor parte de la tierra para un mercado interno en ese momento, pero que al mismo tiempo el señor en sus ratos libres, la señora o cualquier otro, iban sembrando productos para consumo del hogar. Tenían ahí sus hojitas, su chayoterita, etcétera, entonces sí, el campesino llevaba el producto al mercado interno para poder tener un ingreso económico, pero su hogar estaba sustentado por la misma producción agrícola. Actualmente, no, actualmente vemos que los chayoteros acá que lo único que tienen sembrado son chayotes, entonces es hasta casi absurdo el proceso. Van y venden los chayotes los fines de semana y con ese dinero van y compran zanahorias, repollos y un montón de productos que podrían tener hasta en 50 metros cuadrados que dedicaran en su parcelita, no sólo pagando altos precios, sino que producidos químicamente y dependiendo de ese monocultivo.

(...) Por lo que pueda llamarse productividad, o que por el tema de la exportación, nos han ido llevando a semillas manipuladas y controladas en su sistema de producción por grandes compañías y creo que ese es el punto clave de todo esto: si controlan las semillas, controlan la producción de alimentos, si controlan la producción de alimentos, controlan a la humanidad” (Ernesto, 26 años).

Es enormemente amenazante entonces el empobrecimiento de la diversidad alimentaria de los pueblos, reflejado también en la pérdida de tradiciones y rituales vinculados con la alimentación y las cosechas.

Se tiene claro que estos cambios han ido modificando los sistemas productivos en una dirección opuesta a la armonía que busca la agricultura orgánica agroecológica:

“Nos encontramos que todas las culturas tienen sus rituales y sus fiestas a diferentes épocas y cultivos, porque si era época de papa, se sabía que era la época de comer papa, y de ahí nace toda la variedad y la biodiversidad gastronómica del mundo. Entonces habían festivales para la papa, habían diferentes alimentos y diferentes tipos de cocinar y comer esa papa, y después venía la época del tomate, y después venía la época de la mostaza.

(...) Nosotros rompimos eso por un egocentrismo, porque queremos comer de todo en

todo momento, y eso nos llevó a tener que arbitrariamente sembrar cuando se nos antoja el producto, para tener siempre tomate para la ensalada, para tener papas todas las semanas. Efectivamente hay un proceso, primero, de reivindicar la semilla y, segundo, de regresar nosotros a nuestras tradiciones alimenticias y es donde se ve un gran desequilibrio y una manipulación de la alimentación para el control de las sociedades. (...) Entonces en un lapso de 500 años ya podemos decir que nuestro plato típico se basa en el arroz y los frijoles, cuando en realidad lo que éramos nosotros éramos recolectores y principalmente de tubérculos, que teníamos gran variedad” (Ernesto, 26 años).

“Con la comida igual. Ahora con las comidas rápidas, ya totalmente preestablecidas, precocidas, predefinidas, ya no hay necesidad de ese proceso de conjunción de los elementos de la tierra, con los del aire, con los del agua, y toda la ceremonia de preparación de los alimentos y de compartir los alimentos, ahora no, ahora es tragar y corra. Como llegamos en fila a una gasolinera, meten la manguera le ponen gasolina y jale, ese es el almuerzo ahora, mete, traga y corra. Eso se nota en la salud, se nota en la felicidad, en las relaciones tan malas socialmente, eso es un producto del capital, una sociedad deshumanizada en donde esa relación de semilla, semilla femenina, casi la estamos perdiendo, casi la estamos olvidando” (Santiago, 54 años).

- ***El control corporativo de la agricultura desde la tecnología y la legalidad***

Las personas participantes en este estudio tienen muy clara la existencia de procesos de concentración y relaciones de dominación en la agricultura y la alimentación.

Se entiende que el control tecnológico que se inició con las semillas híbridas asociadas a ciertos paquetes químicos, en el marco de la revolución verde, se ha seguido profundizando con las semillas manipuladas genéticamente a través de la ingeniería, productos transgénicos que representan una gran amenaza para la agricultura orgánica agroecológica, para los equilibrios naturales y la concepción de la semilla como un ser vivo que debe atenderse con respeto:

“Para mí eso (las semillas transgénicas) fue el descaró ya, eso fue el descaró, de la semillas, el poder económico, simplemente nosotros queremos hacer esto con esto y se hizo. Si uno le dice a otro que quiere jugar con la genética humana...” (Francisco, 39 años).

“Por el tema de la exportación, nos han ido llevando a semillas manipuladas y controladas en su sistema de producción por grandes compañías” (Ernesto, 26 años).
“La amenaza que vemos que tenemos con las semillas, de saber que con los transgénicos, si esos transgénicos siguen llegando a nuestro país... tenemos miedo de perderlas, tenemos miedo que se nos contaminen, tenemos miedo de... ya, porque no habíamos visto que teníamos esa amenaza encima, y hay mucha gente que todavía no lo sabe, hay mucha gente que son productores, son agricultores, y talvez están trabajando ahí, trabajando eso y todavía no tienen esa conciencia de que tenemos un gran enemigo encima. (...) Uno ve, como ha ido a otros países, uno ve, va a otros países y no ve los bosques, porque los transgénicos vienen amenazando todo, no solo los granos básicos sino toda la biodiversidad de los bosques. Entonces realmente se le ponen a uno los pelos de punta, y dice uno: ¿hasta dónde iremos a llegar?” (Mónica, 44 años).

Las corporaciones agroalimentarias paulatinamente han ido desarrollando nuevos mecanismos, desde en la legislación, que consolidan el control de los procesos productivos y la tecnología.

Existen ahora contratos y regulaciones legales sobre las formas de manejo de semillas, y mecanismos de propiedad intelectual que procuran garantizar el control sobre semillas, genes y procedimientos tecnológicos, tal como expresa la experta consultada:

“La propiedad intelectual ha llegado a ser uno de los instrumentos preferidos de control de la tecnología, porque ellos entonces, al tenerlo como propiedad, en donde tú puedes hacer lo que quieras con tu papelito que te hace dueño de tal o cual tecnología, o de tal o cual producto, entonces simplemente lo puedes guardar, vender, destrozar, hipotecar, cualquier cosa... es propiedad y es en toda la extensión de la palabra, en todo lo que significa tener propiedad sobre algo.

(...) La propiedad intelectual para mí corona toda esta cuestión de la renta tecnológica.
(...) En el precio de la semilla una gran cantidad es la renta tecnológica” (Rodríguez, 2008).

De esta forma, además del uso de agrotóxicos y la agricultura industrializada, la presión por el cambio cultural y alimentario, las dificultades de mercado o el control desde las tecnologías

de producción, las familias campesinas enfrentan hoy también nuevas amenazas, ahora desde la legalidad, para conservar y reproducir sus prácticas históricas en el manejo agroecológico de las semillas.

La propiedad intelectual y la regulación legal de las semillas se entienden como herramientas de poder a favor de las corporaciones, y contrarias a los intereses y necesidades de la agricultura campesina:

“Eso (propiedad intelectual) va a ser una catástrofe a nivel mundial, es algo que deberíamos cuidar, que no importa que hagan lo que ellos quieran hacer, pero que nos dejen a nosotros. No importa, allá ellos, porque con los híbridos hicieron eso, sin embargo nosotros, muchos hemos conservado las semillas y no nos pueden todavía revolver” (Feliciano, 66 años).

“Es el tema de la papa Linda, que es un tipo de papa que se adaptó muy bien a Suiza y Alemania, y que aproximadamente hace dos años se sacó de la lista de usos de las semillas de la Unión Europea, y es una papa que está vinculada específicamente a un plano cultural en estos dos países, porque ellos en una época del año utilizan esta papa para dos comidas muy tradicionales, y resulta que ya no puede ser producida y la gente sale a buscar esta papa no porque sea muy productiva o no porque sea muy grande, sino porque está vinculada a procesos culturales y sociales de sus países, y ahora hay una gran lucha de los campesinos productores de la papa Linda para que se les dé la oportunidad de llevar esta papa al mercado. Porque la legislación europea dice que sí, que usted puede seguir produciendo esta papa, pero no puede ni venderla, ni distribuirla, ni reproducirla, entonces la gente no tiene acceso a esa papa. Ahí empieza toda una lucha en contra del tema de la legislación de semillas” (Ernesto, 26 años),

“Ahora con UPOV, que se revive lo que es patentar las especies vegetales que incluye a las semillas, lo primero que hacen es darle trámite o cabida a lo que es la Ley de Semillas. Entonces en la Ley de Semillas lo que se establece es patentizar las semillas, que cada... Desde luego que al patentizar las semillas las que vienen son las grandes transnacionales, porque uno diría, bueno al menos yo diría, si entra esa ley, uno haría el esfuerzo de patentizar una semilla de uno, por ejemplo en el caso mío el maíz amarillo. Pero cómo haría uno eso, si eso es carísimo, verdad, por lo mismo sólo

las transnacionales pueden hacerlo. Entonces quiere decir que vienen las transnacionales, las mismas que venden los agrotóxicos, son los mismos que se adueñarán de las semillas” (Camilo, 63 años).

La sola idea de que una semilla, que se entiende como un ser vivo, pueda considerarse una mercancía privada, amenaza ya de por sí la cosmovisión orgánica agroecológica.

Las personas campesinas agroecológicas tienen claro este mecanismo de dominación:

“Entonces el ponerle una patente ya no sería esa libertad que tenemos de poder alguien que venga y tome llévese esto, coséchelas, manténgalas, ya no sería lo mismo, además de que existe la amenaza que si no tienes esa patente, pues podés ir a la cárcel y no sé qué otras cosas más.

(...) Esto de patentizar, la gente por falta de información la gente no sabe lo importante que es cuando le lleguen y le digan: usted no puede sembrar esto, usted no puede sembrar esto... El día que nos digan a nosotros que no podemos sembrar esto o que nosotros les digamos a nuestros hijos o nuestro nietos..., ¿va a llegar el día en que les digan a ustedes qué pueden sembrar y qué no?” (Dora, 47 años).

“Sería una tragedia, sería el acabose de la vida, en el momento en que las semillas sean patentizadas y pase esa ley de UPOV. Yo creo que perdemos, vamos perdiendo nuestras semillas y vamos a llegar a ser dependientes de los demás, porque al no tener semillas no vamos a poder nosotros producir lo que consumimos, y al no poder producir lo que consumimos se acaba todo, se nos acaba la vida, y si vamos a llegar a depender de esas semillas que están manipuladas, alteradas, ¿qué va a pasar? Dependencia, va a haber pobreza, hambre, desnutrición, bueno, no quiero ni imaginarme... se nos acaba la vida” (Sofía, 50 años).

“Si eso (UPOV) lo aprobaran, nos están matando en vida, la semilla criolla, que ha sido por siglos, por siglos, porque no fue ayer que nació la semilla criolla. Si nos ponemos a hacer un estudio exhaustivo de cómo las semillas tienen siglos de haber nacido, que ahora vengan a contaminarlas con otras clases de procesamiento, eso no es semilla, la semilla ha sido de toda la vida. Lo más natural es la semilla. Si dejamos que se pierdan, nos están matando” (Jorge, 69 años).

Las restricciones y características propias de la propiedad intelectual atentan no solamente

contra el compartir e intercambiar semillas, sino también contra las prácticas tradicionales de experimentar, mejorarlas y manejarlas libremente, y contra la diversidad propia de la agricultura orgánica, lo cual se sintetiza también desde el conocimiento académico:

“Eso de homogeneidad y estabilidad que te exige UPOV va exactamente en contra de la agricultura campesina, que estás produciendo semillas para responder a tus ecosistemas, que eso te lleva al terminar a que se acabe la biodiversidad, porque (las semillas con propiedad intelectual) son estables y homogéneas, entonces esas que van a tener propiedad intelectual que algunas empresas hacen lo imposible para imponerlas en el mercado. Entonces esas son las únicas que van a primar en un determinado mercado y a eliminar las de los campesinos. Entonces la producción campesina no reúne los requisitos que exige UPOV. Le pueden poner nombre, eso sí, porque le han puesto, pero la otra parte de homogeneidad y estabilidad no la reúnen los campesinos, y van en contra de la actividad agrícola campesina” (Rodríguez, 2008).

Se resienten el control tecnológico, la propiedad intelectual y los tratados de libre comercio como parte del proceso de imposición violenta de un modelo de desarrollo contradictorio con la forma de vida orgánica agroecológica:

“Cómo va a ser posible que otro desagraciado que no es ni de aquí va a venir a robarme mis semillas, que mi abuelito las cultivaba, que mi papá las cultivaba y cómo me van a decir a mí que otro que no le ha costado nada, que no tiene ningún derecho a quitarme mis semillas.

(...) (Pidiendo firmas contra UPOV-91) incluso llegué donde otro agricultor y me dijo que no, que él había votado a favor del TLC y que no iba a hacer nada en contra de lo que ya voté, no me voy a retractar, porque si voté el TLC era para que se cumpliera todo. (...) Yo le dije: señor, tómese su tiempo, porque si usted se queda sin semillas no va a poder trabajar. Lo que me duele es que usted, siendo pobre, haya firmado a favor de un montón de transnacionales que van a venir a llevárselo todo” (Guadalupe, 59 años).

“El que tiene las semillas va a ser el dueño de todo, si usted no tiene semillas no tiene nada. (...) Lo hemos visto que es una realidad, es una realidad, que usted sin

semillas... ¿Qué vamos a hacer, qué vamos a comer si no hay semillas?” (Hugo, 47 años).

“Me preocupa mucho, muchísimo, siento que todavía no tenemos la conciencia realmente de todo lo que va a caer, de todo lo que nos va a perjudicar, y uno como que a veces como que siente un poquillo de susto. (...) Uno no está acostumbrado a eso, cómo va a ser que la semilla va a estar patentizada, cómo va a ser, no concibe uno vivir uno de esa forma. Es casi como enjaularte, como estar amarrado de pies y manos, ya no va a ser lo mismo si eso sucediera así, y pensar uno en el futuro y en la descendencia de uno, verdad, porque venimos de agricultores, y uno de alguna manera trata de que ese conocimiento que uno tiene y eso que uno ha hecho le quede también a los hijos, que ellos sigan con eso, y dice, bueno, qué va a ser a futuro de eso, de ellos, de la misma humanidad...

(...) Es que la globalización viene de todas esas políticas que alguien inventó y que nos está llevando pa' todos lados con los tratados de libre comercio. No, porque de alguna manera quieren dominarnos, y eso casi siempre viene con los tratados de libre comercio, eso lo estamos viendo, con ese tratado tan ingrato. ¿Quiénes fueron a negociar esos tratados? ¿Quién nos preguntó si nosotros queremos ser parte? Y alguien que no sabe dónde vivimos, que no sabe cómo vivimos. (...) No ve esas luchas, y no es de ahorita esas luchas, y antes que nosotros hubieron otros que lucharon también, y venir a tomar esas decisiones sobre cosas que nos afectan a nosotros, no es justo” (Mónica, 44 años).

Las campesinas y los campesinos y agroecológicos expresan claramente en su discurso las principales amenazas que perciben para su identidad, su forma de vida y de relación con las semillas y la agricultura: el mercado como un lugar de poder y no de encuentro e intercambio, el desequilibrio ambiental que altera los efectos del clima sobre la agricultura, el poder público como espacio tomado por intereses ajenos, la agricultura de los agrovenenos como negación de la cultura campesina, la homogeneización alimentaria y cultural promovida desde la globalización neoliberal, y el control corporativo de la vida y la alimentación desde la tecnología y la legalidad.

vii. Alternativas de resistencia para la protección de las semillas y la agroecología

La principal alternativa y forma de resistencia que proponen las personas campesinas agroecológicas que trabajan con semillas, frente a todas estas amenazas, es su propia práctica cotidiana, la reproducción y crecimiento de la agricultura orgánica agroecológica, de la cosmovisión y forma de relación con la naturaleza y la sociedad que ésta implica: “sí valemos la pena los que sembramos orgánico. Sembramos una semilla para una nueva humanidad” (Venancia, 86 años).

Al consultar a una de las personas expertas participantes en este estudio sobre las posibles alternativas ante las amenazas que enfrentan las semillas campesinas, indicó que cualquier alternativa tenía que venir de un profundo convencimiento desde la experiencia diaria de las agricultoras y agricultores que trabajan con semillas:

“A lo mejor a veces no sé si en los seminarios y esto, si para ellos es demasiado, si para ellos es un bombardeo tan fuerte que no sé qué tanto... (...) De repente es tan traumático que de repente lo único que hace es decir no, una negación. (...) Pero esto que he recogido de la gente campesina, ahí si no es que lo entiendan a uno, es que lo viven” (Rodríguez, 2008).

Efectivamente, la conciencia compartida de agricultoras y agricultores orgánicos sobre las amenazas que hoy enfrentan la agricultura, las semillas y la alimentación, tiene que ver con el manejo de información a veces abrumadora, pero sobre todo con una práctica diaria que es parte de su misma identidad, y que por lo tanto se defiende y se sostiene como apuesta de sobrevivencia individual, colectiva y global.

La alternativa por excelencia es, entonces, seguir practicando y multiplicando la agricultura orgánica agroecológica, seguir recuperando, mejorando y compartiendo libremente semillas y conocimientos, seguir resistiendo:

“Pienso que el mismo amor por las semillas nos llevará a la resistencia, a eso se ha llegado en otros países, una resistencia a no querer claudicar, o sea, seguir teniendo estas semillas aunque sea en forma clandestina, eso se llama resistencia” (Camilo, 63 años).

“Ahora que se pone uno a pensar con esto del TLC, qué significan las semillas, que decíamos libremente, que podamos traerlas, llevarlas, cosecharlas, comerlas, y

disfrutar de ellas, yo siempre digo que lo más bonito para mí es saber que puedo cultivar la tierra, puedo sembrar mis semillas, puedo cosecharlas, puedo comerlas, y puedo compartirlas con la gente. Esa es una de las cosas que a mí me hace sentir bien” (Dora, 47 años).

“Entonces yo la tengo ahí y la estoy reproduciendo, si me dejan, verdad. (...) A mí me está sirviendo, estoy comiendo tortillas, estoy comiendo tamales, todo lo que se pueda hacer con el maíz, y se vende, por qué decir que no funciona” (Francisco, 39 años).

“Porque si vamos a estar trayendo semillas contaminadas para tener aquí o para ofrecerle a los demás, no estaríamos ofreciendo semilla limpia. Entonces la idea es tener la semilla, sembrarla y cada día se va haciendo más purificada, siento que llega a ser cien por ciento limpia. De ahí la idea también que tenemos es dedicarnos casi sólo a esto, ver cómo hacemos porque hay mucho camino que recorrer, pero la idea es tener la semilla, y poder venderle a quien la ocupe, pero para eso tenemos que planificar mucho el objetivo que tenemos, porque hay que guardar, verdad, uno tiene técnicas para guardar, pero tiene que ver otros sistemas. (...) La idea es conservar la semilla que más resistencia tenga en la zona, eso es la clave. (...) La idea es poder producir y seguir manteniendo esa semilla.

(...) El objetivo principal de todo lo que le dijimos es volver no hacia atrás, sino a rescatar principios, ese es el objetivo en el que nosotros creemos, porque si tenemos un rescate de principios vamos a tener con las semillas una seguridad de que vamos a tener qué comer, porque al haber semilla y variedad de cosas, si una falla, la otra está presente. (...) Creo que si mucha gente aprende a vivir como estamos viviendo nosotros, no habría una crisis en el país, no habría necesidades de productos, porque tierra hay de sobra, lo que la gente necesita aprender es a sembrar” (Nidia, 44 años).

- **La resistencia debe ser colectiva**

Desde la lógica de funcionamiento colectivo de la agroecología, las prácticas y saberes deben ser compartidos y multiplicados para mantenerse vivos, y poco a poco se va haciendo ese esfuerzo en las comunidades:

“Aquí damos dos módulos de lo que es Aula Verde (programa de capacitación en agricultura orgánica), la importancia de lo que es la integración, y el otro es la

seguridad alimentaria, y cuando entra el tema de la seguridad alimentaria entonces les hacemos la mayoría de las cosas. Bueno, lo que uno no puede, el café y la sal, cosas así que uno no lo puede tener, eso se compra, pero todo lo que se puede tener con eso se hace el almuerzo y se les enseña cómo puede uno,. (...) Yo le decía (al funcionario del MAG): haga una lista, pero hágala, una lista de gente que quiera sembrar, y yo hago el proyecto.

(...) Aquí la única forma de poner a la gente a sembrar arroz, porque aquí el arroz se da, la única forma de hacerlo es traer la apiladora primero y decirles: aquí está la apiladora, es la única forma, y si la gente se pusiera a sembrar en cada lugar tan siquiera lo que ellos mismos se comen, afuera comen pura chatarra verdad, algunas personas comen hamburguesas y perros calientes, entonces no habría escasez, pero en el campo arroz es lo que más se consume, entonces si uno mismo lo produce...” (Nidia, 44 años).

“Necesitamos entonces producir lo que podamos y empezamos a averiguar también de las personas que estaban produciendo más natural, más orgánico, a conocer también los productores de acá de la zona para ver qué usaban ellos y ahí hemos ido. (...) Hay señoras que vienen a llevar abono, eso es otra cosa, estamos haciendo abonito. Entonces algunas vienen y compran, esta gente no simplemente vienen y ven las matas, sino que se les explica las ventajas de los abonos orgánicos.

Tenemos estos murales que son como paredes que hablan, entonces los ven y dicen: ¡vea todo lo que se puede hacer sólo con abonos orgánicos! Y ven lo de las enfermedades, y ¡qué miedo, yo que me como esto y otro, hay no, hay que ver cómo hacemos! Empiezan a llevar nuestros abonos, estamos aprendiendo, pero también estamos compartiendo con la demás gente de la comunidad nuestros conocimientos, les damos información y ahí vamos, ahí vamos, poquito a poco” (Sofía, 50 años).

“Cuando yo pasé, apagué un poquito el fuego y les dije que si me las regalaban (hojas que estaban quemando los vecinos). ¿Para qué?, me preguntaron. Entonces les dije que nosotros hacíamos abono. Ahora ya no le prenden fuego, sino que nos llaman. Para ellos es fácil porque nosotros les vamos a limpiar, pero también fue porque ellos vinieron aquí y vieron y siguen viniendo, entonces ya no queman y nos pueden ser útiles a nosotros, o tal vez en un futuro puedan ellos mismos hacer su composta”

(Santiago, 54 años).

“(Le digo a mis vecinos): ¿usted está aplicando sus semillas, usted tiene sus propias semillas, dónde las está comprando? Ahí no las compre, vaya donde fulano, o fulano tiene, o nosotros les regalamos. (...) Si usted quiere yo le mando a mi esposo para que le explique, cuando yo no tengo tiempo, o si quiere vamos los dos, porque es la forma de ir uno como metiéndose, metiéndose y metiéndose” (Guadalupe, 59 años).

Además se intenta orientar el trabajo desde las necesidades de cada comunidad como una forma de apostar a un crecimiento compartido, aunque en primera instancia pudiera parecer más rentable invertir el esfuerzo según demandas externas:

“¿Cómo hacer para que la gente tenga la conciencia de que aquí hay semillas que no sólo son mías? Son las del vecino, la vecina, de todo el pueblo en sí, pero ¿cómo hacer para que esta gente adquiera esa conciencia? Que no se trata de que digan: ella tiene muchas semillas, vieras qué bonitas semillas tienen. No es eso, sino que son semillas que puedes sembrar, que puedes cosechar, que puedes comer de esas semilla” (Dora, 47 años).

“A nosotros nos decían locos, tontos, locos, para qué está haciendo eso (una feria orgánica) aquí en este hueco. Literalmente nos decían, hagan esa feria en (la zona turística), donde hay gringos, ellos sí pagan lo orgánico. Tienen razón. Igual uno del Ministerio de Turismo de acá me dijo que por qué no llevábamos este proyecto para (una comunidad más grande), así me dijo: ahí hacés plata. Yo lo que le decía es que aquí es donde se necesitan fuentes de empleo, aquí es donde necesitamos aprender a recuperar, sembrar sus tomates, (...) yuca, tiquizque, banano, cuadrado, todo eso. (...) Aquí también es donde necesitamos que la gente coma mejor, aquí es donde salen los empleados de los hoteles, (...) y salen aquí los jardineros, las señoras que hacen las camas, damas de compañía también salen por estos lados, los que van a bailar también, los que hacen los shows, los que hacen los jardines, los guardas, aquí está la mano de obra. (...) Eso parte de construir aquí esa opción, empezando por nosotros” (Santiago, 54 años).

En gran parte a raíz de la experiencia del referéndum sobre el TLC, que propició un

involucramiento de las personas agricultoras agroecológicas con sus comunidades en el marco de una discusión política nacional, se plantea explícitamente la importancia de la información y la necesidad de que el trabajo colectivo propicie un proceso de mayor vinculación con otras personas que no tienen acceso a ella o no conocen la propuesta de la agricultura orgánica, de forma que la cosmovisión agroecológica se reproduzca en el espacio social:

“Cuando esto del TLC, del sí o del no, sentíamos una satisfacción, usted sabe lo que es yo convencer a mi suegra de que votara por el no, cuando es decir, son cosas que nosotros, yo nunca pensé vivirlas ni nada de eso, (...) pero a través de esto de las semillas, yo le decía a (mi esposa), ¿cómo pensar? ¿Y cómo nos interesamos? ¡Y cómo se involucra uno en otras cosas que jamás podríamos pensar estar involucrados en esto! Que si el gobierno, que sí, que no, tener información, una de las cosas importantes, que nosotros a través de (la organización) estar uno informado de estas cositas tan importantes para el pueblo y convencer al que viene a hablar del TLC, saber qué significa. (...) Ni nosotros los hombres, ni los estudiados explicaban qué es, y nosotros tener un poquito de información de esto.

(...) Es el cambio que hemos tenido nosotros, aparte de la agricultura, este cambio de interesarse, informarse uno del gobierno, de la iglesia, de la escuela, ha sido un cambio para nosotros total. (...) Si no hubiera sido por las semillas, por el cambio que hicimos, nosotros no lo hubiéramos vivido, y algo que hay que decir, que esto del referéndum fue historia y viera lo bonito que nos sentíamos nosotros al estar involucrados en eso” (Hugo, 47 años).

“Así (en Europa) se fue llevando un proceso de culturización, si queremos llamarlo de esa forma, en el cual las generaciones de este momento que tienen mi edad no podrían imaginar llevar sus desechos sin separarlos. Entonces podemos decir: ¡ah, qué conscientes los europeos! Pero hay todo un proceso anterior a eso y un proceso al cual nosotros tenemos acceso también. Ahí es donde hay que entrar en la incidencia pública, para generar esos procesos de cambio, pero hay que identificarlos y trabajar sobre ellos. (...) Entonces ahí es donde también como consumidores, los que estemos vinculados a los sistemas productivos o simplemente tengamos un cierto grado de conciencia de consumo, podamos incidir en que se hagan esos procesos de

cambio” (Ernesto, 26 años).

Así en el proceso de intercambio colectivo se aprende y se enseña, y se articula la resistencia:

“Con eso del TLC eso como que fue, digo que gané mucho, porque aprendí más. Yo conocí mucho sobre los transgénicos, sobre esto de las patentes, entonces qué vamos a hacer cuando no tengamos semillas si las semillas son la vida, y eso me asustó tanto, pero eso me ha dado más ganas de hacer las cosas, de conocer más. Yo soy una persona experta ni nada, pero soy una persona que quiero aprender, que quiero sembrar, que quiero hacer esto y lo otro, (...tenemos que) luchar, organizarnos, cuidar nuestras semillas, eso, que nosotros en las comunidades conozcamos y le demos información a la gente, la feria de la semilla, los santuarios de las semillas, las reuniones con los agricultores, la gente no tiene información, porque nosotros tenemos un poquito porque estamos organizados, porque estamos en esta organización y nos relacionamos con ustedes y tenemos un poquito de conocimiento, nos metimos en lo del TLC a conocer y a impulsar un poquito, pero la gente no tiene información, la gente cree que eso no es con ellos, pero si nos organizamos, si nos unimos y podemos informarnos e informar a otra gente, nos organizamos para realizar actividades educativas, actividades para acumular semillas y cuidarlas, yo creo que... y para rescatarlas, porque hay semillas que se nos están yendo, hay que rescatarlas” (Sofía, 50 años).

- **La soberanía alimentaria como resistencia**

La soberanía alimentaria es una reivindicación de muchos movimientos campesinos alrededor del mundo, y es también levantada como bandera y propuesta por las personas participantes en este estudio.

Se entiende como una alternativa necesaria centrada en la alimentación sustentable como un derecho, una forma de resistencia frente a la homogeneización. Es también una estrategia para revalorizar la agricultura orgánica, diversa en recursos y conocimientos y arraigada en la tierra y la cultura:

“Que la base de la alimentación está en determinado, por decir algo, en determinado

grano, pero también hay otro tipo de cultivos que complementan lo que es la alimentación, ahí también podemos tocar lo que es soberanía alimentaria.

(...) La soberanía alimentaria tiene que ver con lo que es la identidad y también con la cultura. Para mí no es lo mismo ir a la feria a comprar un puño de maíz que yo producirlo, porque me está quedando la satisfacción que lo que me voy a comer sé la calidad que tienen y me da ese sentimiento de satisfacción que yo lo he producido” (Camilo, 63 años).

“¿Y por qué es importante regresar a esas tradiciones alimenticias? Porque la tierra da lo que el ser humano necesita. Quiere decir que a nivel alimenticio el arroz para nosotros no es una fuente totalmente correcta de nutrientes como lo pueden ser otras plantas que crecen en nuestro ambiente.

(...) Nos dicen y nos venden el tema de la revolución verde, que hay que monocultivar para poder tener una buena alimentación, y entonces nos enseñan que la alimentación es saciar el vacío del estómago, cuando la alimentación es más que eso” (Ernesto, 26 años).

“La cuestión de la plata a uno le preocupa sólo si hay que comprar alguna cosa, pero también uno se acomoda en eso, uno sabe que bueno, una de las cosas que nos interesa es que aquí produzcamos para comer y que quede un poquito para mejorar la finca” (Feliciano, 66 años).

“Nosotros prácticamente no vendemos, mi mamá pelea conmigo porque nosotros prácticamente no vendemos, pero casi todo el que viene lleva algo. Pero la bendición más grande de nosotros es que nunca falta” (Guadalupe, 59 años).

“Eso es lo que me asusta mucho a mí... qué va a pasar con las generaciones que vienen. Si no pueden producir lo que se comen, no valemos nada” (Sofía, 50 años).

La alimentación se convierte en un eje estratégico para estructurar nuevas relaciones en el ciclo productivo. La cultura alimentaria diversa y la soberanía alimentaria son punto de encuentro entre familias agricultoras y consumidoras:

“Siempre y cuando el consumidor pretenda y quiere comer un tipo de producto, es el que el agricultor va a sembrar. (...) Para mí es evidente que (la semilla) hay que sembrarla, que hay que reproducirla, pero paralelamente a eso hay que llevarla otra vez al consumo de las personas.

Un caso que vuelvo a ver es el caso de las solanáceas. Yo sufría mucho por el tema del tomate acá en el restaurante de la organización donde trabajo porque es difícilísimo encontrar tomate orgánico, y es difícil efectivamente de producir, y por experiencia lo digo, es difícil de producir a nivel orgánico. Entonces encontré el tomatillo verde mejicano, que es una especie de solanácea que efectivamente es súper resistente al clima en donde está ubicado mi proyecto. Entonces cuál fue mi segundo paso, decirle a las señoras de la cocina: no me usan más tomate rojo para las ensaladas, me usan este tomate para las ensaladas y para las salsas, y después yo me encargaría de sembrarlo, de reproducirlo y tratar de repartir, entregar esas semillas.

El asunto es que podemos empezar a producir ese tipo de tomate, (pero si no ponemos atención) ni a su uso a nivel culinario, ni a lo que significa a niveles productivos, no vamos a tener un alcance mayor. Entonces va terminar por ser una especie que está ahí pero que nadie quiere consumir, y de ahí es donde retomo Guanacaste, el tema de rescatar nuestras costumbres alimentarias. Hay que cambiar nuestras costumbres alimentarias, y eso tiene que ir paralelo a cambiar nuestros sistemas productivos. Porque mientras haya una demanda de equis cosa se va a producir, al costo que sea” (Ernesto, 26 años).

En el caso de Guanacaste, donde la cultura alimentaria está actualmente muy centrada en el consumo de proteínas y carbohidratos. Existe también un esfuerzo por diversificar la alimentación como parte de la construcción de alternativas:

“Al menos yo no comía nada de eso. Yo le echaba la cebolla a la comida, pero no me la comía, el chile dulce menos, los olores se los sacaba, ¡qué bárbara yo! Y aquí (en la organización) he aprendido a comer todo eso, he aprendido, esa otra cosa, la brócoli, ¡qué iba a comer yo de eso! Ahora me la como, como sea, cruda, en ensalada, todo, he aprendido a comer, entonces sólo cuando uno aprende...” (Mélida, 67 años).

A pesar del enorme valor que tienen las semillas para las personas agricultoras orgánicas agroecológicas, en otros sectores usualmente se desconocen su importancia y significados, por lo que se propone colectivizarlos a través de la relación entre semilla y alimentos, en un proceso en el cual la construcción de la soberanía alimentaria pasa por el conocimiento mutuo y compartir valores esenciales para establecer alianzas sólidas:

“Para la mayoría de gente no tiene ningún sentido la semilla, para la mayoría de gente, todos los vecinos y vecinas de acá... semillas, no es con ellos; para las maestras... semillas, no es con ellas; para nadie, excepto para el productor. El productor sabe lo que son las semillas, pero cada vez hay menos productores. Entonces sí únicamente dejamos la relación semillas-productor.

Ahí estamos fritos, porque cada vez hay menos productores, y cada vez los productores tienen menos conciencia de la importancia de las semillas. Porque nos han dicho que hay semillas mejoradas, los técnicos nos dicen de semillas mejoradas, mejores a las mías, mejores a las de mi abuelo. De ahí que hemos ido aprendiendo que es imposible que nos quedemos con esta relación de semillas-productor, sino que más bien semillascomida, y ahí todos comemos, semillas-arroz-frijoles, todo. No podemos dar alimento a las gallinas, entonces no tenemos carne, no tenemos huevo, no tenemos leche, no tenemos semillas. Entonces no quedarnos solamente en la relación con el productor, y ahí yo vuelvo e insisto del papel de nosotros, que esas semillas no solamente para productores, sino que todo el mundo pueda entender el valor del ojoche, no solamente como madera, no sólo como un árbol bonito, sino como parte de la biodiversidad, que no es solamente algo que se produce para vender, y ese es el reto, incluso con las organizaciones que están trabajando con las semillas” (Santiago, 54 años).

● **Retando al control corporativo**

El creciente control de las corporaciones sobre la alimentación y la agricultura a través de la tecnología y la propiedad intelectual representa un reto enorme, que se enfrenta desde una racionalidad alternativa, desde una decisión consciente de trabajar bajo valores opuestos al sistema dominante y sin entrar en su lógica de funcionamiento:

“Aquí hay que tener cuidado, algunos dicen que patentizar, yo diría hacer una declaratoria que la semilla no se puede patentizar, sobre todo la nuestra. No importa lo que ellos quieran hacer con la de ellos, pero la nuestra no, al menos yo no creo tampoco en la cuestión de... para esto de la agricultura orgánica, yo no creo tampoco en la cuestión de la propiedad intelectual, que yo haga un libro y que yo sea el dueño. Yo creo que siempre y cuando lo utilice un agricultor, nadie puede ser el dueño de eso.

Es que abramos un poquito la mente y que si todos nos ponemos a producir no faltaría la comida” (Feliciano, 66 años).

“En el momento que nos controlen la semilla creo que va a ser el momento clave en el que los pueblos no van a tener la capacidad de liberarse de esa estructura de control y ahí es la gran importancia de reivindicar la semilla como la soberanía de los pueblos, y la semilla adaptada, la semilla criolla, la semilla que se produce acá” (Ernesto, 26 años).

La resistencia pasa incluso por la disposición a desconocer el sistema y la legalidad si se vuelven irracionales, si eso es necesario para mantener libres las semillas y la agricultura tal como se las entiende y se las vive:

“Podríamos dar bases claras de por qué el sistema productivo actual se tiene que cambiar, porque no es... es sostenible, pero no es sustentable” (...) entonces yo sigo pensando que hay que buscar la manera de tener la semilla, aunque sea a escondidas. No sé si nos van a vigilar desde un helicóptero o un avión, no sé, pero sigo pensando que vamos a tener que esconderlas y no se pueden dejar de utilizar” (Guadalupe, 59 años).

“Yo sigo con la idea de que mientras pueda mantenerlas las voy a mantener y las voy a cuidar, y cómo le decía a (un técnico amigo), si tengo que meterlas en un... ahí en una cajita para tenerlas escondidas por unos cuantos años y que se puedan conservar, tal vez encontrar una forma de mantenerlas ahí hasta que se puedan sacar otra vez, sí vale la pena. Pues sí, realmente le asusta a uno, le da miedo, pero no por eso te las vas a comer todas y las vas a desaparecer y después decir: ya no tengo ninguna semilla. No, las voy a seguir teniendo, las voy a seguir cosechando y las voy a seguir intercambiando” (Dora, 47 años).

“Definitivamente lo único que uno dice, no, tenemos que seguir haciendo lo que estamos haciendo, hay que hacerlo, será como la única forma de oponernos, o de manifestarnos, de hacerles ver que a veces las cosas no es por donde ellos dicen. No, eso no puede ser así, que nosotros también tenemos voz y somos parte del paquete, como quien dice, que no es cierto que ellos pueden tomar decisiones sobre nosotros así como así, (...) y quizás la única manera de manifestarnos o de decir no estamos de acuerdo es seguir

compartiendo semillas, sembrándolas, mejorándolas y compartiéndolas con otros agricultores y agricultoras” (Mónica, 44 años).

La defensa de las semillas se articula como resistencia colectiva, se reproduce en todos los espacios posibles para que crezca y se multiplique desde muchas voluntades, a partir de la conciencia de que la agricultura orgánica agroecológica representa en su misma esencia una identidad y una forma de vida opuestas al sistema dominante, y por lo tanto su preservación obliga a oponerse a ese sistema.

La relación de la agricultura con la alimentación, significada políticamente en la reivindicación que representa la soberanía alimentaria, es un punto de presión de la dominación corporativa sobre la cultura campesina y los sistemas agroalimentarios, pero también un eje central en la cosmovisión agroecológica, en el significado psicosocial atribuido a las semillas, y en la resistencia colectiva que se levanta como alternativa.

5. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN

En el discurso de las campesinas y los campesinos entrevistados, los significados y las prácticas se amalgaman de manera consistente, lo cual torna difícil analizar cada uno de forma separada. Esta condición implica una lógica en que las prácticas tienen su asidero en los significados que a su vez son transformados por ellas. Es una lógica integradora y dialéctica que expresa la esencia del quehacer campesino.

Siendo así, el análisis no podría atomizar los ejes que conforman las dos caras de una moneda.

Se entiende que la delimitación de significados y prácticas es un ejercicio académico necesario para puntualizar los resultados. Sin embargo, para efectos del análisis se buscará replicar esta lógica campesina en la cual los significados fluyen armoniosamente con las prácticas.

a) La comunidad agroecológica

Las personas entrevistadas conforman una comunidad agroecológica que, teniendo sus raíces en la historia personal y familiar, se concreta en el encuentro grupal dentro de los colectivos locales y dentro del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense.

Desde el colectivo se teje una cosmovisión propia que es la agroecología, nutrida por los aportes personales y por los conocimientos generados internamente, que guiará el hacer y quehacer de las campesinas y los campesinos orgánicos tanto en lo privado como en lo público.

Esta comunidad también está matizada por la resignificación de los géneros, lo cual constituye un hito fundamental en la construcción de una alternativa al modelo agrícola imperante, que es de corte capitalista y patriarcal.

Todos estos elementos se constituyen en ejes estructurantes de un espacio compartido (“nuestro”) que distingue al grupo del resto social y permite la generación de una identidad particular.

i. Construcción histórica: la familia y la historia personal como fuente

Una hipótesis inicial de esta investigación fue que el interés y la dedicación de las personas campesinas agroecológicas por las semillas y las prácticas asociadas con ellas provenía fundamentalmente de dos lugares distintos: la historia personal-familiar y la organización.

Sin embargo, el trabajo de campo demostró que este interés tiene un origen fundamentalmente histórico que se hereda de generación en generación y que posteriormente se enriquece con la colectividad.

Las campesinas y los campesinos entrevistados mayoritariamente crecieron en el seno de familias que se dedicaban a la agricultura y que realizaron dicha actividad en armonía con la tierra y con el ambiente.

En ese contexto, las concepciones y prácticas fueron asumidas como cuestiones naturales y comunes, enmarcadas en un escenario considerado privado: la finca, la casa, la familia.

Se distinguen familias que nunca aplicaron agrotóxicos y continuaron su práctica de acuerdo con conocimientos ancestrales y aquellas que sí fueron impactadas por la mal llamada revolución verde, incorporando las prácticas y los insumos que ésta impuso.

La revolución verde prometió abundancia y prosperidad para los campesinos y campesinas, soluciones para las hambrunas del mundo y seguridad para cubrir las demandas alimenticias futuras.

Esa corriente, impulsada por la institucionalidad pública, empujó a muchas familias a usar agrotóxicos en sus fincas. Sin embargo hubo quienes se negaron a implementarla a pesar de las promesas.

Este es un hecho de gran relevancia porque abrió espacios de autonomía y autoafirmación del saber histórico personal y porque permitió que el conocimiento y las prácticas ancestrales sobrevivieran hasta nuestros días.

Incluso las familias que “regresaron” a la producción orgánica establecieron hitos importantes, porque reconocieron que la promesa del mercado —materializada en la revolución verde— no alcanzaba para el sustento de las familias ni de las personas consumidoras e implicaban un cambio dramático y agresivo para la naturaleza y para las semillas, lo cual iba en contra de la lógica del conocimiento obtenido en su historia.

En cualquier caso, sea que las personas entrevistadas hayan preservado el método agroecológico o hayan regresado a él después de experimentar con agroquímicos, la familia es señalada como la primera fuente de conocimiento sobre las semillas, la agricultura y la tierra.

Es en esa línea que estos relatos desvelan la existencia de un importante conocimiento ancestral que permeó las concepciones y formas de relacionarse con el medio ambiente, así como los modos de producción que se hicieron en colectivos, ya fueran familiares o comunales.

Esta última característica, que define los modos de producción de la agricultura natural como colectivos, también es compartida por la agroecología como expresión campesina, pero resulta enriquecida desde el quehacer orgánico, pues desarrolla el colectivo organizativo y la integración de nuevos conocimientos que complementan la agricultura tradicional.

Los agricultores y las agricultoras se asocian para desarrollar tareas productivas, pero también para construir la organización, lo cual se concreta en la articulación de los sujetos políticos que generan conocimientos a través de las reflexiones, el intercambio de experiencias y de lecciones aprendidas, con lo que crean también una comunidad de intercambios.

La construcción de la comunidad de intercambios es una consecuencia del colectivo organizado agroecológico.

ii. El colectivo organizado como comunidad de intercambios

Si la familia constituye la raíz de los significados y las prácticas, la organización es la posibilidad de ramificarse y extenderse.

La familia, como lugar de origen y de primeros esbozos, catapultó la práctica colectiva posterior, pues las personas se descubren como seres que comparten concepciones y sentidos similares sobre la naturaleza, la Madre Tierra y las semillas, ideas que, también se ve, cada quien trae de su propio acervo histórico y familiar.

Las trochas abiertas en lo privado convergen en el camino de la organización, donde se arranca la construcción de nuevas sendas colectivas. Con esto se construye también identidad y pertenencia a un grupo donde las preocupaciones y las propuestas generales

engloban las particulares. En ese sentido, los significados dejan de ser individuales y adquieren una faceta colectiva, pues lo que estaba en la cabeza de uno se escucha en la voz de otra.

La organización, entonces, se convierte en otro lugar para la construcción y reconstrucción de significados. Construcción y reconstrucción, más no descubrimiento: los significados no se descubren en el colectivo, lo que se descubre es que aquellas creencias, concepciones y sentidos que se pensaban privados son compartidos por otros y otras, incluso si provienen de zonas alejadas, e igualmente en colectivo se comparten prácticas que expresan y modifican esos significados.

Lo que la posmodernidad presenta como “novedoso” es la agricultura orgánica, sin embargo, el encuentro colectivo refleja que “lo orgánico agroecológico” es una práctica ancestral preservada y retroalimentada, que ha resistido la imposición de la revolución verde durante décadas.

Esta comprensión empuja la identificación entre las personas y genera las condiciones necesarias para que se construya la identidad grupal y política de la comunidad de intercambios.

La común-unidad de sentidos, valida y valora el conocimiento personal y lo resignifica como conocimiento grupal, colectivo, organizativo, lo cual permite convertir el nosotros-nosotras privado y particular en un nosotros-nosotras más amplio, referido e integrado con la organización como espacio de encuentro e incidencia: nosotros-nosotras somos y construimos el Movimiento de Agricultura Orgánica.

En los relatos de las personas entrevistadas, se enfatiza la relevancia de la comunidad de intercambios, pues aunque la mayoría forma parte de organizaciones de agricultura orgánica locales, no cuenta con una comunidad geográfica inmediata donde compartir saberes y prácticas. Sus lugares de origen son espacios para la incidencia y el trabajo, pero la posibilidad de construir comunidad está dada por el Movimiento de Agricultura Orgánica en tanto comunidad de intercambios que permite compartir experiencias, conocimientos e incidencia política.

Dentro de la comunidad de intercambios lo orgánico se configura también como práctica de síntesis de los conocimientos ancestrales y de los técnicos, lo cual es facilitado por la integración del MAOCO.

En ese sentido, las personas académicas o técnicas se integran —y son integradas por los campesinos y campesinas— como actores dentro del colectivo. En conjunto generan saberes complementarios que se nutren de lo ancestral y se enriquecen con nuevos hallazgos tanto de los campesinos y campesinas como de las personas más técnicas.

Los conocimientos también se comparten a través de los intercambios de semillas, espacios donde las campesinas y campesinos agroecológicos generan trueques con sus pares. Así, se comparten las semillas, pero también los conocimientos acerca de cada una: cómo sembrarla, con qué cultivos le gusta o necesita estar, cada cuanto se abona, cuándo se cosecha, cómo se come...

Los intercambios expresan una forma de compartir conocimientos, sin embargo la comunidad agroecológica también cuenta con otros espacios formales e informales donde las personas comparten los modos en que producen y los aprendizajes que se desprenden de ellos. De igual manera reflexionan sobre temas de interés nacional y sectorial, y generan posiciones de colectivo.

Lo anterior permite establecer que las prácticas de la comunidad agroecológica expresan acciones ideológicas basadas en la solidaridad y la autonomía para compartir conocimientos que circulen libremente, lo cual consolida la comunidad de intercambios y la dota de un discurso propio.

La comunidad de intercambios es un espacio para el crecimiento personal y colectivo, pero también puede ser un escenario de tensiones y conflictos. En la medida en que es un espacio social, no se encuentra fuera del juego de las reglas establecidas por el modelo.

En ese sentido, puede reproducir las contradicciones presentes en la sociedad: en tanto espacio humano es susceptible de divergencias, distintos ejercicios del liderazgo, personas que trabajan más que otras, desconfianzas, etc.

Sin embargo, resulta relevante que se reconozcan esas contradicciones y desazones que también puede ser la organización, así como el reconocimiento final y tajante de que esta es una instancia necesaria y fundamental, en continua construcción. Un espacio que ha sido apropiado por las personas en tanto sujetos sociales y políticos que tienen mucho que decir y hacer para que los fines y las metas sean alcanzados.

Mantenerse unidos y unidas, igual que el maíz en la mazorca, es el principio que permite enfrentar la adversidad del sistema que no promueve la producción de alimentos, menos de los orgánicos.

Al organizarse en comunidad, se responde propositivamente a la incapacidad del modelo, con lo cual se contrarresta la sensación de aislamiento y vulnerabilidad, pero también se contraviene la idiosincrasia de la espera y se incide políticamente para posicionar los temas y las reivindicaciones, lo que constituye una práctica liberadora.

El reconocimiento fundamental de que sin comunidad organizada no hay consistencia en la construcción de una alternativa está anclado en la convicción de que la agroecología exige y requiere la nutrición de muchos y muchas para poder crecer y reproducirse. Así se establece un principio de acción ideológica intrínseco a la práctica agroecológica: "...la liberación histórica de la opresión exigía formas de organización y praxis política capaces de cambiar las estructuras básicas de la organización social explotadora" (Martín-Baró, 1995, pag. 109).

La comunidad de intercambios es un hito fundamental establecido por las personas entrevistadas, representa un punto de tensión con el capitalismo neoliberal que promueve la individualidad a toda costa y el beneficio lucrativo personal por encima de la economía de corte social y colectivo.

El hito resulta posible gracias a que la comunidad de intercambio inserta en la agroecología es significada como un espacio trascendental para el devenir histórico de campesinas y campesinos, y como marco referencial para la supervivencia de las semillas, al mismo tiempo que es vivida como espacio de praxis desideologizante y generadora de conciencia.

El andamiaje de toda esta compleja estructura resulta posible porque existe una visión de mundo compartida y enriquecida en la praxis cotidiana.

iii. La agroecología como cosmovisión

Al encontrarse dentro de la organización, las campesinas y campesinos agroecológicos descubren que comparten significados y formas de actuar en el mundo que los rodea. Este encuentro también les permite darse cuenta de que el conjunto de prácticas y saberes compartidos tiene un nombre: la agroecología.

La agroecología, sin embargo, no es sólo un instructivo para producir en la finca. Desde sus

relatos, las personas entrevistadas afirman que lo agroecológico es más que un puñado de técnicas o procedimientos que aumenten la “eficiencia” de la tierra, más que una receta para obtener mayores ganancias con productos que se coticen mejor en el mercado.

La agroecología es significada como marco referencial, construido desde lo histórico y nutrido por el colectivo, que orienta las acciones y las reflexiones y se ha instalado como una cosmovisión compartida: es un entramado de principios, valores, creencias, concepciones y sentidos comunes, el cual define la manera de vincularse con la tierra, con las agricultoras y los agricultores y con el mundo. Implica un marco ético que establece modos de producción limpios: en armonía con la naturaleza y las personas, y también con las relaciones comerciales que se promueven con justicia para la tierra, para quienes producen y para quienes consumen.

En tanto la agroecología resulta significada como cosmovisión compartida, la consecuencia lógica es la identificación y la articulación de las personas que integran el grupo. En ese sentido genera identidad.

Las campesinas y los campesinos agroecológicos construyen un grupo particular donde sus miembros se identifican a partir de un discurso propio. Este a su vez es alimentado por diversas dinámicas que permiten generar e intercambiar conocimientos, significados y prácticas, por lo cual está en continua transformación, pero cuenta siempre con el marco orientador de la cosmovisión.

En la sociedad, estas características esenciales del grupo agroecológico amarrarán el sentido de pertenencia de sus integrantes, pero también lo diferenciarán de otros. Es a partir de esta identidad propia que la comunidad define las relaciones de alianza o contraposición intersectorial dentro de la sociedad.

Desde la cosmovisión, entonces la identidad también se manifiesta en la característica organizativa que adquiere el colectivo. Lo cual permite el diálogo con otros sectores del país y la articulación con aquellos que comparte intereses, partiendo de un discurso propio que denuncia al capitalismo neoliberal y que propone una alternativa para la producción limpia de alimentos.

La denuncia de las injusticias e inequidades del capitalismo se concreta en la denuncia de su expresión dentro de la producción agrícola: la agroindustria transnacional y patriarcal. Ya que la cosmovisión agroecológica entra en tensión y conflicto con la agroindustria capitalista,

resulta importante diferenciar ambos modelos, de manera que se explicita la denuncia y la propuesta que ha sido expresada por las personas entrevistadas.

El neoliberalismo promueve la agroindustria de corte capitalista argumentando que es la solución al problema del hambre en el mundo. La implementación de este modelo exige la aplicación de agrotóxicos, pero también la siembra de variedades limitadas de semillas. Es decir: en lugar de contar con múltiples variedades de una especie, se comercializa un solo tipo de semilla que, según dicen las transnacionales, es la más fuerte y la que tendrá mayor rendimiento. Así por ejemplo: no hay muchos tipos de semilla de arroz, sino unos pocos que se supone permiten eficiencia productiva.

Para que una persona produzca debe comprar los “paquetes tecnológicos” que las transnacionales colocan en el mercado. Estos contienen semillas manipuladas, químicos para “fertilizar”, pesticidas para combatir las “plagas” (que son específicos para cada variedad) y comprenden mecanismos de control de las semillas, tanto tecnológicos como legales.

Los paquetes no son gratuitos o de bajo costo, de modo que las personas productoras deberán cancelar fuertes sumas de dinero para poder acceder a ellos, lo cual lógicamente eleva los costos de producción y creará situaciones de dependencia hacia las corporaciones: al iniciarse la siembra, habrá que gastar mucho dinero, e incluso endeudarse, para poder comprar semillas, pero a su vez las semillas transnacionales requieren la adquisición de agrotóxicos específicos para cada variedad.

Esta política impacta al sector campesino nacional, pues afecta directamente la construcción histórica del sujeto campesino.

En primera instancia a las personas campesinas se les asigna un rol dentro del engranaje mercantil: son convertidas en objetos del mercado, existen en tanto consumidoras dependientes de las transnacionales para conseguir las semillas y los químicos que garanticen el éxito de la cosecha.

Se establece que el campesino es un simple productor en dependencia casi total de los productos y las soluciones que “otros” (la agropecuaria, la transnacional, el agrónomo convencional...) puedan darle.

Paralelamente se obliga a las campesinos y campesinas a renunciar a prácticas ancestrales

relacionadas con la tierra y con las semillas, de manera que se cercenan los conocimientos históricos, así como la posibilidad de enriquecerlos o de generar nuevos conocimientos desde la cotidianidad.

Los conocimientos son arrancados y, en su lugar, se colocan contenidos ajenos en los que no medió la participación personal o colectiva y que, al estar protegidos por la propiedad intelectual, no pueden ser adaptados o enriquecidos con las particularidades geográficas y culturales. Así por ejemplo, los conocimientos ancestrales sobre las maneras de limpiar y preparar el campo de cultivo o de dejar descansar la tierra durante temporadas (barbecho), son sustituidos por la aplicación de tóxicos y venenos que “solucionan” el “problema” de “ociosidad” de los terrenos. De igual manera las prácticas de selección y guardado de semillas (que garantizan la siguiente cosecha) son prohibidas y penalizadas, pues los métodos de control tecnológico y legal de las transnacionales siempre obligan a comprar las semillas de la siguiente cosecha.

Las pautas de relacionamiento entre las personas productoras también son violentadas, pues el engranaje agroindustrial capitalista las coloca dentro del ámbito de la competencia, no de la colaboración. Además, ya que las transnacionales “resolvieron” los modos de producción a través de instructivos, los procesos de generación colectiva de conocimientos no son relevantes o necesarios.

Los impactos de la agroindustria capitalista se centran en el empobrecimiento del sector campesino. El endeudamiento obvio al que se someten las familias campesinas es ya de por sí una situación de empobrecimiento del sector. Sin embargo también se empobrece la cultura campesina cuando se sustituyen los conocimientos históricos con instructivos.

Con esto se impone una suerte de dogma de fe en los químicos transnacionales que son aplicados por necesidad y sin cuestionamiento, lo cual impacta gravemente no sólo el desempeño de la tierra y los ecosistemas, sino también la salud de las personas que producen y que consumen.

Al afectar las formas en que los campesinos y las campesinas se han relacionado con el ambiente y con sus pares, se violentan las dinámicas históricas de generación y diseminación de conocimientos que han permitido la multiplicación de la vida a través de la producción de alimentos y la reproducción de semillas.

Los principios y valores de la cosmovisión agroecológica son lo opuesto al modelo agroindustrial capitalista. Quizás el rasgo que mejor define esta oposición es la reivindicación de la diversidad, lo cual puede leerse también como una práctica democrática que integra las diferencias, en lugar de rechazarlas.

Resulta lógico que la agroindustria transnacional promueva esa homogeneización, pues representa una expresión del capitalismo neoliberal que impone una estandarización de las culturas, las personas y los países.

La globalización neoliberal persigue la diferencia y en consecuencia condena lo que es distinto y diverso, por lo tanto su expresión en la agricultura tratará de uniformar todo cuanto se le presente: semillas, cultivos, alimentación, roles, conocimientos, modos de producción, etc.

En cambio la agroecología es una expresión de los nuevos movimientos sociales que luchan por esa otra globalización incluyente, diversa, respetuosa de las culturas y de la vida en todas sus formas. Su aporte se centra en los principios y en las formas que permitan producir alimentos sanos, nutritivos y diversos sin acabar con la biodiversidad planetaria, ni con la diversidad gastronómica y cultural de los pueblos, lo cual se convierte en bandera reivindicativa no sólo de los movimientos de agricultura orgánica agroecológica, sino también de los pueblos.

Partiendo de esos valores las personas entrevistadas afirman que la cosmovisión agroecológica define a los campesinos y campesinas como agricultores y agricultoras, lo que se contrapone al rol de productor o productora que la agroindustria capitalista les ha asignado.

Como se dijo anteriormente, el productor o la productora está en una relación de dependencia con las corporaciones, por lo tanto debe limitarse a producir según los estándares que ellas impongan: sembrar variedades limitadas de semillas, aplicar los agrotóxicos indicados y por lo tanto gastar fuertes sumas de dinero.

Una persona campesina agroecológica es agricultora porque cuenta con semillas propias, ya sea porque las reprodujo, las compró a un compañero o compañera agricultora, o porque las intercambió. Estas semillas son de distintas especies y variedades, pero prioritariamente criollas o nativas, lo cual les da una ventaja sobre las semillas híbridas manipuladas (transnacionales), pues están adaptadas a las condiciones geográficas y climatológicas de

las regiones y cuentan con los conocimientos culturales que permiten sembrarlas y reproducirlas.

Además, una persona agricultora se caracteriza por asegurar sus cosechas posteriores a través de prácticas de selección, almacenamiento e intercambio de semillas.

En ese mismo nivel una persona agricultora procura sus propios biofermentos para abonar y repeler insectos y también aplica otras prácticas de control biológico basadas en la siembra de diversas plantas que se intercalen con los cultivos para distraer la atención de los insectos y otros organismos. De igual manera sus conocimientos permiten un manejo adecuado de desechos porque los residuos de la casa y los excrementos animales también son utilizados en los biofermentos y en las composteras.

Estas prácticas están vinculadas con el principio agroecológico que marca el respeto por la vida.

Los animales silvestres no son una amenaza, sino que forman parte de los ecosistemas generados en la tierra. Por eso la aplicación de agrotóxicos resulta inaceptable. No se trata de “combatir plagas”, sino de realizar prácticas de control biológico armónicas y respetuosas del ambiente, a fin de permitir que las semillas germinen y los cultivos se desarrollen al lado de los insectos y otras formas de vida.

Las huertas donde se han aplicado agrotóxicos son, por lo general, huertas silenciosas: el veneno que mató a la mal llamada “plaga” también exterminó a las abejas, a las mariposas y, en muchos casos, los pájaros no se acercan, no cantan.

Esas tierras silenciosas, tristemente envenenadas, interrumpen las dinámicas de los ecosistemas, son abismalmente distintas a las huertas agroecológicas donde la vida se manifiesta en los colores de los sembradíos, en las formas y colores de los insectos y en la música de los pájaros y de los sapos.

La finca agroecológica es integral y respetuosa de la vida, lo cual también expresa un significado fundamental en el que coinciden las personas entrevistadas: la biodiversidad.

La biodiversidad se representa en la variedad de vida animal dentro de la finca, tanto de los animales domésticos como de los silvestres, pero también en la diversidad de la flora, incluyendo los cultivos. La finca agroecológica no es una burbuja aislada, sino parte del ecosistema donde se encuentra y del que obtiene alimentos nutritivos.

Por eso la concepción de alimentos ricos y variados parte de que se tengan semillas diversas

que germinen en colores, texturas, olores y tamaños diferentes. Cada expresión de la biodiversidad en los alimentos contiene distintas vitaminas, minerales y aminoácidos que contribuyen con la nutrición.

La biodiversidad está amarrada con la tierra. Sin ella no sería posible. Por eso, dentro de la cosmovisión agroecológica la tierra se representa como ser vivo: en las fincas agroecológicas la Madre Tierra palpita porque es un espacio biodiverso.

La tierra no es simplemente un campo de cultivo, se reivindica como madre que nutre en la biodiversidad, como espacio uterino con tiempos y ritmos propios, que ha permitido la germinación de la vida: diversidad de frutos para alimentarse, plantas y flores para sanar y árboles para oxigenar, purificar y crear agua. Es decir: que ha generado equilibrios naturales para preservar la vida.

A través de los ciclos y de los ritmos, la tierra se comunica con los agricultores y las agricultoras indicando el tiempo para sembrar, para abonar y para cosechar.

En el diálogo con la tierra los agricultores y agricultoras observan y experimentan, y esta responde señalando los aciertos y los retos. Este es un rasgo característico de las relaciones del campesinado agricultor con la tierra: la observación, la experimentación, las respuestas de la tierra que permiten reconstruir las prácticas.

La tierra biodiversa brinda alimentos variados y nutritivos, pero también permite paisajes bellos que se pueden contemplar desde el escaño de la casa mientras se escucha la música de pajaritos y grillos o el canto del río que pasa cerca. Es por eso que la agricultura es significada como una actividad que genera disfrute y placer.

El disfrute y el placer, como valores reivindicados desde la agroecología, se colocan por encima del valor del dinero, con lo cual se convierten en baluartes contrapuestos al mercado.

El valor de la actividad agricultora no radica en la riqueza monetaria, sino en la que produce la apropiación sobre los frutos de su trabajo y en el bienestar que generan las cosechas.

Al seguir el ritmo de la naturaleza, la tensión sobre la “productividad agroindustrial capitalista” es anulada, no se renuncia al asombro que se experimenta cuando germina una semilla, la alquimia que produce el compost en los cultivos, la magia en el florecimiento y la formación de las vainas, la alegría de la cosecha. Se celebra y agradece la tierra en los banquetes que se colocan en la mesa para nutrir las fuerzas y las luchas colectivas.

Esto resignifica el trabajo campesino: frente al mandato de producción “eficiente” y a escala

macro de la agroindustria, la agricultura agroecológica reconoce que son los tiempos de las semillas y de la tierra los que establecen los ritmos de trabajo y alimentación.

El trabajo es una fuente de realización personal y colectiva que genera placer, pues los agricultores y agricultoras no son alienados de los frutos de su trabajo, sino que estos se brindan para enriquecer las tradiciones gastronómicas de los pueblos que son diversos, heterogéneos y complementarios.

Otra característica que define a la agricultura agroecológica es el compartir. La cosmovisión agroecológica tiene una condición irrenunciable que es la colectividad, pues no resulta posible desarrollarla sin personas articuladas que la transformen cotidianamente.

Se comparten conocimientos sobre los cultivos, sobre los suelos, sobre las semillas; se comparten experiencias que no fueron exitosas para generar aprendizajes y se comparten también las lecciones aprendidas, para que dejen de ser individuales y puedan ser experimentadas por el colectivo.

Esa característica trasciende la práctica cotidiana en la finca para definir las relaciones con otras personas, estableciendo formas de vinculación más constructivas que, al no estar centradas en la competencia, permiten relaciones más colaborativas y solidarias y promueven la generación y diseminación de conocimientos.

Compartir entonces es significado y vivido como un acto político. Si las corporaciones promulgan la privatización del conocimiento, las campesinas y campesinos agroecológicos resisten socializando el saber para que muchas personas se lo apropien, lo mejoren y lo compartan nuevamente.

Frente a la lógica de patentamiento de las semillas, los campesinos y las campesinas resguardan a las semillas para multiplicarlas, mejorarlas y compartirlas.

Compartir, entonces, es una práctica concreta de solidaridad que se convierte en acción ideológica, porque contraviene la lógica de acaparamiento de las compañías agrotóxicas y sus intentos por homogeneizar la vida.

Definir la cosmovisión agroecológica es un ejercicio necesario para señalar el carácter ideológico de las acciones que se desprenden de ella. Lo anterior en consecuencia permite comprender el análisis de los hallazgos de esta investigación, debido a que esa cosmovisión

constituye el marco referencial y ético que permea los significados y las prácticas relacionadas con las semillas.

La cosmovisión conlleva el ejercicio de la acción en cuanto ideológica. Las acciones de las agricultoras y los agricultores se arraigan en los significados que, teniendo un origen histórico, han sido reconocidos como comunes dentro del colectivo. De esa manera se refunda el “nosotros-nosotras” y se elabora de un discurso “nuestro” alimentado por las reflexiones, los sueños y los análisis.

El discurso colectivo se materializa en prácticas que aunque sean ejercidas dentro de la finca, se transforman en acciones ideológicas porque contravienen a la agroindustria transnacional. Sumadas a éstas, las prácticas colectivas de incidencia política y las de articulación intersectorial dentro del movimiento social terminan de afianzar el sentido ideológico de las acciones.

iv. Géneros en transformación

En las consideraciones previas de esta investigación se contempló la posibilidad de que los relatos reflejaran la diferenciación genérica del capitalismo patriarcal en las tareas campesinas. Sin embargo, lo que demuestran los discursos es que desde la agroecología también se está haciendo un aporte sustantivo en materia de géneros, a través de la reconstrucción de roles y relaciones.

En términos de las entrevistas, los relatos no explicitan la articulación de un discurso concreto sobre equidad de género, sino que los componentes de ese discurso afloran en las referencias a prácticas o significados en los cuales intervienen hombres o mujeres.

Las concepciones sobre los roles que desempeña uno y otro sexo se manifiestan en los significados que validan los saberes, conocimientos y capacidades de las mujeres, así como en la actuación de prácticas y dinámicas que revierten la especialización genérica patriarcal.

Empezando por los orígenes, las personas entrevistadas relatan que sus familias no estuvieron exentas de las influencias del patriarcado, sino que se estructuraron a partir de roles diferenciados por género: los hombres se dedicaban a la producción de alimentos que podían ser intercambiados o comercializados, mientras que las mujeres se dedicaban a cultivar las huertas que alimentaban a las familias o a mantener las plantas medicinales

necesarias para la atención de algunas enfermedades.

Resulta relevante que, a la par de la descripción de roles, las personas entrevistadas valoren las actividades femeninas, resignificándolas como saber particular construido por las mujeres y tipificándolo como conocimiento que también sobrevivió a la imposición del modelo capitalista y patriarcal.

En este sentido, la huerta familiar representa el vínculo que las mujeres mantienen con la tierra y con el conocimiento de las semillas. Es decir: es vínculo con la producción y no sólo con la reproducción.

En ese sentido es relevante que se resignifique el papel de las mujeres no sólo como reproductoras, sino como productoras de semillas, alimentos, conocimientos, saberes y prácticas. Lo cual permite la distribución equitativa del poder dentro de la comunidad de intercambios.

Las mujeres entrevistadas expresan un significado de transgresión intrínseco en el ejercicio consciente de esos roles de producción, pues manifiestan que la sociedad los ha encuadrado como típicos de los hombres. Esto permite el reconocimiento de sus capacidades y el empoderamiento a través de prácticas que resignifican su lugar histórico y sus capacidades creativas para transformar el mundo.

Se transforma la tierra cuando se cultiva, pero también se produce un efecto sobre la comunidad más cercana, demostrando que las mujeres son capaces de desarrollar tareas productivas que implican un conocimiento específico sobre el manejo de herramientas, técnicas y modos de producción.

Detrás del ejercicio de tareas que el patriarcado no ha designado como “propias de las mujeres” hay una opción consciente, hecha por las campesinas agroecológicas que viven el trabajo con la tierra como actividad humana creadora que permite la producción de semillas, alimentos y saberes. En la finca ellas no son asistentes de los maridos o de los compañeros de la organización, sino portadoras de un saber que les permite aportar significativamente.

El ejercicio consciente de estos saberes es recibido y complementado por los hombres, tanto si se trata de los compañeros de vida o de organización.

Los campesinos agroecológicos contravienen los designios patriarcales al promover dinámicas en que el espacio público es compartido con las mujeres, promoviendo su

participación y liderazgo en capacitaciones, reuniones de los colectivos y del MAOCO, así como en otros espacios informales. Esta dinámica resulta transgresora del patriarcado pues, no en pocas ocasiones, los espacios públicos organizativos son asumidos por los hombres, mientras que las mujeres se quedan en casa a cargo de las tareas domésticas y de los hijos e hijas.

La práctica se termina de completar en la casa o en la organización, donde el saber obtenido en la capacitación cobra vida en la transformación de las prácticas agrícolas. De igual manera los acuerdos tomados en los colectivos o las informaciones recogidas se comparten con el compañero o la compañera, lo cual también fortalece a la organización como comunidad de intercambios.

Estas son dinámicas relevantes para la inclusión y participación de las mujeres en los espacios públicos. Las campesinas y campesinos entrevistados están revirtiendo mandatos de especialización genérica contribuyendo así con que las voces de las mujeres también sean escuchadas e integradas en los espacios públicos organizativos. De igual forma, el que las oportunidades de capacitación no recaigan siempre en los hombres, manifiesta este sentido de transgresión al capitalismo patriarcal, que redundando en el crecimiento personal de las mujeres y en su empoderamiento.

Las experiencias compartidas por las mujeres entrevistadas son diversas pero todas apuntan a un sentido común de resignificación de su papel como agricultoras: son reproductoras de semillas y son productoras de saberes.

El empoderamiento personal que se genera es redimensionado en la organización, donde la experiencia deja de ser individual para convertirse en expresión colectiva de las mujeres campesinas agroecológicas, que no comparten comunidades geográficas pero que matizan y transforman las dinámicas de la organización, subvirtiendo la lógica doméstica.

El significado se traduce en acción ideológica porque encarna la ruptura con el mandato histórico y sexista: de la mano de sus compañeros de vida y de organización, las mujeres están contraviniendo el “orden” establecido, convirtiéndose en sabias reconocidas por los colectivos y por las comunidades. Por eso el correlato colectivo es conspirativo: respiran juntas para feminizar la agricultura desde la agroecología.

En lo referente a los roles masculinos, los relatos evidencian que los hombres han hecho su parte. La masculinidad se reconstruye no sólo en las dinámicas en que comparten los espacios públicos, sino también a partir del desarrollo de concepciones y prácticas patriarcalmente tipificadas como femeninas.

En ese sentido, los hombres entrevistados enfatizan en la importancia de que las prácticas vinculadas con la selección y el almacenamiento de las semillas tengan una consistencia que asegure la reproducción de éstas y la producción de alimentos.

Estas prácticas no resultan simples técnicas automatizadas. En su núcleo reside el significado de que las semillas son seres que requieren cuidados y “chineos” para que puedan germinar. Es decir, son prácticas referidas a la reproducción, ejercidas desde la masculinidad.

Al transformar el cuidado en una actividad masculina y femenina, se refunda el significado del rol de reproducción, porque se le resta la atribución genérica de “femenino” y porque se le coloca también en un ámbito que va más allá de lo doméstico: la finca, los intercambios de semillas, el colectivo organizado.

La reconstrucción del rol de cuidado como tarea también masculina resulta fortalecida por las mujeres, pues no la significan como un comportamiento excepcional, sino como una acción esperable de cualquiera que, desde una perspectiva agroecológica, trabaje con las semillas y con la tierra.

Además de recomponer las relaciones y roles de géneros, la agroecología representa la posibilidad de reposicionar la feminidad como una condición necesaria para el trabajo con la tierra. Las características que la socialización ha atribuido a las mujeres resultan resignificadas como cualidades necesarias para desarrollar agricultura: observar minuciosamente es una cualidad fundamental en el proceso de selección de las mejores semillas. Las previsiones en el cuidado son importantísimas para que las semillas puedan almacenarse adecuadamente.

Estos atributos son resignificados en el trabajo de campesinos y campesinas con la tierra, que exige despertar la parte femenina dormida o invalidada desde el patriarcado y desde la agroindustria transnacional.

La agroindustria es capitalista y patriarcal. Cuando impone el rol de productor, coloca al campesinado en una situación de dependencia mercantil y en el despojo del saber ancestral también saquea el saber propio de las mujeres, al excluirlas de los procesos productivos mediante los principios homogeneizantes de su modelo de industrialización.

Partiendo de esas premisas la comunidad agroecológica contraviene al modelo imperante, ejerciendo acciones políticas alternativas.

La agroecología, entonces, ha permitido que los agricultores orgánicos incorporen sensibilidades y prácticas “femeninas” y que, a su vez, las mujeres puedan trascender los roles patriarcales de reproducción para colocarse como productoras de saber y de riqueza, como lideresas comunitarias, regionales y nacionales. De esa manera ha contribuido con el ejercicio de la feminidad y del saber de las mujeres desde los espacios públicos, así como con el ejercicio de una masculinidad más flexibilizada.

Esto tiene que ver con las mismas características de la agricultura orgánica agroecológica, y con la forma en que es vivida y significada por las personas campesinas que trabajan con semillas.

Al ser la agroecología una agricultura viva, reproductora y cuidadosa de la naturaleza, con una cosmovisión que valora la diversidad y la construcción de relaciones más equitativas, también refunda las relaciones de género. Esta dinámica constante de resignificación de concepciones y saberes privados y públicos contribuye con la configuración de identidades en movimiento.

En conclusión, el grupo agroecológico es una comunidad de intercambios, cuyos integrantes comparten significados y concepciones que tienen un origen común, pero enriquecidos desde la colectividad.

A partir del acervo personal y de la interacción colectiva, se construye una cosmovisión que integra a las personas, sus pensamientos y acciones. La cosmovisión en tanto marco común compartido, catapulta la generación y diseminación de conocimientos campesinos relevantes para el ejercicio de la agricultura y para la construcción de sociedades más equitativas, justas y sustentables.

Las dinámicas desarrolladas por los y las integrantes de la comunidad orgánica agroecológica contravienen al modelo de agroindustria corporativa y patriarcal, a través de

una alternativa de producción limpia que se basa en la biodiversidad y que promueve la refundación de relaciones entre personas y con la tierra.

Desde una perspectiva psicosocial liberadora, ese conjunto desvela "...la elaboración de la actividad humana en cuanto es precisamente forjada en una historia, ligada a una situación y referida al ser y actuar de unos y otros" (Martín-Baró, 1995, p. 9-10).

En ese sentido, refleja las dinámicas del influjo interpersonal donde cada campesina y cada campesino se erigen como *sujeto* social, en vinculación constante con *los otros y las otras significantes* de su colectivo, pero que también establece relaciones de alianza o contraposición con otros actores de la sociedad.

Simultáneamente estos sujetos sociales articulados realizan *acciones concretas*, es decir prácticas agricultoras y también prácticas colectivas reivindicativas que están inscritas en "la tela del *sistema de significaciones*" compartidas por el Movimiento de Agricultura Orgánica, las cuales constituyen la "interioridad" de sus actos y de sus prácticas.

Finalmente, las prácticas desarrolladas por las personas campesinas agroecológicas son acciones hilvanadas en la tela de significaciones compartidas por el colectivo, con lo cual se confirma que "una acción humana no es una simple concatenación de movimientos, sino la puesta en ejecución de un sentido..." (Martín-Baró, 1995, p16).

b) El significado psicosocial de las semillas

i. La semilla es vida y las campesinas y campesinos agroecológicos sus guardianes

Las personas entrevistadas conciben a las semillas como la vida, a partir de ellas existe la naturaleza: desde los árboles más majestuosos, hasta los musgos que crecen abrazados a las piedras, todos se originaron y perduraron a partir de semillas.

Las semillas también son la vida porque las plantas que germinan a partir de ellas alimentan a los animales, los microorganismos y las personas. De esta manera cada semilla es vista como un milagro conteniendo otro milagro: las semillas son el corazón de la creación, sin ellas la Madre Tierra no podría nutrir ni abrigar.

Por eso las semillas se colocan como centro de la cosmovisión agroecológica, al significar vida, reproducción y diversidad. Son el corazón que late dentro de las relaciones campesinas.

A partir de esta concepción, las personas campesinas que trabajan con semillas, resignifican

su rol asumiéndose como guardianas de la vida. Las relaciones que establecen con las semillas se caracterizan por ser colaborativas, ellos y ellas son cómplices en la generación de la vida.

La materialización de esta concepción reside en las prácticas que garantizan la viabilidad de las semillas, lo que refiere a las condiciones adecuadas de almacenamiento que permitan preservarlas —de acuerdo con las características culturales y geográficas de la comunidad— para asegurar su germinación en las cosechas posteriores. Así, desde la complicidad, las personas agroecológicas contribuyen con la reproducción y multiplicación de la vida del planeta.

Este marco anula la adjetivación de la naturaleza como objeto de explotación y de las semillas como bienes mercantiles, lo cual también implica el principio ético de que la vida no puede ser mercantilizada, ni controlada.

Es así como los mecanismos de control tecnológico se significan como acto de despojo y aniquilamiento de la vida, porque manipulan a las semillas para restarles la posibilidad de reproducirse y las vuelven dependientes de insumos externos. Asimismo, los mecanismos legales expresan las lógicas mercantiles y privatizadoras de la agroindustria transnacional que, a través de la penalización, condena la reproducción y diseminación de las semillas y del conocimiento que tienen asociado.

Estos mecanismos chocan con las concepciones agroecológicas en que la semilla, en tanto vida, no es propiedad exclusiva de una persona o grupo particular, sino que “*son sus semillas, nuestras semillas, las semillas de todos*” (Dora, 47 años), patrimonio de la humanidad. Sentido que nutre la identidad agroecológica reforzando el rol del campesino y la campesina como cómplices en la generación de la vida, a través de la preservación de las semillas y el cuidado de los ecosistemas.

Consecuentemente, los mecanismos de control de las semillas representan el ejercicio de la muerte: al tratar de controlar a las semillas, las transnacionales encarnan el espíritu aniquilador de la vida.

ii. La semilla cosmogónica de la diversidad

La semilla es cosmogónica, pues de ella se desprende la vida, manifestaciones diversas que poblaron los campos o que, al mezclarse, generaron nuevas variedades. Los

atributos dados a las semillas las colocan como eje estructurante de la cotidianidad campesina, pues representan la posibilidad de que la vida sea diversa.

Si las semillas son vida, lógicamente expresarán colores, formas, texturas, olores y sabores que componen la naturaleza. En ese concierto, cada planta, cada árbol que se encuentra en el paisaje tiene una razón de ser, por eso se confía en las semillas como generadoras de variedad de frutos que se conjugan para proveer los complejos nutricionales requeridos por los seres vivos.

Las semillas diversas, heterogéneas pero complementarias, se instalan en la conciencia de las campesinos y las campesinas, como la posibilidad de una alimentación variada y nutritiva. Cada semilla que contiene enzimas, vitaminas y minerales distintos garantiza la preservación de la humanidad. Sin ellas nuestra especie no hubiera sobrevivido.

Vida y biodiversidad también están ligadas con el significado de la soberanía alimentaria. Como se ha mencionado, las personas que desarrollan la agricultura, desde una perspectiva agroecológica, cuentan con semillas e insumos que les permiten sembrar y cosechar en condición de independencia con la agroindustria transnacional. Esta condición de integralidad de la finca agroecológica es posible gracias a las semillas que, en sus diversas manifestaciones, procuran proteínas, carbohidratos, vegetales y legumbres, así como follajes, plantas repelentes, plantas medicinales, flores que atraen polinizadores, plantas que alimentan a los animales.

Bajo ese principio la finca agroecológica es autónoma, concepción que se traslada al contexto nacional, resignificada como soberanía alimentaria.

Así como las personas que cuentan con semillas son autónomas, los países que cuentan con semillas son soberanos porque pueden procurar alimentos para sus habitantes y decidir cómo producirlos. Este principio fundamental riñe con la agroindustria que, al instalar al sector campesino en un ciclo de dependencia mercantil, convierte a los países en dependientes de sus decisiones, sus paquetes y su mercado.

Todas estas concepciones permean el significado de la semilla como agricultura. Como se dijo en la caracterización de los modelos, las personas entrevistadas establecen una diferencia fundamental entre ser productor y ser agricultor.

Esta diferencia deviene, entre otras cosas, de que las campesinas y campesinos agricultores

son autónomos. Pero en su concepción se manifiesta que las semillas generan las condiciones que permiten el ejercicio de la agricultura.

Las campesinas y los campesinos construyen cultura en los modos de producción: cómo sembrar una semilla, a la par de cuáles variedades le gusta estar, prefiere el sol o la sombra, al germinar necesita andamios que la sostengan o se arrastra por el suelo.

Estas características van definiendo las maneras en que se estructuran los cultivos y se conjugan con las particularidades de cada región para definir el uso de insumos en abonos o repelentes: para fabricar un buen biofermento que abone se puede mezclar melaza con fósforo, potasio y nitrógeno. Estos elementos se obtienen, respectivamente, de la papaya, el banano y la guayaba, pero si no hay guayabas se puede utilizar cases o cualquier otra fruta alta en nitrógeno. Como este abono atraerá a las hormigas, habrá que preparar un biofermento repelente haciendo una maceración de apazote en alcohol de 90°. En caso de no tener apazote en el jardín, bastará con utilizar cualquier otra planta repelente como la ruda.

Todos estos ingredientes de los biofermentos están matizados por las realidades climáticas y geográficas de las comunidades de las personas campesinas. Probablemente sus compuestos varíen de acuerdo con los climas, pero manifestarán la biodiversidad y la cultura locales.

Asimismo, la cultura agrícola que generan las semillas se manifiesta en las tradiciones gastronómicas de las comunidades y países. *Zea mays* es el nombre científico de una gramínea originaria de América y que, según donde una persona se encuentre se llama maíz, elote, choclo, pujagua.

Existen miles de variedades de maíz, así como existen múltiples maneras de prepararlo: tamales, tortillas, pupusas, baliadas, atol, pan, mazamorra, papín, etc.

Lo mismo ocurre con cada alimento que produce la tierra. Sus frutos, flores y hojas se transforman en platillos que adornan la mesa, nutriendo a los comensales, y que encarnarán las manifestaciones culturales de los pueblos. En esa medida que las semillas generan biodiversidad, aportan a las tradiciones gastronómicas, al proveer nutrición y generar cultura en los pueblos.

Las campesinas y campesinos agroecológicos en tanto creadores de cultura agrícola, contribuyen con el enriquecimiento de la biodiversidad cuando ejercen prácticas que

permiten cruces de semillas, al generar nuevas variedades de una especie. No es más que sumarse a la incansable dinámica de la vida que se multiplica en colores, formas, texturas, tamaños y olores.

Partiendo de la cosmovisión agroecológica, las campesinas y campesinos se convierten en sujetos que generan cultura agrícola, al contribuir con el enriquecimiento de la biodiversidad y la cultura de los pueblos.

iii. La semilla nativa es resistencia colectiva

El que la semilla sea designada como corazón de la agroecología convierte a las nativas o criollas en “*semillas combativas*” (Feliciano, 66 años).

El análisis de esta investigación ha establecido los ejes estructurantes de la identidad campesina agroecológica, señalando que es una agricultura que se construye desde un discurso y práctica propios, en conflicto y tensión con el modelo imperante de agroindustria capitalista.

Desde esa perspectiva la semilla nativa o criolla —la preservada por las personas agroecológicas— expresa el conflicto con dicho modelo. Las prácticas vinculadas con ella (reproducción, mejoramiento y diseminación) se oponen a los mecanismos y disposiciones que las transnacionales han establecido. En consecuencia, si la semilla corporativa es la manipulada, la agroecológica es combativa y las prácticas que ella genera son de resistencia.

La semilla nativa promueve acciones ideológicas que, aun cuando se realicen desde lo privado, remiten a prácticas compartidas por los miembros de la comunidad de intercambios, quienes también las significan como rasgos de su identidad y de sus luchas reivindicativas.

Frente a ese modelo homogeneizante, se erige la semilla criolla que, al ser significada como vida, reproducción, diversidad, soberanía alimentaria y cultura, es semilla que resiste y construye alternativas.

Esta semilla es parte de la milenaria herencia ancestral, ha sido recogida, sembrada, mejorada y multiplicada a través de los siglos. Desde las prácticas colectivas se ha adaptado a diversos climas y suelos, y —en nuestros días— se convierte en la semilla de la esperanza que alimenta las luchas por un mundo inclusivo y diverso.

La semilla criolla es la contenedora del saber ancestral y, a la vez, depositaria de los nuevos

hallazgos que permiten mejorar su viabilidad y su multiplicación. Es desde esas prácticas subversivas que genera conocimientos y dinámicas que permiten construir sentidos personales y colectivos.

Frente a las intenciones agroindustriales de desplazar el saber ancestral, a través de la propiedad intelectual y las patentes, las personas agroecológicas actúan en las lógicas de generación del conocimiento, los ciclos de las semillas: tomala, resguardala, multipicala, mejoralala y compartila. De esa manera se reconstruyen como guardianes y guardianas de las semillas.

Ser guardianes y guardianas de las semillas y del conocimiento sobre ellas no significa quedarse con todo ese saber, porque se comprende que la misma dinámica de las semillas y sus ciclos impulsa siempre a la multiplicación a través de la socialización.

Así se desvela una posición frente al mundo: cuando una persona o un grupo de personas son portadoras y generadoras de un saber particular —en este caso sobre las semillas— no se convierten en “dueñas” que lo acaparan y lo sueltan a cambio de un puñado de billetes. El conocimiento y las semillas deben ir y venir, pasar por muchas manos para que puedan ser empapados con la diversidad cultural y con las distintas visiones y concepciones... la dinámica dialéctica de la vida, el proceso psicosocial expresado en la acción.

Los ciclos de las semillas expresan la dinámica histórica de la agri-cultura resignificada como acción ideológica de resistencia, pues permitió la supervivencia, enriquecimiento, multiplicación y socialización de los conocimientos y prácticas ancestrales.

En el ámbito general, se puede apreciar como la agroecología es una cosmovisión consistente: los significados tienen un correlato directo con las prácticas que, a su vez, los transforman y enriquecen.

Esa conexión dialéctica entre significados y prácticas es el motor de la construcción dinámica de la identidad agricultora y también del saber colectivo.

Las semillas, como corazón de la cosmovisión, se convierten en síntesis de esos significados y prácticas. Dan cuenta de que lo personal se resignifica en el colectivo, evidenciando el carácter psicosocial de las dinámicas: hay un referente individual particular que no se agota en lo privado, sino que se enriquece y transforma en el vínculo con otras personas que lo comparten y, a su vez, lo resignifican.

Así la semilla nativa simboliza la resistencia a esta globalización egoísta, excluyente y

homogeneizadora que se le quiere imponer al mundo: *“El amor por las semillas nos llevará a la resistencia”*(Camilo, 63 años).

c) Poder y resistencia

El poder es el eje central sobre el que se estructura la sociedad. Quienes lo detentan se valen de distintos mecanismos para imponer sus intereses y sus visiones, de manera que la gente los asuma como algo natural y cotidiano.

i. La agroindustria transnacional y corporativa

Las sociedades actuales son regidas, mayoritariamente, por el capitalismo neoliberal que, mediante los procesos de globalización, se impone al planeta como modelo de “desarrollo”.

El neoliberalismo designa al mercado como escenario fundamental para la interacción, las relaciones y las definiciones sociales. En él se pretende instalar a las corporaciones como agentes configuradores de la realidad y del mundo.

El mercado —como nuevo regente de la cotidianidad— establece cánones de eficiencia y productividad a partir de nuevos ritmos, más agitados e intensos, que orientan la producción a escala macro y en masa. Los cuales, a su vez, se ligan con pautas de consumo exacerbado, designado como práctica primaria de dinamización de la sociedad.

Así, para garantizar la satisfacción de las nuevas demandas de los consumidores y las consumidoras, el modelo globaliza prácticas y concepciones depredadoras de los ecosistemas.

El consumismo como nuevo ejercicio sustituye a la ciudadanía. A su vez, la oferta y la demanda sustituyen a las necesidades materiales de existencia.

“La vida del hombre en la ciudad es tan agitada que no le permite mirarse hacia adentro, mientras que en el hombre del campo esa introspección, digamos es más profunda porque tiene más tiempo... desde un trabajo de un hombre que siembra la tierra a un obrero que cumple un turno y después de ese turno va a otras labores y no tiene el mismo ritmo de vida en la ciudad. Entonces el tiempo para mirarse a sí mismo es mayor el del campesino, por lo tanto los valores de su cultura también son más sólidos...” (Víctor Jara, Plegaria a un Labrador)

ii. Un nuevo paradigma para la vida

En sus discursos, las personas campesinas entrevistadas identifican la agroindustria corporativa como la manera en que el neoliberalismo se concreta dentro de la agricultura y la caracterizan como un modelo que pretende controlar los modos de producción campesina, homogeneizar la vida (a través de la estandarización de semillas y de los paquetes agrotóxicos) y desplazar el saber ancestral. Todas estas condiciones impactan la cultura campesina, así como la de los pueblos.

Partiendo de sus concepciones y de sus prácticas, las campesinas y los campesinos colocan la agroecología como modelo alternativo a la agroindustria transnacional y, por lo tanto, en resistencia al capitalismo.

La agroecología es, por definición, una alternativa en tensión con la agroindustria corporativa y con el capitalismo neoliberal. Desde su cosmovisión, establece un conjunto de valores, principios y una ética que orientan el quehacer campesino en la finca, las relaciones con el mundo y las articulaciones políticas reivindicativas.

Este marco que brinda la agroecología ha sido construido y dinamizado por sus integrantes: las agricultoras y los agricultores orgánicos son sujetos históricos en alianza con la tierra y las semillas.

La asignación de las campesinas y campesinos como sujetos que transforman el mundo, contrarresta el protagonismo de las transnacionales y posiciona a la agri-cultura como dinámica configuradora de realidades y procesos culturales.

Asimismo, la definición de sujetos sociales que reivindican las personas campesinas agroecológicas también implica que sus prácticas son profundamente transgresoras del modelo imperante.

La práctica agroecológica parte de las semillas, pero está basada en dinámicas de compartir: se comparten semillas, conocimientos, prácticas, insumos, etc. Lo que se comparte es concebido como patrimonio de todas las personas, con lo que se contraviene a la propiedad intelectual y de las patentes.

Frente al individualismo del modelo, las prácticas colectivas dinamizan los modos de producción, haciéndolos diversos, democráticos, inclusivos.

En el ámbito general, la práctica agroecológica es esencialmente colectiva, lo cual coloca a la organización como espacio que articula personas diversas que, desde sus propias

particularidades y percepciones, contribuyen con la construcción de un discurso integral.

La participación es una condición necesaria para la conformación del colectivo, esto refunda las relaciones entre géneros, haciéndolas más dialógicas y democráticas, con lo que se contraviene a la agroindustria que, además de capitalista, es patriarcal.

La organización es significada por las campesinas y campesinos agroecológicos entrevistados como práctica de resistencia colectiva y comprometida con un mundo socialmente justo y ecológicamente sustentable.

La articulación en colectivos a lo largo del territorio nacional permite el apoyo mutuo y acciones coordinadas en las regiones.

Esta misma lógica de articulación colectiva para la acción es la que prevalece como MAOCO, lo cual se concreta en el trabajo para que la Ley de Agricultura Orgánica fuera aprobada en la Asamblea Legislativa o en integrarse a los Comités Patrióticos que, en el marco del referéndum, reunieron actores diversos opuestos a la aprobación del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos y Centroamérica.

En estos espacios de la lucha colectiva contra el TLC, las semillas significan empoderamiento personal, pero también redimensionan el espacio de lucha colectiva incluyendo a los otros y las otras que, desde sus posiciones y sectores, contribuyen con la generación de los argumentos claros, concisos y diversos que tejieron el discurso del “No”.

Así la cosmovisión agroecológica se construye internamente como eje estructurante de la identidad campesina orgánica y provoca, a la vez, una consecuencia externa: la agroecología se brinda al mundo como propuesta colectiva de alternativa y de resistencia.

En oposición a la agroindustria, la validación de la naturaleza como escenario fundamental para la generación de la vida contrarresta la designación del mercado como centro de la sociedad y como rector de lo cotidiano.

Los atributos de seres vivos dados a las semillas y a la tierra revelan ese lugar central de los ecosistemas como protagonistas en la preservación de la vida sobre la tierra, con los que el campesinado sostiene relaciones de alianza para la generación de la vida. Ésto también resta legitimidad a las transnacionales.

La tierra es resignificada como madre nutridora, reivindicando sus ritmos como definidores del calendario laboral agrícola, y sus ciclos como administradores de alimentos diversos según la época del año.

Más allá de las jornadas establecidas por la agroindustria corporativa, la agroecología confía en la sabiduría de la tierra que ha nutrido a la humanidad en los últimos 10 mil años. Por eso asume los ritmos de la tierra y las semillas, con lo cual reivindica a la naturaleza como escenario fundamental para el desarrollo de los pueblos y como rectora de los ciclos productivos centrados en la tierra.

Al calendarizar la actividad campesina de acuerdo con esos ritmos también se resuelve la tensión que las lógicas consumistas establecen a partir de la exigencia de la “eficiencia” productiva, masificada y uniforme.

El significado implícito de vida en la tierra y en las semillas resignifica las formas de vincularse con la naturaleza: se trabaja con la naturaleza y no sobre ella. Las personas forman parte de los ecosistemas, por eso se relacionarán con ellos desde lógicas de solidaridad y alianza.

En esas relaciones, se establece un diálogo entre las personas campesinas y la tierra, que habla y dicta lo que necesita para que las cosechas tengan mayor calidad. Esta visión sobre la tierra y la vida resulta incompatible con pautas de explotación y depredación del ambiente, que más bien son denunciadas desde el movimiento agroecológico, como violencia y muerte. La cosmovisión agroecológica es marco para las relaciones solidarias con la tierra y las semillas, pero también para la correspondencia entre personas campesinas. Por eso se contrarresta el carácter de competencia que el mercado ha asignado a dichas relaciones y se actúan relaciones de colaboración que también se plantean en la comercialización como proceso que debe reflejar la justicia con la tierra, con quienes producen y con quienes consumen.

El corazón de la vida agroecológica es la semilla, ella levanta la bandera de la vida que es diversa, diferente, complementaria e infinita. Sus dinámicas implican la multiplicación de variedades a partir del cruce de las semillas en los huertos o de la adquisición de nuevas semillas en los intercambios.

El conocimiento agroecológico resulta diverso porque sintetiza la biodiversidad de la Tierra, generada a partir de las semillas, lo cual se contrapone con los mecanismos de control tecnológico y legal, así como con la mercantilización de las semillas.

El lugar central de la diversidad en la agroecología expresa la dinámica integradora de la diferencia y la complementariedad, significado que se materializa en las prácticas que

responderán, entonces, a lógicas de multiplicación y socialización de variedades y conocimientos. Esto entra en tensión con las formas de control y homogeneización de la agroindustria.

La semilla germina en frutos variados que permiten la alimentación nutritiva y, a partir de esa diversidad, genera culturas distintas en el planeta.

Los componentes culturales de las semillas son manifestaciones de la cultura de una región o de un país, pues las personas que habitan en ese lugar las permearon de sus creencias y de su historia.

En esa medida la semilla inviabiliza al capitalismo agroindustrial, pues enfatiza el valor de la comunidad como espacio que, partiendo de ella y de sus frutos, participa en las creaciones culturales de los países.

La interacción entre las semillas, la cultura y las comunidades refiere ineludiblemente al significado de soberanía alimentaria.

Ésta como reflexión dentro de la agroecología implica diversidad alimentaria, que es la posibilidad de que la vida continúe y se manifieste a través de los nutrientes ofrecidos.

Diversidad en la naturaleza significa también diversidad en la mesa: ayotes fibrosos, sandías hidratantes, vitaminas en las papas y en las zanahorias, y también en las naranjas. Distintos tipos de vitaminas en cada planta, tubérculos blancos y anaranjados, proteínas en los frijoles y en la soya, y gramíneas que se convierten en cosposas, en chorreadas y en pan. Pero no de una sola clase: a la par del ayote criollo, tener el ayote maya y también algún calabacín y un zapallito; que el maíz sembrado sea “amarillo diamante” para las tortillas, y pujaguas rojos y negros para el pozol, pero de preferencia permitir que se mezclen para tener mazorcas con granos multicolores. Y que la mata del maíz, antes de secarse para volver a ser compost, también permita que el ballar se enrede y produzca vainicas para un picadillo y frijolones que se comerán con plátanos pintones. Y tener tomates de palo, para que hagan cerca a los vientos y también para hacerse un buen fresco. Y la rosa de jamaica que adorna con sus flores de papel, cada una por un sólo día del año, que se caen para dar paso al capullo con el que se hace una deliciosa infusión limpiadora de los riñones.

Y en esa sinfonía de la vida, germinar, crecer y dar flores y frutos, y “morir”... aunque la muerte no existe porque las plantas que finalizan su ciclo productivo resucitan en las semillas y su materia seca cae sobre la tierra, nutriéndola para la siguiente siembra: “del compost

venimos y en compost nos convertiremos” (Ernesto, 26 años).

La diversidad alimentaria va de la mano de los mecanismos que garanticen la producción de esos alimentos diversos. Desde la perspectiva agroecológica, el dilema de la vida frente a la muerte es ético: por eso no se utilizan agrotóxicos, por eso se promueve la biodiversidad, por eso se resignifica el lugar de los campesinos y campesinas como otra pieza más del andamiaje de la vida.

A partir de esa reflexión, la producción limpia y diversa se convierte en una práctica de resistencia a favor de la biodiversidad y de la soberanía alimentaria, lo cual implica partir de los mismos recursos que la naturaleza ofrece dentro de la finca y articularse en redes humanas que contribuyan a garantizar la producción diversa, garantizando la propia alimentación, la de la familia, la de la comunidad y la de la sociedad.

Así es como la imagen de guardianes de las semillas significa también ser guardianes de la vida y de la alimentación y nutrición de todas las personas. Es decir: las campesinas y los campesinos agroecológicos salvaguardan la soberanía alimentaria. Y desde ella denuncian que la alimentación, para que sea nutritiva, no puede ser uniformada y encasillada entre las pocas especies intoxicadas que las transnacionales corporativas definieron como base de la alimentación humana.

La alimentación, para que sea soberana, no puede depender de la producción industrializada, tiene que estar en manos de los millones de familias agricultoras que la han garantizado históricamente.

Entonces, partiendo de sus presupuestos, la agroecología posiciona una visión del mundo que es también denuncia de las inequidades e injusticias implantadas por la agroindustria corporativa. A partir de sus concepciones y prácticas, propone una alternativa de producción agrícola que se significa como alternativa de resistencia política.

La agroecología, a partir de su cosmovisión, está en conflicto con el mercado neoliberal, lo denuncia, lo señala, pero también brinda alternativas concretas a los pueblos.

Es en sí misma contestataria al capitalismo neoliberal que se manifiesta en al agroindustria corporativa.

iii. A manera de Epílogo: Estampa para comprender la resistencia

Ha llegado la agroindustria con sus prédicas sobre la imprescindibilidad de su semilla manipulada, que proclama fuerte y resistente por la intervención divina de la ciencia. Dice que esa misma ciencia ha permitido menos esfuerzo, pues ya no habrá que sembrar tantas variedades de una misma especie. ¿Para qué? ¡El genoma manoseado de la semilla corporativa ya tiene suficiente! Y por si acaso, el mismo mercado proveerá frasquitos vitamínicos que suplan las carencias de esas semillas. “Todo está fríamente calculado”.

Y viene la agroindustria corporativa a decirnos qué comeremos y cómo lo producirémos. Y también nos dicta las formas en que podamos comerlo.

Llega la agroindustria capitalista con un saquito venenoso que intoxica a la semilla y con conocimiento encarcelado en patentes. Y lo pone todo en anaqueles para que las personas puedan comprarlo.

Viene la agroindustria. Viene de otras partes —igual que hace cinco siglos— a decirnos nuestro equívoco, a reemplazarlo por su verdad.

Pero llegan también otros y otras, que no estaban invitados...

*“Cuánto tiempo estoy llegando, desde cuándo me habré ido
cuánto tiempo caminando, desde cuándo caminando,
caminando, caminando.”* (Víctor Jara)

Bajando la cuesta, debajo de la arboleda y al son de tambores, vienen las campesinas y los campesinos, compartiendo su semilla combativa. Semilla histórica que encarna la milenaria herencia ancestral, que se recibe para ser enriquecida antes de la entrega a la generación de relevo. Semilla comunitaria que encarna los climas y los suelos variados de los países.

Semilla comunitaria en las manos de todas y todos.

Vienen proclamando a la tierra como madre que necesita barbecho para descansar y regenerarse. Andan desintoxicando a la naturaleza de los agrovenenos que han esparcido las corporaciones, sanando las heridas de los ecosistemas, conjurando para atraer cantos de pájaro y croar de ranas.

Acuden con el bioldo y con los biofermentos, para compartir en la conversa las maneras en que han renovado y enriquecido sus prácticas. Cuentan, con pelos y señales, cada detalle que les ha permitido mejorar la siembra y cada equívoco cometido, ino vaya a ser que

alguien más meta las de andar!

Cuentan. Pero también escuchan.

Apuntan en sus cabezas las lecciones aprendidas por los otros y las otras, y regresan a la finca para poner en práctica aquello que, a través de la palabra, les fue regalado. Y el día en que vuelvan al colectivo, llevarán la experiencia encima, para convertirla en palabra cuando hagan el recuento.

Replican con el conocimiento los ciclos de las semillas: tomándolos, resguardándolos, multiplicándolos, mejorándolos, compartiéndolos. Así, liberan al conocimiento de la reja que el código de barras le ha impuesto.

No hay miedo a un robo, ni temor a que alguien les copie. No necesitan un pago para compartir.

Retan al mercado controlador, retan a la agroindustria transnacional, retan a la propiedad intelectual porque están seguros de que “la creación se protege compartiéndola”.

Nos llegan las campesinas y los campesinos, con alforjas llenas de semillas multicolores, de nutrientes que se amalgaman para alimentar, brindando banquetes variados y sabrosos con los frutos de sus semillas. Invitan a toda la gente a sentarse. Y hacen ritual, celebran a la Madre Tierra, reconocen su sabiduría milenaria que ha dado sustento. Y en la mesa grande comparten los frutos biodiversos de la cosecha, para llenar estómagos y para rehacer fuerzas, a fin de alimentar las luchas.

Nos llegan como agricultores y como agricultoras, unidos en mazorca, lanzando consignas que espantan al miedo, que espantan a la muerte: ¡la semilla es vida, no mercancía! Que la tierra es de todas, no de unos pocos. ¡No a la injusticia! ¡No al acaparamiento! ¡No al envenenamiento!

Vienen desde el reverso histórico, proclamando que no hay una sola versión sobre la vida, y en la proclama también hay denuncia y hay propuesta. Y la propuesta embruja al mercado, haciendo diversa a la historia. Esa historia que, siendo alternativa, se construye todos los días, no a solas, sino en racimos, en ecosistema, en saquitos, en colectivo... es así como nos viene la esperanza.

**“Todavía cantamos, todavía pedimos,
todavía soñamos, todavía... esperamos”.**
(Víctor Heredia)

6. CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

a) Conclusiones

i. Sobre los resultados del estudio:

- ***Las semillas sintetizan saberes, significados y prácticas psicosociales***

1. La coincidencia de las personas entrevistadas en que las semillas significan vida y reproducción permite comprender por qué las prácticas agroecológicas están profundamente enraizadas en el cuidado de la tierra, la naturaleza y las propias semillas. Preservar y salvaguardar las semillas y el conocimiento asociado a ellas, mediante la implementación de las diferentes prácticas compartidas es equivalente a contribuir con la preservación de la vida en la naturaleza y de la vida campesina.

2. La biodiversidad es un significante fundamental relacionado también con la vida y la reproducción. Las semillas son vida y ésta se manifiesta en infinitas formas, colores, olores, sabores y texturas, en conocimientos diversos que interactúan en un proceso en el cual las personas son también parte integrante de la biodiversidad. La variedad en todas sus expresiones es una riqueza y un valor que permite el equilibrio natural.

Las semillas son fruto de la biodiversidad y de su incesante dinámica de cruces y germinaciones, que permite la existencia de árboles, plantas, animales, flores y saberes necesarios para la alimentación, la oxigenación y la renovación de la tierra. Esta dinámica representa, en el imaginario de las personas campesinas agroecológicas, una íntima relación de interdependencia con la Madre Tierra que da todo lo necesario para la vida: la alimentación, el aire, el agua, la belleza, el sustento de las actividades agroecológicas, la cultura.

3. Así como el significado de la vida se entrelaza con el de la biodiversidad, la soberanía alimentaria completa la trenza de significantes campesinos agroecológicos alrededor de las semillas.

La soberanía alimentaria se comprende como un derecho irrenunciable de los pueblos y se vincula con la posibilidad de contar con diversidad de alimentos nutritivos y con las garantías que permitan su producción en manos de las personas agricultoras. Los significados insertos en la soberanía alimentaria se concatenan con los de la vida y la biodiversidad, porque en ella se concreta el sustento: biodiversidad en la naturaleza es

diversidad alimentaria en la mesa. Con el banquete puesto en la mesa se celebra y agradece la bondad con que la Madre Tierra brinda su abundancia.

4. De esta forma el rescate y revalorización de la cultura culinaria tradicional que ha resultado desplazada por la lógica transnacional de la comida chatarra es también una forma de defensa de las semillas y de la lógica que ellas expresan: recuperar variedades locales de semillas con importancia nutricional y medicinal, recordar e inventar platos que incorporen los frutos de la biodiversidad del país, procurar diversidad alimentaria para la propia familia y en la oferta de productos para la comunidad, tratando de que las nuevas generaciones, bombardeadas por la publicidad y la homogeneización propia del sistema capitalista, abran un espacio para los alimentos sustentables que nutren cuerpos y corazones.

La alimentación se convierte así en el eje que vincula la agricultura como actividad económico-productiva, con la agricultura como práctica cultural y de sustento para la vida.

5. Desde los significados que se les atribuye, resulta inconcebible mercantilizar las semillas, pues eso significa mercantilizar la vida, una involución social y natural equivalente a poner precio sobre las personas. Las semillas no pueden ser objeto de propiedad intelectual porque no es ético considerar la vida una mercancía.

En todo caso, dentro de los procesos de comercialización no se venden las semillas, sino que se remunera el trabajo y el tiempo utilizado para reproducir las semillas, lo cual garantiza que se puedan ofrecer y compartir. Al mismo tiempo la agricultura orgánica agroecológica valora y obliga al justo reconocimiento del trabajo campesino y su potencial de producción y reproducción como actividad creadora de cultura y conocimiento que sostiene a la vida y a la sociedad.

6. El compartir de forma libre semillas y saberes es una forma de retar la individualización promovida por el sistema dominante. Generar y compartir conocimientos de manera colectiva constituyen prácticas muy relevantes para las campesinas y campesinos orgánicos, en tanto la agroecología requiere la interacción colectiva para desarrollarse.
7. En ese sentido, los intercambios de semillas son acciones de resistencia que permiten compartir conocimientos colectivos y culturales, pues se comparte la “parte cultural” de las semillas, es decir: cómo deben sembrarse, cuidarse, cosecharse y comerse. Las semillas se significan así como generadoras de cultura, pues no sólo están compuestas de material

genético, sino también de prácticas y costumbres culturales que permitieron su mejoramiento y reproducción.

Las semillas que tienen asociado un conocimiento histórico transmitido en la práctica campesina compartida permiten la agri-cultura como dimensión esencial de la cosmovisión agroecológica, que da cuenta de las tradiciones ancestrales de cuidado, reproducción y gastronomía que se desprenden de ellas.

8. En los intercambios de semillas no se comparten solamente conocimientos sobre su manejo, también se reciben y se regalan semillas cultivadas por las personas agricultoras orgánicas, a cambio de que quien se las lleve se comprometa a reproducirlas para que, en el futuro, esas variedades preservadas en comunidad puedan compartirse nuevamente y se mantengan vivas en las fincas campesinas.

El libre intercambio de semillas y conocimientos asociados a ellas es significado como práctica de resistencia al retar en su misma esencia los principios de la propiedad intelectual: no puede considerarse propiedad privada lo que existe gracias a conocimientos de muchas generaciones y muchas personas. Las semillas se reciben libremente y se multiplican y comparten de forma igualmente libre, Es la única forma de mantenerlas vivas.

9. Las semillas entonces no se resguardan escondidas o protegidas con patentes, sino reproduciéndolas y manteniéndolas vivas en las fincas campesinas, construyendo cultura agrícola. De esta manera los “bancos” o “almacenes” de semillas son resignificados como santuarios que permiten su reproducción en manos de muchas personas que las mejoran, las multiplican y las comparten, al tiempo que desarrollan saberes colectivos y dinámicos en ese proceso.

Las fincas orgánicas agroecológicas son de por sí santuarios de semillas. Incluso cuando no se les da ese nombre, representan los espacios vivos donde las semillas encuentran las condiciones para interactuar con las personas y con ecosistemas diversos, a fin de seguir reproduciéndose, lo cual permite la reproducción de la agri-cultura.

10. Las semillas como significantes amplios de vida, diversidad y biodiversidad, equidad, nutrición, agri-cultura, alimentación y soberanía alimentaria, como síntesis de una forma de vida agroecológica que tiene implícita en sí misma la necesidad de compartir, permiten y motivan prácticas desideologizantes que descolocan a las personas del lugar en que las

corporaciones, en complicidad con los gobiernos, les han querido poner.

Cuando una persona agricultora opta por la agroecología, por vincularse con la tierra, por el cuidado y reproducción de semillas, y por la producción de abonos, biofermentos y repelentes a partir de los insumos de la propia finca, contribuye con una producción más limpia y con el equilibrio natural. Al mismo tiempo resignifica su práctica como acto político, pues revierte la lógica corporativa de control y de lucro desmedido, la dependencia tanto de los agrovenenos como del dudoso “saber” del técnico externo o de la compañía.

11. Las prácticas relacionadas con semillas son así “la puesta en ejecución de un sentido” (Martín-Baró, 1995, p16). No son conductas sino acciones políticas, en tanto comprenden un sentido y un producto histórico: desde un significado de defensa de la vida y resistencia frente a la imposición del sistema, atribuido colectivamente, implican una recuperación de saberes y una decisión consciente de reproducir ritmos naturales en conexión con la tierra, permiten la agri-cultura como construcción histórica y sustento de la alimentación y la vida campesina. Son prácticas creativas e innovadoras que apuntan a subvertir el orden establecido.

Resistir a través de prácticas y significados que se nutren dialécticamente equivale a actuar que no hay fin de la historia, ni homogeneización, ni estandarización. Mientras haya gente que opte por la historia biodiversa y combativa que representan las semillas criollas, habrá esperanza, habrá alternativas, habrá resistencia desgajándose en dulces racimos de plátanos maduros, germinando en verdes vainicas que den paso a semillas de más resistencia y vigor, que prosigan el incesante andamiaje de la vida.

- ***La organización como espacio de referencia y síntesis psicosocial***

12. Desde la psicología social de la liberación, resulta imposible separar las prácticas de los significados: la práctica cotidiana va reconfigurando los sentidos y lugares desde los cuales se entiende la realidad, y al mismo tiempo estos cambios de significado van rearticulando las prácticas, en un proceso dialéctico que surge desde la historia y condiciones personales de cada individuo y se desarrolla en la interacción colectiva del espacio social.

Para las personas campesinas participantes en esta investigación, es en la organización donde se concreta ese proceso, particularmente en la dinámica del influjo interpersonal en

el cual los significados son corazones de las acciones que adquieren una significación mayor en la medida en que son referidos a otras personas y colectivos.

13.La relación agroecológica con las semillas es necesariamente colectiva y expresa por lo tanto un proceso de construcción psicosocial. Los significados atribuidos a las semillas por parte de las personas agricultoras orgánicas agroecológicas no son aislados o individuales: se estructuran desde una historia y una cultura particular, pero también una historia y una cultura compartidas que comprenden la relación familiar con la agricultura, la preocupación por la salud y el ambiente, la vinculación organizativa y el acceso a espacios de formación e intercambio.

Los significados se reconocen y construyen en la interacción con otros y con otras en la comunidad facilitada por el colectivo organizativo, en un proceso que permite re-significar sentidos y conocimientos, enriquecerlos y cuestionarlos para volverlos a estructurar en un proceso constante que va más allá de las perspectivas individuales de quienes los construyen, lo cual se concreta en la relación agroecológica con las semillas como práctica compartida.

14.La raíz histórica personal y social que sustenta todas las prácticas relacionadas con las semillas es modificada en la práctica cotidiana individual y colectiva de las campesinas y campesinos agroecológicos. Las prácticas compartidas en comunidad reflejan al mismo tiempo las condiciones materiales de existencia y la cosmovisión y sentidos que al respecto se han construido colectivamente, los cuales a su vez tienen implicaciones para la estructuración de la actividad cotidiana y la subjetividad de las personas campesinas.

15.La organización permite entonces compartir significados y reconstruirlos a la luz de la experiencia de otras compañeras y compañeros, mantener vivas líneas de información y comunicación y articular visiones y necesidades comunes. Así desvela que la agroecología es una práctica compartida, parte del hacer y quehacer de muchas familias y personas, con lo cual el “nosotros-nosotras” es redimensionado en tanto colectivo de identidad.

16.La articulación en grupos facilita la autoconstrucción de las personas campesinas agroecológicas como ciudadanía consciente, como sujetos sociales y políticos que se vinculan en el primer colectivo que es la familia, pero también resignifican la práctica de la colectividad al articularse en los ámbitos local, regional y nacional, como una práctica

necesaria para el desarrollo de la agroecología como opción compartida.

La relación con otras y con otros en la organización permite el intercambio de semillas y saberes, y al mismo tiempo conforma la acción colectiva como resistencia frente a la agricultura transnacionalizada y al sistema capitalista que la promueve, en un proceso de politización en que se redimensiona el contexto de amenazas y se hace necesario ir más allá de la práctica privada y sumar fuerzas para incidir organizadamente en el entorno, a fin de defenderse y procurar condiciones favorables para la agricultura orgánica agroecológica.

17. En esta línea el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense se entiende como una instancia nacional de organización y confluencia de sentidos y prácticas, conformada por una diversidad de organizaciones locales que se articulan en red y dan vida al MAOCO, de forma que las personas integrantes de este mosaico organizativo pueden trascender la privacidad y redimensionarse como grupo organizado con una identidad compartida.

18. En la práctica de vinculación con otros y otras significantes sobresale también la articulación con aliados y aliadas, expresada dentro del MAOCO y del movimiento social general que se articula para resistir al “libre” comercio, al neoliberalismo y al patriarcado.

Al integrar grupos campesinos, junto con otros tipos de organizaciones conformadas por ejemplo por personas indígenas, consumidoras o académicas, el MAOCO expresa en sí mismo una alianza intersectorial alrededor de la agricultura orgánica agroecológica, y al mismo tiempo permite relacionarse como colectivo con otros sectores afines, como pueden ser organizaciones campesinas convencionales o grupos ecologistas. También se expresa la vinculación por contraposición a otros actores de la sociedad a los cuales se hace referencia para marcar pautas diferenciadas de acción y de pensamiento, como por ejemplo: las corporaciones de agrotóxicos y los mismos gobiernos.

19. Toda esta dinámica de construcción de identidad como sujetos sociales vinculados entre sí y contrapuestos a actores amenazantes se traduce en prácticas agrícolas colectivas y reivindicativas. es decir: en acciones concretas como la siembra o la cría de animales, la conservación de semillas, la comercialización de productos orgánicos o la incidencia organizada para promover una ley de fomento a la agricultura orgánica o para participar en un proceso de referéndum.

Estas prácticas tienen en su base significados comunes alrededor de las semillas y la

agroecología, que se reconstruyen dialécticamente a través de las ejercicios cotidianos y organizativos, conformando un sistema de significaciones compartido desde el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense que son, a su vez, el corazón mismo de las prácticas individuales y los actos colectivos.

20. De esta manera, la organización llega a asumir el lugar de institucionalidad propia desde la que se fortalecen las prácticas y posiciones. En tanto hay que darle forma y sostener esa organización, desde el propio esfuerzo, se sintetiza también lo duro de la opción por la agricultura orgánica agroecológica. Las dificultades propias de toda interrelación humana y de cualquier alternativa que se oponga al sistema se expresan también en el espacio organizativo.

- ***El conocimiento como bien común y como estrategia de control***

21. En la dinámica colectiva donde todas las personas tienen algo que aprender y algo que aportar al conocimiento se expresa la conjunción de los saberes tradicionales, científicos y campesinos. La semilla no es sólo un conjunto de genes: para que exista como semilla agroecológica deben existir también el conocimiento, la cultura, la historia. Y en la práctica agroecológica se concreta la posibilidad de recuperar y mantener los saberes ancestrales transmitidos desde generaciones previas, entendidos como herencia colectiva que se recibe y se entrega para su multiplicación, como posibilidad de supervivencia y calidad de vida construida desde lo comunitario familiar, histórico e intergeneracional.

La observación y la experimentación como generación de conocimiento y cultura campesina a partir de la relación con la tierra permiten retroalimentar los conocimientos tradicionales y técnicos y adaptarlos a las necesidades propias. La relación constructiva con nuevos conocimientos científicos, facilitada en el marco de la organización, completa el ciclo de conocimiento que germina en la agricultura orgánica agroecológica como síntesis de diversidad y reconocimiento mutuo.

22. La integración de distintos saberes en la organización se evidencia también en la relación cercana y respetuosa que se establece entre las campesinas y campesinos y las personas técnicas que comparten una visión agroecológica. Esto se constata no solamente en el discurso de las personas agricultoras orgánicas, sino también en el de las dos personas profesionales entrevistadas como parte del estudio. Desde ambos lugares hay un reconocimiento del saber del otro y la otra, y una voluntad de articulación e intercambio

para hacer crecer la agricultura orgánica agroecológica.

23. Las prácticas que permiten que el conocimiento tenga ese carácter colectivo y compartido también contribuyen con la formación de una generación de relevo que asegurará la supervivencia, el enriquecimiento y la multiplicación del saber ancestral. Por eso la generación de saberes, basada en el compartir, se convierte en acción conspirativa y de resistencia que también implica por sí misma una alternativa al sistema dominante.

24. Generar y compartir conocimientos en agricultura orgánica agroecológica desde una lógica colectiva, que no implica la privatización de los hallazgos o su licenciamiento, es una práctica liberadora que contraviene la lógica y desafía el paradigma agroindustrial capitalista, el cual por medio de la individualización de prácticas, patentamiento de la vida y el conocimiento, despojo de saberes ancestrales y creación de dependencias agrotóxicas, pretende encarcelar las semillas y los saberes en la propiedad intelectual.

El conocimiento agroecológico necesita ser libre y compartido, cambiar y adaptarse, crecer desde la diversidad, desde la diferencia que lo enriquece con historias y experiencias distintas y al mismo tiempo comunes. El conocimiento es al mismo tiempo un factor de poder y autoafirmación para las personas campesinas, y un eje de control desde el sistema capitalista dominante.

25. Los sistemas de propiedad intelectual son una herramienta privilegiada del poder dominante y una forma de control del conocimiento, el cual es escindido poco a poco del espacio de los bienes comunes en un proceso en que lo que era de todos y todas se vuelve de unos pocos y se controla monopólicamente.

La propiedad intelectual no sólo desconoce los aportes históricos de las comunidades campesinas en la creación del conocimiento agrícola y la conservación y mejoramiento de variedades de semillas, sino que además ataca la misma naturaleza del conocimiento agroecológico al restringir el intercambio colectivo y libre de los recursos y saberes. Esto provoca así una ruptura de los procesos de creación de nuevo conocimiento campesino que requieren esa libertad para ser posibles.

26. Este proceso global se expresa también en Costa Rica, donde la propiedad intelectual es cada vez una amenaza más real para las semillas y el conocimiento agroecológico.

A pesar de los compromisos previos del Ministerio de Comercio Exterior en sentido contrario y mediante el TLC con Estados Unidos se impuso la aprobación del Convenio

UPOV-91 y la Ley de Obtenciones Vegetales. De igual manera, la Ley de Biodiversidad está siendo reinterpretada a través de decretos ejecutivos que facilitan el patentamiento de la vida y el conocimiento tradicional, incluso sin consultar a las comunidades indígenas, y el proyecto de Ley de Semillas que se discute en la Asamblea Legislativa apunta a la ilegalización de las semillas criollas que no estén registradas.

Es un proceso progresivo hacia la homogeneización de la biodiversidad y los saberes, la pérdida de la libertad colectiva y el control de las comunidades campesinas sobre sus medios de producción y de vida, en el cual lo personal, comunitario, histórico y cultural cada vez tiene menos que ver con la agricultura y la alimentación.

27. Los controles ejercidos por el poder a través de la tecnología, tanto en el marco de la revolución verde como mediante nuevos elementos como los organismos manipulados genéticamente, implican también una transformación profunda en la esencia del conocimiento agrícola.

En el marco de la agricultura transnacional, el conocimiento ya no depende de los saberes de agricultores y agricultoras, sino de la autoridad de la corporación que lo desarrolla, impone y controla su uso.

El conocimiento ya no es diverso y adaptado a las necesidades culturales y productivas de cada comunidad, sino que las prácticas agropecuarias deben adaptarse a la homogeneización capitalista y a las demandas externas.

28. El conocimiento es poder. Las personas campesinas agroecológicas actúan la resistencia cuando reivindican las semillas criollas como inalienables y libres de propiedad intelectual, el conocimiento y prácticas culturales que son una unidad con ellas, y las formas de relación comunitarias agroecológicas. Esto constituye un conjunto de acciones liberadoras que subvierte la lógica del sistema dominante.

- **Transformación de los géneros**

29. La agroindustria transnacional es también expresión del patriarcado. Su paradigma establece el despojo del saber de las mujeres y su encierro en el “dulce” santuario de la domesticidad. De igual manera torna rígidos los roles masculinos, al alienar a los hombres de una relación más amorosa y contributiva con la tierra, al imponer la semilla corporativa que trae consigo un paquete agrotóxico que implica conductas automatizadas y conlleva la dependencia hacia las corporaciones.

30.El reconocimiento de las diferencias de roles en la vida rural, asignados de acuerdo al género, es el primer paso para la necesaria deconstrucción colectiva de los discursos y relaciones dominantes desde el patriarcado.

Entre las personas agricultoras orgánicas hay una consciencia de que las mujeres han estado históricamente más vinculadas a la conservación y reproducción de semillas, al cuidado de la huerta para la alimentación familiar, y al conocimiento sobre usos medicinales de la biodiversidad. Por su parte los hombres han estado a cargo de las actividades “productivas” de la finca, la labor en el campo para la producción de cultivos destinados al mercado o el trabajo externo como peones para generar ingresos económicos.

31.En la identidad agroecológica se empieza a subvertir esta asignación de roles estáticos, al resignificar lo que se asumía como normal y al generar nuevas formas de relación en la dialéctica pública-privada, en un proceso de construcción de equidad que es todavía joven.

Las campesinas y los campesinos orgánicos agroecológicos modifican este paradigma cuando fomentan la participación de las mujeres en las labores con la tierra y en el colectivo organizativo, valorándolas como sabias que pueden aportar desde su experiencia y saber. De igual manera, la flexibilización de la masculinidad, a través de tareas como el chineo de semillas, permite relaciones más horizontales y ejercicio de poderes colectivos, integradores y transformadores de la realidad.

Lo que se expresa en las acciones es un significado que redimensiona las relaciones de géneros, de una manera más horizontal y cooperativa. Desde la agricultura orgánica agroecológica se construye un *“movimiento campesino de contenido ecologista y feminista”* (Guha, citada por Martínez Allier, 2008).

32.Es posible apuntar que la identidad agroecológica compartida avanza al explicitar la exclusión histórica de los saberes femeninos por parte de la cultura dominante: la conexión con la tierra, la naturaleza y sus ritmos, el cuidado de las semillas, la preparación de alimentos diversos y nutritivos, los usos medicinales de la biodiversidad... La agricultura femenina se conecta, escucha, aprende, sustenta, conserva, cura, cuida y alimenta, al mismo tiempo que resiste desde el reverso histórico.

La cosmovisión agroecológica reconoce los saberes femeninos como valiosos y

estructurantes de significados en cuanto a la agricultura y las semillas, desde una resignificación que permite biodiversidad y preservación de la vida a través de la preservación de las semillas. Al mismo tiempo flexibiliza y enriquece los roles masculinos, pues permite a los hombres agroecológicos establecer una relación con la tierra y las semillas desde otro lugar.

- ***La agricultura orgánica agroecológica expresa una identidad colectiva***

33.No se descubre o se aprende la agricultura orgánica agroecológica, sino que se significa como marco referencial para el pensamiento, la acción y la relación colectiva que articula a las personas como comunidad. La agroecología engloba así las concepciones, prácticas y sentidos propios con respecto a las semillas, la agricultura, el conocimiento, las relaciones y el entorno, refundados en la interacción colectiva y colocados como propuesta concreta para la resistencia.

La comunidad agroecológica comprende una relación con la tierra y la alimentación desde la agricultura, un vínculo con la naturaleza y el equilibrio del entorno en la diversidad de los ecosistemas, y un proceso psicosocial común como lógica de relación, forma de vida y visión de mundo colectivas.

34.Este proceso permite hablar de una identidad agroecológica compartida, un colectivo histórico con creencias y valores propios, en el cual se comparten y transforman la significación de la realidad y la acción cotidiana.

La agricultura orgánica agroecológica no es solamente el resultado de hechos de vida o procesos de formación, sino más bien el marco común desde el cual se entienden esos hechos y procesos. No es una posición que se adopta, sino una identidad desde la cual se reconceptualizan ideas y se comparten prácticas, un lugar compartido con características propias, al cual se llega desde historias y caminos diversos.

35.Esta identidad común se establece también por oposición al “otro” externo. La agricultura orgánica agroecológica implica la necesidad de lidiar con la incomprensión y la presión del entorno comunitario y gremial, así como de la misma institucionalidad pública, que con frecuencia reproducen y tratan de imponer la ideología del sistema capitalista patriarcal a través de la agroindustria corporativa y agrotóxica.

La vivencia de la agroecología se convierte entonces también en un proceso de desideologización, mediante la construcción de identidad compartida a partir de creencias

y valores propios de un colectivo histórico particular, y por oposición a los valores y prácticas dominantes tanto en el mundo rural y agropecuario, como en el entorno histórico, político y social más amplio.

36.Desde el reverso histórico se construye, entonces, una alternativa bidimensional: la agricultura orgánica agroecológica es una cosmovisión dinámica y dinamizadora que define formas de producción sustentables en la privacidad de la finca, pero también es una plataforma para la articulación colectiva que permite a los campesinos y campesinas asumirse como sujetos políticos y sociales, quienes reivindican un mundo socialmente justo y ecológicamente sustentable, donde la agri-cultura campesina como comunidad tenga un lugar.

37.La identidad orgánica agroecológica se convierte en un marco de referencia profundamente articulador de sentidos y acciones para las personas que la comparten, una cosmovisión determinante a partir de la cual se estructuran los significados y las prácticas cotidianas, no solo en relación con las semillas, sino también en cuanto a la vinculación con la naturaleza y con el entorno social, cultural y político.

- ***La oposición intrínseca entre la agroecología y el capitalismo patriarcal***

38.El modelo capitalista neoliberal es excluyente para la pequeña agricultura campesina, y lo es mucho más para la agricultura orgánica agroecológica que rechaza la homogeneización y dependencia propias de los agrovenenos y las semillas transnacionales.

La exclusión se concreta en la falta de políticas públicas que apoyen efectivamente la producción agrícola alimentaria para mercado nacional y en la subvaloración social de las personas campesinas, junto con un apoyo masivo a la producción monocultivista dirigida a la exportación y a la promoción del uso de los insumos producidos y distribuidos bajo modelos transnacionales, tales como los agrotóxicos y las semillas corporativas.

Si ya el hecho de dedicarse a la agricultura implica una ruptura con lo que el sistema promueve como superación personal y logro social, la opción por la agroecología profundiza todavía más una diferenciación respecto al tipo de agricultura promovido oficialmente desde la revolución verde, el cual convirtió en minoritarias y alternativas las prácticas que habían sido tradicionales, a partir de una transformación profunda de la cultura campesina y la forma de relación con la naturaleza.

39.La revolución verde expresa y sintetiza esta transformación en los sistemas productivos como relación de poder, y se vive desde la agroecología como despojo de control, saberes y recursos, una imposición que desconoce el valor social de la agricultura campesina y la vuelve cada vez más dependiente y homogénea en cultivos, saberes y prácticas.

El control tecnológico iniciado por medio de la revolución verde se viene profundizando cada vez más no solamente con nuevas tecnologías, sino también con regulaciones legales como la propiedad intelectual, la cuales restringen progresivamente las posibilidades de manejo agroecológico de las semillas y las fincas, incluso para quienes se han negado a entrar en la lógica de la revolución verde.

40.Se establece así una lucha entre una forma de vida insostenible, centrada en la productividad de corto plazo y a cualquier costo, la posesión y el consumo, y otra centrada en los ritmos de la naturaleza, la protección y el compartir colectivo.

La diversidad propia de la agricultura orgánica agroecológica se opone a la homogeneización del sistema y en sí misma hace más difícil el control pues reivindica la capacidad de los genes para hacer más vigorosa una variedad, así como la diversidad de alimentos, conocimientos y culturas que posibilitan la vida humana y natural. Es decir: la agri-cultura como construcción histórica colectiva.

Las alternativas múltiples y flexibles desde la agroecología como acción política, con capacidad de adaptación y supervivencia, persisten y sostienen la propuesta de una racionalidad alterna que se demuestra como posible en la práctica.

41.A pesar de las enormes amenazas que enfrentan, las personas campesinas agroecológicas construyen cotidianamente una multiplicidad de alternativas de resistencia desde su relación con las semillas, que se estructuran a partir de lo individual y lo local, y también en las redes colectivas que las acuerpan como comunidad.

La resistencia se expresa incluso en el lenguaje como forma de configurar la realidad, por ejemplo en la negativa a llamar “mejoradas” a las semillas corporativas, o al hablar de agrotóxicos y agrovenenos en vez de agroquímicos.

42.Frente a un sistema dominante que amenaza convertir las semillas en un bien de mercado, se reivindican las semillas como seres vivos y sustento de la vida en sus múltiples formas, no solo en el plano biológico, sino también cultural y social, económico,

político y ecológico en sentido amplio, entendiendo a los seres humanos como parte de un entorno que nutre la vida, un entorno que se entiende, se protege y se sustenta.

Ante el creciente control corporativo, se insiste en la libertad y la solidaridad como principios, en el intercambio libre de semillas y saberes, en la colectividad como espacio privilegiado de relación y construcción.

La diversidad agroecológica y el rechazo al uso de agrovenenos cuestionan desde su raíz un sistema que pretende homogeneizar recursos, prácticas y relaciones humanas. El conocimiento compartido, que sintetiza saberes tradicionales y nuevos desarrollos técnicos y científicos, reta la concentración de información como herramienta del poder.

La soberanía alimentaria apunta a la propia independencia y subsistencia, pero también a la interdependencia con otros y con otras, a la recuperación de cultura alimentaria y a compartir alimentos sanos y nutritivos con la sociedad.

43. La cosmovisión e identidad agroecológicas que se expresan en la relación con las semillas están claramente amenazadas en el mundo actual. Después de todo, los valores y prácticas que sustentan la agricultura orgánica agroecológica presentan una contradicción irreconciliable con los valores, formas de relación y de manifestación del sistema capitalista dominante.

Las contradicciones del sistema en la agricultura no pasan solamente por los rendimientos económicos o productivos, sino también por lo subjetivo, lo personal, las formas de relación y pertenencia a colectivos, la vinculación con la naturaleza, la concepción de vida. Las campesinas y campesinos agroecológicos tienen esta oposición tremendamente clara a partir de sus historias y experiencias individuales y compartidas.

44. Al final todas las amenazas para las semillas son amenazas para la identidad de las personas campesinas que las entienden y cuidan desde una visión agroecológica, en tanto su identidad se estructura precisamente desde los significados y prácticas con que se relacionan con el mundo. Se enfrenta así una amenaza de despojo y pérdida de identidades, formas de vida y relación, que ataca las mismas formas de entender la realidad y relacionarse con ella.

45. De cara a la imposición excluyente del sistema, la respuesta de las personas agricultoras orgánicas agroecológicas es la resistencia activa y propositiva por la defensa de las semillas, es decir: la defensa de la vida diversa que permite la soberanía alimentaria, de la

cosmovisión agroecológica, de la propia identidad.

La agricultura orgánica agroecológica se reivindica como la mejor práctica de resistencia, pues de ella se desprenden la forma de vida y las distintas acciones que permiten oponerse bajo una lógica alterna, e incorporar a más personas a la resistencia frente a la agroindustria capitalista y patriarcal.

46. La agricultura orgánica agroecológica y su forma de entender y relacionarse con las semillas se configuran y se van resignificando así colectivamente como ruptura de la ideología de dominación, en una forma de resistencia desde abajo, que a veces ni siquiera se entiende como tal por parte de quienes la sostienen, y la cual suele estar invisibilizada desde el poder dominante pues actúa con una lógica propia, asumida desde la identidad, que subvierte los mecanismos de control a los cuales se enfrentan diariamente las agricultoras y agricultores orgánicos.

En un proceso progresivo de generación de conciencia crítica se va avanzando en la desideologización, desde una propuesta que no depende de una mediación teórica, sino que se concreta en la práctica cotidiana como construcción de poder social.

47. Las campesinas y campesinos orgánicos responden también con propuestas específicas en materia de políticas públicas, como la Ley 8591 Ley para el Desarrollo, Promoción y Fomento de la Actividad Agropecuaria Orgánica, impulsada desde el MAOCO a lo largo de varios años, y que ya se encuentra en vigencia. En este proceso de incidencia y politización, en el cual ya no es válido quedarse en la finca, sino que es necesario actuar sobre el entorno, las personas campesinas orgánicas agroecológicas también expresan su lugar como sujetos políticos y sociales que, además de denunciar, proponen alternativas.

48. Para las campesinas y campesinos agroecológicos, también la participación articulada en el proceso de referéndum sobre el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos (TLC) implicó un proceso de formación y politización, de creación colectiva de conocimiento, a través del cual fueron resignificando colectivamente la importancia de las semillas y la agricultura orgánica, y el contexto global y local al cual responden las amenazas que enfrentan y que el TLC sintetiza.

49. Las prácticas de resistencia se encarnan así en luchas sociales más amplias. Las personas agricultoras orgánicas ejercieron su ciudadanía al vincularse en una discusión nacional en la cual presentaron argumentos clave sobre cómo, desde su perspectiva, el

TLC destruye la cultura campesina, la biodiversidad, las semillas y la soberanía alimentaria. Todos elementos agroecológicos para ejercer la resistencia que ahora son compartidos por colectivos más amplios.

En este proceso se redimensionó la concepción de responsabilidad social y se ganó empoderamiento y autoestima individual y colectiva. Las campesinas y campesinos agroecológicos se articulan paulatinamente como sector fundamental en el movimiento de resistencia al “libre” comercio, lo cual se constituye casi en una lucha en defensa de la propia identidad y cosmovisión. Las semillas se convierten en tema de agenda política.

50.El proceso de control sobre la agricultura es imponente y radical, lo cual se evidencia en la enorme mayoría de familias campesinas que actualmente dependen de semillas corporativas y agrotóxicos para su trabajo agrícola. Pero ésta es solamente la expresión en la agricultura. Un proceso de control similar se da también en otras esferas de la sociedad, y resulta visible en la devastación ambiental, la homogeneización cultural y la creciente dependencia frente a intereses ajenos a los pueblos. Al final las semillas expresan un conflicto ético entre la vida y la muerte.

La resistencia agroecológica expresa entonces no solamente una lucha por la propia supervivencia como personas o colectivo, sino una lucha por la supervivencia de toda la humanidad, que debe multiplicarse en alianzas y voces diversas.

51.La historia y la práctica actual de resistencia se amalgaman también con el futuro como acción liberadora: con la intencionalidad de preservar las semillas, con la esperanza de que las hijas y los hijos continúen el camino y recuerden las raíces ancestrales que permitieron el desarrollo de la agricultura sin dañar el ambiente, con la imperiosa necesidad de aportar en la lucha reivindicativa por la defensa de la vida frente a la muerte representada en la agroindustria transnacional de los agrovenenos, las corporaciones y los tratados de libre comercio.

La conciencia sobre la historia propia es lo que permite alumbrar las reflexiones y las acciones, pero en tanto conciencia crítica, integra los aprendizajes del presente para asegurar un futuro donde sobreviva y se preserve la historia.

52.La agricultura orgánica agroecológica persiste a pesar de la imposición de los agrotóxicos y la contaminación transgénica, los mercados controlados por la agroindustria transnacional, la homogeneización y dependencia de la revolución verde, la

desvalorización del conocimiento tradicional y los saberes diversos, la individualización y desarticulación capitalistas, las relaciones opresivas del patriarcado... Sin embargo 1.200 millones de campesinos y campesinas en el mundo siguen produciendo a partir de sus propias semillas, y el 85% de la producción global de alimentos se consume cerca de donde se siembra, la mayoría en el mercado informal (Ribeiro, 2008). La agricultura campesina agroecológica es diversa y resistente como las semillas criollas, y demuestra cotidianamente que la alternativa es posible.

ii. Sobre los alcances y limitaciones del estudio:

1. La población campesina dedicada a la agricultura orgánica agroecológica en Costa Rica es relativamente pequeña, y comprende menos del 3% de la producción agropecuaria en el país. Por su parte, el Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense, en el marco del cual se desarrolló la presente investigación, agrupa a una parte importante pero no a la totalidad de las personas agricultoras orgánicas.

Finalmente, no necesariamente todas las personas articuladas en este Movimiento comparten la vinculación particular con las semillas que se hace evidente en este estudio, a partir de los relatos de las personas campesinas agroecológicas que fueron seleccionadas y entrevistadas precisamente a raíz de dicha vinculación.

Por lo tanto, además de la precaución necesaria de no pretender una extrapolación de los resultados a la totalidad de las personas que practican la agricultura orgánica, y mucho menos a la totalidad de las personas campesinas, una limitación de la presente investigación es la evidencia de que la propuesta de la agricultura orgánica agroecológica resulta todavía sustentada por un sector minoritario de la población, apenas en proceso de convertirse en actor social transformador de las dinámicas que hoy lo amenazan.

2. La consistencia del discurso de las personas participantes en relación con los significados y prácticas compartidos en el colectivo organizado permite suponer que hay una relación entre la identidad agroecológica identificada y la que pueden tener otras personas integrantes del MAOCO y de otros movimientos agroecológicos latinoamericanos, por lo menos en lo que tiene que ver con la agricultura orgánica agroecológica como forma de vida, identidad que podría variar de acuerdo con la condición campesina y según la relación y el lugar asignados a las semillas en esa cosmovisión.

Esta investigación no permite identificar esas variaciones a lo interno del sector de

personas orgánicas agroecológicas, pero sí evidenciar la existencia de un colectivo que comparte sentidos y una identidad común, (reflejados incluso en sus definiciones básicas incluidas como anexo a la investigación), y que cotidianamente funciona bajo una lógica alternativa al sistema dominante en la agricultura y el conocimiento.

3. Probablemente el principal alcance de esta investigación es evidenciar que, incluso en el contexto del capitalismo neoliberal y en lo que implica de control articulado sobre las semillas, la vida y la alimentación a través de la agroindustria transnacional de los agrovenenos y la propiedad intelectual, resulta posible producir alimentos variados, sanos y nutritivos en una íntima relación con la naturaleza y las semillas, a través de procesos sustentables que recuperan y crean colectivamente saberes diversos y cambiantes, profundamente ligados con la vida y la cultura campesina que ha alimentado a la humanidad a lo largo de 10 mil años.

Las personas campesinas orgánicas agroecológicas actúan cotidianamente una realidad subversiva y con el potencial de ser enormemente amenazante para el sistema si logra multiplicarse en otros colectivos de agricultores y agricultoras, y en otros sectores aliados, bajo la estrategia de construcción de sociedades más incluyentes, solidarias y sustentables.

4. Una limitación metodológica del estudio, que resulta necesario anotar, es la relacionada con las entrevistas colectivas. Se entrevistó intencionalmente al mismo tiempo a un matrimonio y a dos mujeres parte de la misma organización. En este último caso otra persona de la organización estuvo también presente, así como los esposos de tres de las agricultoras que se había previsto entrevistar de forma individual. Si bien quienes participaron en las entrevistas sin que se hubiese planificado son también parte del MAOCO, intervinieron mucho más puntualmente e hicieron aportes importantes que se rescatan en la investigación, se considera que las entrevistas individuales permitieron identificar mucho más claramente la cosmovisión propia de la persona entrevistada.
5. Una aclaración necesaria, tal vez evidente pero no por eso gratuita, es que las investigadoras abordaron este proceso desde una posición personal y política determinada, que no permite hablar de una relación totalmente objetiva o ascéptica con el tema de investigación ni con las personas entrevistadas.

Las investigadoras comparten el interés por las semillas y la agricultura orgánica

agroecológica, la preocupación por los impactos del sistema capitalista patriarcal en las formas de vida y la conciencia de que es necesario articular la resistencia y las alternativas frente a ese sistema.

A través del proceso de investigación se han enriquecido personalmente desde la admiración y respeto por las personas que han sostenido la agricultura orgánica agroecológica y que siguen apostando por defenderla como forma de vida. Sin embargo esto no se considera una limitación del estudio, en tanto todo proceso de investigación cualitativa se hace partiendo de la propia historia y subjetividad, que debe, eso sí, reconocerse también como parte del proceso.

6. Para resistir las amenazas y construir alternativas resulta necesario entender la propia realidad, compartirla, generar significados comunes y prácticas compartidas como acción política, poder social colectivo.

Esta investigación espera ser un aporte en la sistematización de la realidad y significados compartidos por las personas campesinas orgánicas agroecológicas que trabajan con semillas, que facilite la comprensión de su cosmovisión para estas mismas personas y para otros sectores que puedan articular fuerzas colectivamente.

b) Recomendaciones

i. De investigación:

Las conclusiones de la investigación derivan varios ámbitos en los que sería recomendable realizar investigaciones que puedan complementar y ampliar los hallazgos del presente trabajo:

1. Desde una perspectiva de cosmovisión, vale la pena investigar los significados y prácticas alrededor de las semillas y de la agroecología en general, con un espectro más amplio de personas agroecológicas que no necesariamente se dediquen al cuidado de las semillas, por ejemplo, personas agricultoras que se articulan con la agroecología desde el cuidado de los animales o desde la atención de los mercados locales y nacionales. También personas no agricultoras que tienen roles de capacitación, acompañamiento técnico, o facilitación de procesos organizativos y comerciales. Se podría de esta forma profundizar en la conformación de la identidad y cosmovisión común al colectivo agroecológico, multiplicando lo que ya se ha avanzado en este estudio.

2. Se considera especialmente relevante profundizar en las concepciones y cosmovisiones ecofeministas presentes en la población con la que se desarrolló esta investigación, pues los discursos de las personas campesinas orgánicas agroecológicas dan cuenta de la construcción de un movimiento campesino con contenidos ecológicos y feministas.

En ese sentido, sería relevante rescatar la redefinición colectiva de los roles y espacios de las mujeres, no sólo como reproductoras, sino también como productoras de saberes y de poderes, así como las formas en que los hombres son interpelados, replanteándose los roles de la masculinidad que vienen ejerciendo, innovándolos a partir de prácticas que les acercan más a roles de cuidado y reproducción.

3. Resultaría también de particular interés investigar los significados alrededor de las semillas que se instalan dentro de las prácticas de personas consumidoras, como una forma de abrir canales de significaciones compartidas entre personas que producen y que consumen, que además puedan expresarse en nuevas relaciones comerciales bajo principios de solidaridad. Esto permitiría desvelar otra faceta del ejercicio del poder ciudadano que resiste a las imposiciones del mercado mediante alternativas creativas, así como las posibles contradicciones que puedan estar presentes como dinamizadoras de las identidades de consumidoras, consumidores, campesinas y campesinos agroecológicos y otros actores de la sociedad.

4. También resulta necesario establecer líneas de investigación que permitan profundizar en las diferencias y coincidencias entre la cosmovisión agroecológica y los significados y prácticas de personas agricultoras convencionales, que pueden compartir con la población de este estudio la vinculación con la tierra y la agricultura, pero no necesariamente la perspectiva de cuidado o relación con la naturaleza propia de la agricultura orgánica agroecológica, que rechaza el uso de agrotóxicos. Esto permitiría develar los sentidos detrás de los actos y generar procesos contributivos al sector campesino convencional, que desde su vinculación histórica con la agricultura también podría compartir una significación particular alrededor de las semillas, y que se encuentra articulado dentro de la resistencia al libre comercio.

La alimentación y el concepto político de soberanía alimentaria es un eje estructurante particularmente fuerte que podría establecer relaciones entre la cosmovisión agroecológica y las productoras y los productores convencionales.

5. Otra línea de investigación interesante es la relación entre las semillas campesinas y las semillas indígenas.

En las culturas de los pueblos indígenas las semillas son un significante primordial, referido incluso al origen de la humanidad. Estos pueblos se han caracterizado por la práctica de una agricultura natural muy cercana a la tierra.

La interrelación entre personas campesinas e indígenas alrededor de la agricultura y las semillas puede ayudar a entender las cosmovisiones y la evolución propias de cada sector y a fortalecer alianzas alrededor de las coincidencias.

6. El movimiento orgánico agroecológico en Costa Rica mantiene relaciones de alianza e intercambio con otros movimientos similares en Latinoamérica y el mundo. Profundizar en las particularidades culturales que se encuentren en diferentes países, así como en las similitudes y afinidades desde una visión agroecológica común sería un aporte importante para el posicionamiento internacional de la agricultura orgánica agroecológica como alternativa viable y necesaria.

7. El análisis del discurso sobre las semillas desde las organizaciones es también una posibilidad de investigación enriquecedora, en tanto los colectivos organizados representan ya de por sí una confluencia de sentidos. Las organizaciones campesinas y no campesinas con frecuencia reivindican las semillas en comunicados y declaraciones, así como en publicaciones más estructuradas que reflejan una priorización y una intención de multiplicar una visión determinada, que vale la pena rescatar como articulación de sentidos para la acción.

8. Las semillas están muy presentes en producciones culturales diversas, desde lo simbólico y lo artístico: las hay en la novela, el cuento y la poesía, en textos escritos y vídeos, en refranes, en la música, en diversas tradiciones religiosas, en las culturas culinarias... En las formas de expresión de los pueblos casi siempre están presentes las semillas, significando y expresando cultura popular.

Desde diversas disciplinas hay todo un espectro de investigación posible sobre lo que representan las semillas para la humanidad, según las formas en que se rescatan culturalmente y según lo que la palabra en sus formas diversas ha rescatado y conservado sobre la semilla como símbolo y significante.

ii. De acciones y procesos políticos:

9. La agricultura orgánica agroecológica es una alternativa viva y creciente para los colectivos que la defienden, pero necesita convertirse también en una prioridad de política pública desde los diversos gobiernos.

Resulta necesario invertir recursos públicos en investigación, educación y capacitación en todas sus etapas, así como en la formación y acompañamiento técnico. Se requieren créditos adecuados y de fácil acceso, inversiones en infraestructura pública y productiva, todo orientado de acuerdo con la realidad y necesidades de las personas que practican la agricultura orgánica agroecológica.

La agroecología debería entenderse como una prioridad nacional con posibilidad de resolver las necesidades alimentarias cuidando la naturaleza, y promoverse activamente desde la institucionalidad pública que ha de representar el interés colectivo.

10. Las nuevas tecnologías y la investigación pública y privada que las desarrolla deberían orientarse de acuerdo con las necesidades reales de la agricultura campesina y no por los intereses de las corporaciones transnacionales. No se requieren semillas corporativas pobres en diversidad y adaptabilidad y dependientes de los agrovenenos, ni transgénicos resistentes a los agrotóxicos y protegidos por propiedad intelectual.

Se requiere desarrollar tecnologías libres y colectivas, adaptadas a la biodiversidad y las culturas de los pueblos, apoyar la experimentación campesina y dejar que ella guíe la generación de nuevos conocimientos.

11. Desde las organizaciones agroecológicas es importante seguir promoviendo procesos de intercambio de conocimientos, santuarios vivos de semillas, sistematización y divulgación de experiencias y saberes.

Resulta necesario también profundizar en lo que implica el desarrollo de mercados solidarios y de procesos de articulación de la producción en todas sus etapas, para asegurar buenas condiciones de vida a las personas agricultoras y retomar el mercado como espacio de encuentro y no de dominación.

Igualmente se recomienda profundizar las alianzas con personas consumidoras que puedan conocer y multiplicar la propuesta agroecológica desde la alimentación como lugar de articulación, y con otros sectores de la sociedad que puedan ser aliados en una propuesta común, muy particularmente con otras organizaciones campesinas, grupos ecologistas, estudiantiles y de personas jóvenes.

Seguirá siendo necesario fortalecer las expresiones organizativas y actuar articuladamente para incidir en el entorno asegurando la supervivencia y el crecimiento de la agricultura orgánica agroecológica.

12. Finalmente se recomienda, con particular énfasis, profundizar en el vínculo existente entre la resistencia a la propiedad intelectual sobre formas de vida (como las semillas) y otros movimientos de diversas expresiones.

La propiedad intelectual se levanta como un temible mecanismo de control, dominación y empobrecimiento que amenaza no sólo a las semillas sino también a la agricultura y la biodiversidad. De igual manera amenaza a las culturas y al conocimiento tanto ancestral como técnico, artístico y académico.

En las universidades e institutos de investigación alrededor del mundo hay movimientos que defienden que el conocimiento académico y científico no puede estar condicionado por la competencia y el patentamiento de un nuevo descubrimiento, sino que debe crearse en colaboración e intercambio para enriquecer el saber humano. Y hay cada vez más artistas que cuestionan la estructura de los derechos de autor, que restringen la circulación de sus obras y dejan las ganancias para las compañías distribuidoras.

Particularmente fuerte es la cercanía con el Movimiento de Software Libre, una comunidad global que reivindica la libertad de las personas usuarias para ejecutar, copiar, estudiar, cambiar, mejorar y distribuir el software. Esta libertad trasciende a los propios programas de cómputo, pues el software es la materialización de conocimiento que, en tanto creación humana, no puede ser encapsulado en un código de programación cerrado por una licencia privada, sino que debería circular libremente para ser utilizado y mejorado por otras personas. Este representa el punto en que se encuentran personas campesinas agroecológicas y personas de la comunidad de software libre que, desde sus particularidades, reivindican la vida y las culturas libres, replicando con el conocimiento los ciclos de las semillas: tomándolo, resguardándolo, multiplicándolo, mejorándolo y compartiéndolo, pues “la creación se protege compartiéndola”.

Así, la articulación de distintos movimientos de resistencia a la propiedad intelectual se facilitaría al profundizar en las expresiones coincidentes de resistencia al cercamiento de los recursos y saberes comunes, y en la reivindicación de la solidaridad y la colectividad como principios de vida y relación humana.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Araya, F. (2000). *Costos para la producción de café bajo la tecnología orgánica*. Tesis de licenciatura en economía agrícola, Universidad de Costa Rica.
- Araya, R., Largaespada, G., Morera, D., Rivas, P. (1996) *Interpretaciones sobre el campesinado en Costa Rica: reproducción social, organización y poder político*. Tesis de licenciatura en sociología, Universidad de Costa Rica.
- Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica (2007). *Ley para el Desarrollo, Promoción y Fomento de la Actividad Agropecuaria Orgánica, No. 8591*. Publicada en La Gaceta No. 155 del 14 de agosto de 2007.
- Blanco, E. (2004). *El impacto de las políticas de apertura comercial sobre el asentamiento campesino Las Lilas, en Liberia, Guanacaste*. Proyecto de Graduación de licenciatura en sociología, Universidad de Costa Rica.
- Brenes, J. *Diagnóstico socioeconómico, productivo y ambiental de las comunidades de Providencia, La Cima, Copey y Trinidad de Dota bajo la influencia del proyecto de mora orgánica*. Tesis de licenciatura en economía agrícola, Universidad de Costa Rica.
- Castro, M. y Jiménez, M. *Metodología de evaluación de proyectos socioproductivos del área de seguridad alimentaria: caso del Proyecto PROINDER*. Seminario de Graduación en ingeniería agronómica, Universidad de Costa Rica.
- Granados, C. y Hernández, M. (1986) *Concepciones acerca de la normalidad-anormalidad mental en el campesino tradicional: el caso de Cot de Cartago*. Tesis de licenciatura en psicología, Universidad de Costa Rica.
- Harnecker, M. y Lizana, M. (2001). *Identidad psicosocial ante el desarrollo turístico: relación de la percepción del fenómeno del turismo con el proceso de conformación de identidad psicosocial en un grupo de jóvenes escolarizados de 16 a 18 años de la zona de Quepos*. Tesis de licenciatura en psicología, Universidad de Costa Rica.
- Leandro, V. (2002). *Lo nacional y la construcción de las identidades sociales: un estudio comparativo con dos grupos de estudiantes costarricenses*. Tesis de licenciatura en psicología, Universidad de Costa Rica.
- Martín-Baró, I. (1999). *Sistema, grupo y poder*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1995). *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.

- Martínez, J. (2008) *¿Ecologismo Feminista?*. En: TIERRAMÉRICA Medio Ambiente y Desarrollo, Servicio de Información de la Agencia Internacional de Noticias Inter Press Sevice, IPS. Obtenido en Internet el día 25 de octubre de 2008 de la dirección: <http://www.tierramerica.org/mujer/ecologismo.shtml>
- Martínez, C. (1983) *El campesinado en Costa Rica y los cambios en el agro en el período intercensal 1963-1073*. Tesis de Maestría, Universidad de Costa Rica.
- Ministerio de Agricultura y Ganadería. (2000). Reglamento sobre la Agricultura Orgánica, Decreto Ejecutivo No. 29782-MAG. *La Gaceta No. 179*, 18 de setiembre de 2000.
- Montero, M. (1993) *En busca del sueño americano: un análisis psicosocial de la emigración de campesinos costarricenses hacia los Estados Unidos*. Tesis de licenciatura en psicología, Universidad de Costa Rica.
- Morales, Y. y Obando, C. *De la agricultura convencional a la agricultura orgánica: representaciones sociales de los agricultores de la Asociación María Auxiliadora de Cot de Cartago*. Tesis de licenciatura en sociología, Universidad de Costa Rica.
- Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense, MAOCO. (2005) Propuesta de proyecto de Ley para el Desarrollo, Promoción y Fomento de la Actividad Agropecuaria Orgánica. Manuscrito no publicado.
- Obando, L. (2000). *Análisis de rentabilidad de experiencias productivas de café orgánico en Costa Rica, para tres pisos agroecológicos*. Tesis de licenciatura en economía agrícola, Universidad de Costa Rica.
- Pacheco, F. (2008) *Entrevista realizada el 26 de setiembre de 2008*. Ingeniero agrónomo, Jefe de finca del Centro Nacional Especializado en Agricultura Orgánica del Instituto Nacional de Aprendizaje, Costa Rica.
- Plataforma Política de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas, CNOC. (2004) Propuesta de Desarrollo Rural. Guatemala.
- Robert, J. (2001) *El campesino costarricense: carácter social y modernización*. Tesis de maestría en psicología, Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, C. (1992). *Las grandes transformaciones del agro y su impacto sobre la reproducción de los campesinos en el período 1950-1984*. Tesis de maestría en psicología, Universidad de Costa Rica.
- Rodríguez, D. *Elementos para una estrategia de desarrollo del programa de agricultura*

orgánica en el Cantón de Santa Ana. Tesis de licenciatura en economía agrícola, Universidad de Costa Rica.

Rodríguez, S. (2006) *¿Se recogen opiniones divergentes sobre el monopolio legalizado de lo viviente? Juego de mascaradas: Cuando la neutralidad y la objetividad toman partido. Comentarios al libro "Aportes para el análisis del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana". 77-89.*

Rodríguez, S. (2008). *Entrevista realizada el 3 de setiembre de 2008*. Socióloga, profesora emérita de la Universidad Nacional, miembro de la Red de Coordinación en Biodiversidad, Costa Rica.

Sateesh, P.V. (2002) *Crops of Truth*. Deccan Development Society: India.

Valles, Miguel S. (1997) *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. España: Editorial Síntesis S.A.

Vía Campesina (2007). *Declaración de Nyéléni, Mali*. Foro Mundial por la Soberanía Alimentaria.

8. ANEXOS

a) **Fórmula de consentimiento informado utilizada:**

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

VICERRECTORÍA DE INVESTIGACIÓN

COMITÉ ÉTICO CIENTIFICO

Teléfonos:(506) 207-5006 Telefax: (506) 224-9367

FÓRMULA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Para ser sujeto de investigación

PROYECTO DE TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE
LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

**“Significado psicosocial de las semillas y las prácticas asociadas a ellas
para personas campesinas agroecológicas”**

Código (o número) de proyecto: _____

Nombre del Investigador Principal: _____

Nombre del participante: _____

● **PROPÓSITO DEL PROYECTO:**

Esta investigación es realizada por Eva Carazo Vargas y Erika Valverde Valverde, estudiantes de Psicología de la Universidad de Costa Rica. Se espera recoger información importante sobre lo que significan las semillas y el trabajo que se hace con las semillas, desde el punto de vista de personas campesinas que producen de forma orgánica y que forman parte del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense (MAOCO).

Esta investigación se hace en coordinación con las personas que integran la Comisión de Semillas del MAOCO.

Además de buscar esta información con las personas campesinas agroecológicas y con las personas que integran la Comisión de Semillas del MAOCO, se consultará con otras personas que conocen sobre esta temática. También se consultarán publicaciones escritas, en video y en audio.

Se espera que el estudio tenga una duración máxima de un año, al final del cual los resultados serán compartidos con las personas que participen en la investigación.

La información recolectada por medio de las entrevistas será confidencial y anónima. Ninguna persona, organización o institución tendrá acceso a las fuentes a menos que las personas entrevistadas así lo autoricen.

● **¿QUÉ SE HARÁ?**

Si usted está de acuerdo en participar en este estudio, acepta lo siguiente:

1. Responder a una entrevista con preguntas sencillas. Sin embargo, usted tendrá el derecho a detener la entrevista o de no responder a las preguntas que considere necesario.
2. La sistematización de su entrevista y la presentación de los resultados, de forma anónima, a la Comisión de Semillas del MAOCO, a todas las personas entrevistadas, a las personas del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense (MAOCO), así como a otras personas interesadas en conocerlos.
3. La presentación de los resultados de esta investigación a un Comité Examinador perteneciente a la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica.

● **RIESGOS:**

La participación en este estudio puede significar cierto riesgo o molestia para usted porque sus aportes pueden hacerse públicos. Sin embargo, hacemos de su conocimiento que las personas que brindan la información no serán citadas con su nombre.

● **BENEFICIOS:**

Como resultado de su participación en este estudio, el beneficio que obtendrá será la recopilación de información en el tema de Semillas y las prácticas asociadas a ellas, el cual puede ser útil para usted, su organización, así como para campesinos, campesinas, organizaciones y movimientos agroecológicos de América Latina.

Este conocimiento puede fortalecer la organización y las luchas reivindicativas del sector Agroecológico.

También puede resultar importante para otras personas, organizaciones y movimientos que pertenecen a distintos sectores sociales.

Antes de dar su autorización para este estudio usted debe haber hablado con Eva Carazo

Vargas o Erika Valverde Valverde y ellas deben haber contestado satisfactoriamente todas sus preguntas. Si más adelante usted quisiera obtener más información, puede llamar a las investigadoras a los teléfonos 88 29 97 75 y 88 31 02 82. Además, usted puede consultar sobre los derechos de los Sujetos Participantes en Proyectos de Investigación al CONIS – Consejo Nacional de Salud del Ministerio de Salud, teléfonos 22 33 35 94, 22 23 03 33 extensión 292, de lunes a viernes de 8 a.m. a 4 p.m. Cualquier consulta adicional puede comunicarse a la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica **a los teléfonos 22 07 42 01 ó 22 07 58 39**, de lunes a viernes de 8 a.m. a 5 p.m.

Usted recibirá una copia de esta fórmula firmada, para su uso personal. De igual manera, las investigadoras conservarán una copia firmada por usted.

Su participación en este estudio es voluntaria. Usted tiene el derecho de negarse a participar o a discontinuar su participación en cualquier momento, sin que esta decisión afecte la calidad de la atención médica (o de otro tipo) que pudiera necesitar con motivo de su participación.

Su participación en este estudio es confidencial, los resultados podrían aparecer en publicaciones o ser divulgados en reuniones o actividades, pero de una manera anónima.

Usted no perderá ningún derecho legal por firmar este documento.

CONSENTIMIENTO

He leído, o se me ha leído, toda la información descrita en esta fórmula, antes de firmarla. Se me ha brindado la oportunidad de hacer preguntas y éstas han sido contestadas en forma adecuada. Por lo tanto, accedo a participar como sujeto de investigación en este estudio

Nombre, cédula y firma del sujeto fecha

Nombre, cédula y firma del sujeto fecha

Nombre, cédula y firma del Investigador que solicita el consentimiento fecha

—
**NUEVA VERSIÓN FCI – APROBADO EN SESION DEL COMITÉ ÉTICO CIENTÍFICO (CEC) NO. 53
REALIZADA EL 03 DE SETIEMBRE DEL 2003**

GRC-Form.Consent-Form3-9-03

b) Definiciones básicas del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense



Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense, MAOCO
Miembro del Movimiento de Agricultura Orgánica de América Latina MAELA

Definiciones básicas del Movimiento de Agricultura Orgánica Costarricense

A partir de Asamblea General del 27 y 28 de febrero de 2007

Definición

Somos un movimiento social que promueve y desarrolla la producción agropecuaria orgánica, integrando productores/as y consumidores/as e instancias de apoyo con otros actores/as afines. Nos basamos en el respeto a la vida y a la biodiversidad, reconocemos el conocimiento y el saber campesino, indígena y técnico. Planteamos la articulación de una visión común que genere cambios políticos, sociales y económicos para mejorar la calidad de vida de la población.

Visión

Somos un movimiento social nacional que propone y e impulsa la producción agropecuaria orgánica y su consumo como instrumentos de desarrollo alternativo, basándose en el respeto a la vida y la biodiversidad, en el reconocimiento y respeto del saber campesino, indígena y técnico, y con capacidades para generar cambios políticos, económicos y sociales hacia una sociedad más justa y con mejor calidad de vida.

Misión

Consolidar un movimiento social de representación política, intercambio, participación, diálogo y encuentro de diversos actores/as comprometidos/as con el sector agropecuario orgánico costarricense, que desde lo local, regional y nacional facilita experiencias de producción, procesamiento, comercio y consumo de productos orgánicos, promueve principios y valores comunes, establece alianzas, y orienta propuestas de desarrollo alternativo.

Valores

- **Las personas** son el eje central de todo el quehacer.
- Protegemos **la salud humana** y la biodiversidad natural
- Respetamos el **conocimiento, entrega y experiencia** campesina, indígena y técnica
- **La honestidad, solidaridad, cooperación, responsabilidad, rendición de cuentas y autonomía** como valores guía.
- La **participación equitativa** de hombres y mujeres. Priorización de la mujer campesina e indígena.
- Somos **parte de la naturaleza** y contribuimos a conservarla.
- Defendemos **la autodeterminación** de los pueblos en un contexto globalizante.
- Promovemos el **trabajo colectivo** y la **organización social**.
- Defendemos los **recursos estratégicos** del país al servicio de la **mayoría** de la población.
- **Compromiso, perseverancia.**
- La **espiritualidad** como parte de nuestra vida.
- **Coherencia** entre lo que hablamos y lo que hacemos.
- Privilegiamos el **consumo** de productos orgánicos para las **familias trabajadoras**.

Principios

- Para nosotros **la agricultura orgánica** es más que una técnica de producción, **es una forma de vida**, un acto de libertad, porque nos involucra como personas en relación con la naturaleza y con el mundo, la consideramos una forma alternativa de desarrollo rural. Para nosotros no es algo nuevo, sino una afirmación de lo que venimos haciendo.
- Somos productores de **salud** para nuestras familias y para los consumidores. Siguiendo las leyes de la naturaleza, recuperamos el **suelo** y cuidamos el **agua**, cuidamos el **bosque y la biodiversidad natural**. Es por ello innecesario depender del uso de químicos sintéticos, y reducimos al máximo la dependencia de insumos externos. De esta manera contribuimos a mejorar nuestro planeta.
- La **diversificación de cultivos** es para nosotros una necesidad, pero ante todo una oportunidad, porque nos permite alimentar mejor a nuestras familias, participar con varios productos en el mercado y de esta manera contar con posibilidades de obtener mejores ingresos.

- Consideramos la **soberanía alimentaria** como elemento fundamental e indispensable de nuestras propuestas de producción, de industria y de comercialización y como eje del desarrollo rural sostenible.
- Creemos en nuestro **derecho a producir y proteger nuestras propias semillas**, por lo que nos oponemos a la alteración de nuestro patrimonio genético vegetal o animal con fines lucrativos y ajenos al desarrollo.
- Somos gente con capacidad de inventiva e innovación, capaces de desarrollar y ejercitar una **visión empresarial inclusiva y eficiente** para generar mayor valor agregado a nuestra producción
- Creemos en el derecho a conocer y usar **la tecnología y el conocimiento campesino, indígena, científico y técnico** pero al servicio de la producción y la vida para el autoconsumo y para insertarnos en los mercados de calidad, locales, nacionales e internacionales, que reconozcan nuestros productos y nuestro esfuerzo. Priorizamos el abordaje de los mercados desde lo local hacia lo regional, nacional e internacional.
- Los productores y las productoras somos **protagonistas de nuestro propio desarrollo** y del desarrollo de nuestro país, basado en la justicia, la equidad y la inclusión. Consideramos a la agricultura orgánica un **instrumento para crear movimiento social**, como una manera de generar fuerza y poder en un contexto en donde se mueven fuerzas que atentan contra nuestro derecho a vivir. Por ello rechazamos los modelos de desarrollo impuestos desde fuera que anteponen los intereses de las grandes corporaciones al auténtico desarrollo nacional.
- Estamos comprometidos con el respeto a la **identidad y la cultura indígena y campesina** Consideramos las tradiciones, conocimientos, experiencias indígenas y campesinas como fundamento del desarrollo nacional, de su riqueza y de su raíz.
- Para nosotros la agricultura orgánica es una **forma de aprender continuamente** unos de otros investigando y mejorando continuamente. Todos los conocimientos prácticos, técnicos y teóricos son útiles para la solución de los problemas que enfrentamos.
- Consideramos la agricultura orgánica como una **forma de espiritualidad** en tanto nos sabemos parte de la Creación que Dios hizo con sus manos y nos la entregó en calidad de administradores para su mejora en beneficio de nuestros hijos y nietos.
- Creemos que es necesario establecer **relaciones respetuosas y productivas** con

diversas instancias públicas y privadas que compartan nuestra visión y nuestro compromiso para impulsar un desarrollo rural incluyente.

- Defendemos el respeto a los **derechos humanos** y la **distribución equitativa** de la riqueza.
- Buscamos **respaldar** a los consumidores que compran y hacen crecer nuestra producción. El principio es la honestidad de la producción, que garantizamos.